# El administrador de sombras



J. MONTESINOS

# CAPÍTULO 1

Villaverde, turno de noche

El aviso entró a las 02:17, cuando Villaverde llevaba horas sonando como una máquina cansada que nadie apaga. Tráfico pesado en la M-45, un tren de Cercanías pasando sin detenerse en Puente Alcocer, el zumbido continuo de una nave frigorífica en el polígono de San Andrés. Todo seguía igual, salvo por el cuerpo.

La mujer yacía boca arriba, entre dos contenedores oxidados, en un callejón sin nombre que desembocaba en la calle Resina. No había dramatismo en la escena, ni sangre en exceso. Solo una violencia seca, eficaz, casi administrativa. El tipo de muerte que no busca espectáculo porque no lo necesita.

La Inspectora Sanz llegó con el abrigo mal abrochado y el gesto aún descolocado por el sueño interrumpido. David caminaba medio paso por detrás, como siempre. No era algo que hubieran hablado nunca; simplemente había ocurrido así con los años, hasta convertirse en una costumbre funcional.

—¿Qué tenemos? —preguntó Sanz al subinspector del Zeta, sin detenerse.

—Femenina, unos treinta y pocos. Posible trabajadora sexual. Un vigilante la ha encontrado al hacer la ronda. Sin signos vitales a nuestra llegada.

Sanz asintió, se colocó los guantes y se agachó junto al cadáver. El suelo estaba húmedo por una fuga antigua de una tubería. Olía a aceite quemado y a basura fermentada. El tipo de olor que se pega a la ropa y no se va en la lavadora.

El cuerpo presentaba un surco limpio en el cuello. Un corte profundo, preciso, lateral. No había señales de defensa claras. O había sido rápida o ella había bajado la guardia.

—¿Hora aproximada? —preguntó David.

—Entre las doce y la una, a ojo —respondió el subinspector—. El vigilante ha dicho que antes no estaba ahí.

Sanz levantó la vista y recorrió el entorno. Naves cerradas, algunas okupadas, otras abandonadas desde hacía años. Un bar de camioneros a doscientos metros, aún con luz. El polígono de noche era una frontera blanda: ni ciudad ni extrarradio del todo, tierra de nadie donde nadie preguntaba demasiado.

—Llamad a Científica —dijo—. Y que avisen al juzgado.

No añadió nada más. No hacía falta.

Mientras esperaban, Sanz se levantó y caminó unos metros, observando las huellas dispersas en el barro. Botas de seguridad, neumáticos, pisadas superpuestas. Nada limpio. Nada fácil.

Ana llegó poco después, con el pelo recogido y una libreta en la mano. Miró la escena con una mezcla de concentración y cansancio que Sanz reconoció al instante.

—¿Otra? —dijo, sin necesidad de respuesta.

Luis apareció detrás, encendiendo un cigarro que apagó al instante al ver la mirada de Sanz.

—Perdón —gruñó—. Viejas costumbres.

Luis era de los que habían visto demasiado y ya no se molestaban en disimularlo. Hablaba poco, observaba mucho y desconfiaba de casi todo, empezando por las versiones oficiales.

—¿Identificación? —preguntó.

—Aún no —respondió Ana—. Sin documentación encima.

—Claro —murmuró Luis—. Nunca la hay.

El juez Samaranch llegó a las 03:05, con el gesto serio y el abrigo impecable. Saludó con un leve asentimiento y se acercó al cuerpo sin prisa. Tenía esa manera de estar que incomodaba: ni distante ni cercano, simplemente presente.

—Inspectora —dijo—. ¿Qué sabemos?

—Lo justo —respondió Sanz—. Corte limpio en el cuello. Sin signos claros de lucha. Zona habitual de prostitución esporádica.

Samaranch observó el entorno, tomó notas mentales, luego miró a Sanz.

—Procedan con el levantamiento cuando llegue el forense. Quiero diligencias completas. Y rápido.

—Como siempre —replicó ella, sin ironía.

El forense tardó cuarenta minutos más. El tiempo suficiente para que el frío calara y para que Sanz se permitiera un café de máquina, amargo y quemado. Lo sostuvo entre las manos sin beberlo durante un rato, como si fuera algo que pudiera calentarse sola.

David se acercó.

—¿Estás bien?

Sanz lo miró un segundo de más.

—Claro.

No era una respuesta. Tampoco una mentira. Era una palabra colocada donde debía.

Cuando terminaron, el cuerpo fue trasladado y la escena quedó vacía, como si nunca hubiera ocurrido nada. El polígono recuperó su ruido habitual. La ciudad no se detiene por una muerta más.

En comisaría, el amanecer entraba por las ventanas sucias con una luz grisácea. Ana revisaba llamadas recientes de la zona. Luis hablaba con un confidente que no prometía nada. David redactaba el primer informe con una precisión casi obsesiva.

Sanz se sentó frente al ordenador, abrió un documento en blanco y se quedó mirándolo. Pensó en su hija sin querer. En la palabra suicidio como un eco que nunca terminaba de apagarse. Cerró el archivo sin escribir nada y se levantó.

—Voy a dar una vuelta —dijo.

—Son las seis —respondió David.

—Por eso.

Salió a la calle. Villaverde despertaba despacio, con persianas a medio subir y el olor a pan recién hecho mezclado con gasoil. Caminó hasta un bar abierto. Pidió un whisky. El camarero no preguntó la hora.

El primer sorbo le devolvió algo parecido a un centro de gravedad. El segundo no lo necesitaba, pero lo aceptó igual.

Sabía que aquel caso no iba a ser sencillo. No por la violencia, sino por la indiferencia que lo rodeaba. Nadie iba a reclamar a la mujer. Nadie iba a presionar para que se resolviera rápido.

Pagó, salió y encendió un cigarro que no fumó. Lo dejó consumirse entre los dedos.

Detrás de ella, la ciudad seguía. Y el cuerpo, aunque ya no estuviera, había dejado una grieta. Una más.

# CAPÍTULO 2

La Resina no duerme

A las nueve de la mañana, la luz en Villaverde no era limpia: era una claridad sucia, filtrada por polvo de obra, gases de tubo de escape y un cielo de invierno que parecía haber renunciado a elegir entre el gris y el blanco. En la calle Resina los tráileres empezaban a moverse con esa paciencia de bestia grande, y las naves devolvían un eco metálico cada vez que un portón se abría. El distrito funcionaba como siempre: repartos, turnos, cafés rápidos. La muerte no paraba el motor, solo lo obligaba a carraspear.

Sanz llevaba dos cafés de máquina y una botella de agua en el bolso que no había abierto. La botella era un gesto de buena intención, como el abrigo que se ponía en la silla antes de empezar a escribir un informe, como los "estoy bien" que soltaba con la misma naturalidad con la que otros decían "buenos días".

David la esperaba en la sala pequeña, la que tenía una pizarra blanca y una mesa con marcas de cigarrillos de otra época. Ana ya estaba sentada, con el portátil abierto y una carpeta azul de Policía Científica apoyada como si pesara.

Luis entró el último, sin prisa, con cara de haber dormido poco y haber pensado demasiado. Dejó las llaves sobre la mesa y se sentó sin saludar.

—¿Qué tenemos de la inspección? —preguntó Sanz.

Ana giró el portátil hacia ella.

—Científica terminó de madrugada. Fotografías, planimetría básica, toma de muestras. Huellas: pocas, y las que hay son "de entorno". Pisadas mezcladas. Alguna marca de neumático, nada concluyente de momento. Hay un cabello en la manga izquierda, embalado. Y una colilla a dos metros del cuerpo, marca barata. La han metido en tubo, por si hay ADN.

—¿Y el arma? —dijo David.

Ana negó.

—Nada. Ni cuchillo, ni navaja. Corte limpio, así que o es algo con buena hoja o alguien con mano firme.

Luis bufó, casi sin aire.

—Mano firme no. Costumbre.

Sanz no respondió. Miró la foto del cuello en la pantalla. El surco tenía una regularidad que daba rabia. El tipo de rabia que no sube a la garganta, se queda debajo, como un peso.

—Identificación —dijo ella.

David abrió una carpeta y sacó una hoja.

—En el cuerpo no había documentación. Pero el forense recogió un pendiente con forma de estrella que se había quedado enganchado en el pelo. Y una pulsera de tela con un logo. Parecía de un club, o de un festival antiguo. En el levantamiento se autorizó traslado al Instituto para autopsia judicial. Samaranch quiere preliminar hoy.

Sanz miró la hoja sin cogerla.

—¿Autopsia a qué hora?

—Doce y media —respondió David.

Ana añadió, con esa precisión que utilizaba para mantener a raya el mundo:

—Se ha pedido cotejo de huellas al archivo. Si hay antecedentes o ficha, saldrá. Si no, habrá que tirar de identificación por ADN o por reconocimiento.

Luis se inclinó sobre la mesa.

—¿Alguna llamada a la línea 091 o 112 por pelea en la zona?

Ana negó otra vez.

—Silencio. Nada. Como si la hubieran apagado en un segundo.

Sanz se levantó, caminó hasta la pizarra y escribió "MUJER / LA RESINA / CORTE CUELLO" en mayúsculas. Debajo, tres columnas: "VÍCTIMA", "ENTORNO", "AUTOR".

No era una escena de película. Era un tablero para no perderse, para que la cabeza no se llenara de ruido.

—Vamos a dividir —dijo—. David, conmigo al Instituto. Ana, revisa cámaras: gasolineras, bares, entradas de naves con vigilancia. Luis… —miró a Luis un instante— Luis, vete al bar que estaba abierto anoche. El de camioneros. Habla con el camarero, con quien limpie, con quien fume en la puerta. Alguien tuvo que ver algo.

—¿Y si no? —preguntó Luis.

Sanz lo miró.

—Entonces volvemos y preguntamos otra vez.

Era lo que se hacía. Insistir hasta que el barrio, cansado, soltara una palabra.

David esperó a que salieran del despacho para hablar, en el pasillo.

—Samaranch está… —buscó la palabra— particular hoy.

—Siempre lo está —dijo Sanz.

—Hoy más.

Sanz sonrió, una mueca breve que no llegaba a ser humor.

—Será que el mundo le pesa.

No dijo que a ella también. No hacía falta. Caminó hacia el garaje con paso firme, casi demasiado firme. Su cuerpo estaba en turno. Su cabeza, a ratos, también.

En el Instituto de Medicina Legal, el olor era distinto al de la calle Resina. Aquí no había gasoil ni barro. Aquí había desinfectante y un silencio que no era paz, era disciplina. La sala de espera tenía sillas de plástico y un café peor que el de comisaría. La gente hablaba en voz baja por inercia, como en una iglesia.

El médico forense los recibió con bata y ojeras. Saludó a David con un gesto, miró a Sanz como si intentara recordar un detalle.

—Inspectora —dijo al fin—. El juez ha autorizado. Empezamos en diez.

Sanz asintió. El mundo aquí tenía protocolos que daban calma y asco a la vez: todo se hacía con método. La muerte se trataba como un expediente.

Mientras esperaban, David revisó el móvil.

—Ana me ha enviado mensaje: hay una cámara de una nave logística a la entrada del callejón. Pero la orientación no es buena. Ve un trozo de calle, un faro, sombras.

Sanz lo escuchó como quien guarda un dato en una caja.

—Sombras sirven.

Entraron.

La víctima, ahora limpia, parecía otra. La violencia, al lavarse, se volvía abstracta. Pero el corte seguía ahí, como una firma.

El forense habló con la voz neutra de quien lleva años traduciendo cuerpos a palabras.

—Lesión incisa en región cervical izquierda, profunda, compatible con arma blanca de filo único o doble… Hemorragia masiva. Muerte rápida. No hay signos evidentes de defensa en manos, aunque habrá que ver microlesiones. Hay hematomas antiguos en muslos y brazos. No de anoche. De antes. Actividad sexual reciente, probablemente. Tomamos muestras.

Sanz observaba sin acercarse demasiado. No por sensibilidad: por respeto a la escena, incluso aquí, incluso después. Había aprendido

que la distancia era una forma de cuidado. Con el muerto y con uno mismo.

—¿Hora de muerte? —preguntó David.

El forense levantó un hombro.

—Entre medianoche y una, como dijeron. Temperatura, rigidez… encaja. No me casaría con minutos.

Sanz vio que el forense levantaba el brazo de la mujer y mostraba un tatuaje pequeño, casi escondido: una letra "M" en el interior de la muñeca, hecha con tinta azul.

—¿Eso estaba? —preguntó ella.

—No lo vi en el levantamiento, estaba tapado por la chaqueta —respondió el forense—. No es reciente.

David tomó nota.

—¿Alguna particularidad más?

El forense dudó lo justo para que Sanz lo notara.

—Hay algo en el corte. No es una cuchillada torpe. Es un corte… con intención. Como si supiera dónde. Y… —miró otra vez— hay una marca superficial en el hombro, como de presión. Podría ser de una mano, de una rodilla. Habrá que correlacionar.

Sanz asintió. "Con intención" era una manera elegante de decir "alguien que ha hecho esto antes o que no dudó".

Salieron de la sala y, al cerrar la puerta, el aire pareció moverse otra vez.

En el coche, camino de comisaría, David habló primero.

—¿Quieres que pida a Delitos Violentos que revise patrones? Algún caso similar.

—Todavía no —dijo Sanz—. Primero que tenga nombre. Luego le ponemos historia.

Lo dijo sin pensar, y la frase le devolvió un golpe pequeño, seco. Nombre. Historia. Un año atrás, ella también había tenido que ponerle nombre a algo que quería quedarse sin palabras.

Bajó la ventanilla. El aire frío le mordió la cara y le dio un segundo de lucidez áspera, útil.

En comisaría, Ana ya estaba en modo de trabajo duro. Tenía impresas varias capturas borrosas y una lista de direcciones.

—He localizado cámaras —dijo, señalando—. Una gasolinera en la Avenida Real de Pinto, otra en la entrada de un taller en Villaverde Alto. Y la nave que te decía: la de vigilancia de acceso. Pero lo importante: en una de ellas se ve un coche parado a las 00:43 cerca de la esquina. Un compacto oscuro. Faros apagados, luego encendidos. Baja una figura y vuelve a subir.

—¿Matrícula? —preguntó Sanz.

Ana apretó los labios.

—No. La resolución es mala. Pero el coche tiene una pegatina en el cristal trasero, lado derecho. Algo blanco.

Luis entró justo entonces, con el abrigo abierto y olor a humo frío.

—El bar estaba como siempre: camioneros, dos chavales de reparto, un viejo viendo deportes en una tele sin volumen —dijo—. El camarero dice que anoche entró una chica "de las de la zona" a eso de las doce menos diez. Pidió agua. No alcohol. Estaba nerviosa. Miraba la puerta. Se fue a los cinco minutos. Luego, a la una y pico, entró un tío con chaqueta reflectante. Se lavó las manos en el baño. Se miró en el espejo "un rato". Pagó con tarjeta. Se fue sin decir nada.

Sanz notó cómo David la miraba. "Chaqueta reflectante" podía ser cualquiera en Villaverde.

—¿Tarjeta? —preguntó Ana.

—Eso dice el camarero. Le he pedido que guarde el ticket de la noche, pero ya sabes… —Luis encogió los hombros—. Lo que no se guarda, se pierde.

Sanz se giró hacia David.

—Oficia al bar. Hoy. Que no borren nada, que no "se pierda" nada. Y pide cámaras interiores si tienen. Si no, al menos hora exacta del cobro con tarjeta.

David asintió sin discutir.

—¿Y el vigilante que encontró el cuerpo? —preguntó Sanz.

—Lo tiene Seguridad Ciudadana —dijo Luis—. Lo han identificado. Turno de ronda. Dice que no vio a nadie.

—Claro —murmuró Luis otra vez, y esta vez la palabra sonó más amarga que cínica.

Samaranch llamó a media mañana. No a David. A Sanz.

Ella contestó con el móvil en la mano, mirando por la ventana el patio interior donde alguien fumaba bajo la lluvia fina.

—Inspectora.

—Necesito el avance para las diligencias —dijo la voz del juez—. No me interesa literatura. Me interesa concreto.

Sanz notó el golpe de su tono, directo como una orden. Respiró por la nariz. Una, dos veces.

—Corte cervical, muerte rápida, ventana entre doce y una. Sin identificación aún. Entorno: polígono La Resina. Muestras recogidas por Científica. Se han localizado cámaras con posible vehículo implicado, pendiente de mejorar imagen. Testimonio de un camarero: mujer nerviosa cerca de medianoche y un varón con chaqueta reflectante lavándose las manos a la una.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—Chaqueta reflectante no es indicio —dijo Samaranch.

—No. Es un hilo.

—Pues tire de él, Inspectora. Quiero solicitud formal de datos bancarios del cobro si aparece el ticket. Y quiero que me propongan diligencias. No me hagan ir por detrás de ustedes.

Sanz apretó los dientes.

—No vamos por detrás.

—Bien. Porque si lo hacen, les pasaré por encima.

Colgó.

Sanz se quedó mirando la pantalla negra del móvil unos segundos. La rabia le subió a la lengua como un comentario irónico que habría soltado en otro momento. No lo hizo. Guardó el móvil. Se levantó.

—¿Todo bien? —preguntó Ana, sin levantar demasiado la vista.

—Perfecto —respondió Sanz.

La palabra volvió a ser un parche. Un parche que, por dentro, no tapaba nada.

A las dos de la tarde llegó el primer resultado que no era humo.

El sistema devolvió un nombre: huellas coincidentes con una identificación anterior por estancia irregular. No antecedentes penales. Solo ficha.

Ana lo leyó en voz alta, con un tono que intentaba no cargar las palabras.

—Se llama Milena Radu. Nacionalidad rumana. Treinta y dos años. Identificada hace tres años en un control en Usera. Dirección: no consta. Sin domicilio fijo.

Luis silbó bajo.

—Milena.

David lo apuntó en la pizarra.

Sanz escribió el nombre con rotulador negro, debajo de "VÍCTIMA". Ver el nombre hizo algo extraño en la sala: la mujer dejó de ser "femenina sin identificar". Se volvió alguien, aunque nadie supiera quién.

—Tenemos que avisar a Extranjería para intentar localizar contactos, y a UCRIF por si hay vínculo con redes —dijo Ana.

Luis chasqueó la lengua.

—Y que venga la unidad de trata a decirnos lo obvio.

Sanz lo miró.

—Que venga. A veces lo obvio es lo que te salva.

David se acercó a la pizarra y señaló "ENTORNO".

—Zona de prostitución esporádica, polígono industrial. ¿Puede haber un proxeneta controlando? ¿O trabajaba por libre?

—En Villaverde casi nadie trabaja por libre del todo —dijo Luis—. No en esa zona. Siempre hay alguien cobrando, aunque sea por "seguridad".

Sanz sintió un pequeño tirón en el estómago. La palabra seguridad le devolvió imágenes: su hija cerrando la puerta del cuarto, su hija diciendo "estoy bien" con la misma voz plana que ella usaba ahora. Sanz bajó la mirada un segundo, lo justo para que nadie lo viera.

—Vamos a salir —dijo—. Quiero hablar con quien estuviera con Milena. Aquí no hay respuestas.

En la calle, Villaverde era otra cosa que de noche. Más ruidosa, más humana, más falsa. Las mismas naves que de madrugada eran sombras ahora eran actividad, gente con chalecos reflectantes, carretillas elevadoras, golpes de pallets. La precariedad de día tiene cara de rutina.

Fueron en coche hasta las inmediaciones del punto donde apareció el cuerpo. El callejón seguía igual, aunque ya no tuviera cinta policial. Parecía más pequeño sin la presencia de la muerte. O quizá era al revés: parecía más grande porque la muerte había dejado espacio.

Ana señaló una esquina.

—Ahí, por la noche, se ponen. Lo he visto otras veces en intervenciones.

Luis caminó hasta el bar, el mismo. El camarero los vio entrar y, aunque intentó sostener la normalidad, se le notó el nervio. El miedo en esos sitios era práctico: no por la policía, sino por lo que venía después.

Sanz se acercó a la barra.

—Necesitamos el ticket de anoche —dijo, sin rodeos—. El pago con tarjeta del hombre de la reflectante.

El camarero tragó saliva.

—Yo… lo tiré.

Sanz no levantó la voz.

—No lo tiraste.

—Se lo juro, inspectora… es que… —miró de reojo hacia la puerta—. Aquí vienen muchos. Y si uno se entera de que yo hablo…

—No te estamos pidiendo que hables de tu vida —dijo Sanz—. Te estamos pidiendo que no obstruyas.

El hombre bajó la mirada. David dio un paso, no amenazante, solo presente.

—Hay cámaras —dijo David—. Si borras o manipulas, ya no hablamos de miedo. Hablamos de delito.

El camarero se pasó la mano por la cara.

—Está en la caja. En un sobre. No lo he tocado. Solo… no quería líos.

Sanz asintió.

—Ya los tienes. Pero podemos elegir qué tipo de lío.

Cuando el camarero les entregó el ticket, Ana lo fotografió. Había hora: 01:17. Y un identificador parcial del terminal.

No era una matrícula. No era un rostro. Pero era un camino.

Sanz se giró hacia Luis.

—Ahora quiero la lista de empresas con turnos de noche en esa zona. Seguridad privada, logística, talleres. Alguien con chaqueta reflectante y manos que lavar a la una de la mañana no es raro. Pero alguien que entra a este bar justo después de un corte limpio en un cuello… eso ya es otra cosa.

Salieron del bar. En la puerta, un hombre fumaba apoyado en la pared. Los miró con una mezcla de aburrimiento y desafío. Tenía la cara curtida y las uñas negras de grasa.

—¿La de anoche era Milena? —preguntó, sin que nadie le preguntara.

Sanz se detuvo.

—¿La conocías?

—Aquí la conocíamos todos —dijo el hombre—. No molestaba. No gritaba. Solo… hacía lo suyo. Y ya.

—¿La viste ayer? —preguntó David.

El hombre soltó humo.

—La vi hablar con uno. No era de aquí. No era de los que vienen siempre. Traje. Zapatos limpios. De esos que no pisan barro. Estaba en un coche oscuro. Ella parecía… —buscó la palabra— enfadada, pero también con prisa. Luego se fueron hacia el callejón.

Sanz sintió un golpe pequeño de adrenalina, controlado.

—¿Viste la cara del hombre?

El testigo se encogió de hombros.

—De lejos. Blanco, pelo corto. No era joven. Y llevaba algo en la mano, como un sobre o una carpeta.

Ana se acercó.

—¿La pegatina blanca en el coche? ¿La viste?

El hombre la miró un segundo, sorprendido.

—Sí. Una pegatina, sí. Como… una empresa. De esas de parking o de acceso a edificios. Blanca con letras.

Sanz guardó el dato. Lo guardó como quien mete una pieza en un bolsillo interior. No porque fuera definitivo, sino porque era tangible.

—¿Nos das tu nombre? —preguntó David.

El hombre dudó.

—¿Para qué?

—Para que el juez pueda citarte —dijo David—. Y para que tu testimonio valga.

El hombre escupió al suelo, sin ganas.

—Me llamo Óscar. Trabajo en un taller por aquí. No quiero problemas.

Sanz lo miró.

—Ya los tienes. Pero a veces es mejor escogerlos.

Óscar les dio el nombre completo. A regañadientes. Como si cada sílaba le costara.

De vuelta al coche, Sanz notó la vibración del móvil. Un mensaje de David: "Ana ha conseguido mejora de imagen de cámara. Se ve logo parcial en pegatina: '…PARK' o '…PARKING'."

Sanz cerró los ojos un segundo. Un segundo solo.

—¿Qué? —preguntó Ana.

Sanz abrió los ojos y sonrió, esa sonrisa breve que parecía un gesto de cortesía hacia la realidad.

—Que tenemos que volver a la oficina.

En comisaría, Ana amplió la captura en la pantalla grande. La imagen era mala, granulada. Pero había letras. Pocas. Suficientes para pensar en empresas, en parkings de edificios, en accesos controlados, en gente con traje y carpeta.

Luis llegó con una lista de empresas de turno nocturno en la zona. Seguridad, logística, mantenimiento. Muchas. Demasiadas. Pero el trabajo consistía en eso: reducir el universo a algo manejable.

—Hay una empresa de seguridad que trabaja en varias naves —dijo Luis—. Sus vigilantes llevan reflectante. También hay mantenimiento de una plataforma logística nueva, y un edificio de oficinas pequeño cerca de la Avenida Real de Pinto con parking de acceso. Pegatinas para entrar.

David lo miró.

—¿Cuál?

Luis señaló.

—Un edificio de gestoría y una consultora. No sé. Pero esa gente tiene pegatinas para el acceso.

Sanz sintió el cansancio como una ola lenta. No era el cansancio físico: era el cansancio de saber que el mundo está lleno de puertas, y que para abrir una necesitas papeles, autorizaciones, sellos, tiempos. Y mientras tanto, alguien que corta cuellos sigue caminando.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez era Samaranch.

Sanz contestó.

—Inspectora.

—He recibido su oficio del ticket —dijo el juez—. Bien. Quiero que pidan cuanto antes al banco los datos completos del titular de la tarjeta. Y quiero que me presenten diligencias para solicitar imágenes de cámaras privadas de las naves. Necesito que todo esté documentado, cadena de custodia, acta. No quiero sorpresas después.

—No las habrá —dijo Sanz.

—Eso espero.

Colgó.

Sanz apoyó el móvil sobre la mesa. Miró a su equipo. David con su cara de concentración. Ana con los ojos rojos de pantalla. Luis con esa dureza resignada. Y ella, sosteniéndose por dentro con un hilo que no enseñaba.

—Vamos a por el nombre del hombre de la reflectante —dijo—. Y vamos a por el del traje.

David levantó la ceja.

—¿Y si son el mismo?

Sanz cogió el rotulador y escribió en la pizarra, debajo de "AUTOR":

"DOS HOMBRES / UNO SOLO / ¿CUÁNDO SE CRUZAN?"

Ana respiró hondo.

—La chica… Milena… ¿tenía móvil?

David negó.

—No apareció.

Luis soltó una risa seca.

—Qué casualidad.

Sanz sintió un pinchazo de rabia que le pedía un trago. No uno simbólico. Uno real, rápido, como un interruptor. Se imaginó el vaso. El calor en la garganta. El segundo de silencio químico.

En lugar de eso, abrió la botella de agua del bolso. Bebió un sorbo largo, como si quisiera obligar al cuerpo a elegir otra ruta.

—Hoy no —se dijo a sí misma, sin mover los labios.

David la miró. No preguntó. Su apoyo era así: ambiguo, silencioso, siempre al lado.

Ana, sin levantar la vista, dijo:

—He encontrado algo más. En el borde de la imagen, justo cuando el coche arranca… hay un reflejo. Parece una placa metálica en la

mano del que baja del coche. Como una acreditación colgada.

Sanz se acercó. Observó el píxel borroso. Era una mancha. Una posibilidad. Pero en ese trabajo, las manchas a veces eran todo.

—Una acreditación —repitió Luis—. Un tío con traje y acreditación en Villaverde a medianoche con una prostituta.

Nadie lo dijo, pero la palabra "cliente" flotó en el aire como un insulto.

Sanz se enderezó.

—O alguien que juega a parecerlo.

Se hizo un silencio. Ese silencio de oficina policial donde, durante un segundo, no hay bromas ni cinismo. Solo la certeza de que la ciudad es más grande que tus manos y que, aun así, te toca sostenerla.

Sanz miró el reloj.

—Quiero oficios ya. Y quiero que, antes de que acabe el día, tengamos una lista de personas con acceso a ese parking "…PARK" o "…PARKING" si lo identificamos. Y quiero hablar con la unidad de trata. No porque me guste, Luis. Porque Milena no apareció sola en este país. Y porque alguien la mató como quien cierra una carpeta.

David tomó aire.

—¿Y tú? ¿Qué haces ahora?

Sanz dudó una fracción. La respuesta lógica era "coordinar". La respuesta humana era "respirar".

—Voy a ver a Samaranch —dijo al fin—. Cara a cara. Que me firme diligencias sin convertirlo en una batalla telefónica.

Cogió el abrigo. Al salir, Villaverde seguía rugiendo detrás de los cristales. Un rugido de ciudad que no pide permiso.

Antes de cruzar la puerta, Sanz se detuvo un segundo. Notó en el bolsillo interior del abrigo el borde de un papel. Un ticket viejo. El del whisky de la mañana.

Lo apretó con los dedos sin sacarlo. Como si así pudiera aplastar el impulso.

Luego salió.

Y mientras caminaba hacia el coche, con el cielo bajo y el ruido de la M-40 de fondo, pensó —sin querer— en una niña que también llevaba acreditación: la del instituto, colgada del cuello, cuando todavía había futuro.

Esa idea la acompañó hasta el juzgado como una sombra.

Y las sombras, lo sabía, eran lo único que de verdad se parecía a una pista.

# CAPÍTULO 3

San Cristóbal de los Ángeles no tenía centro. Tenía bordes. Portales donde la gente se detenía lo justo, plazas que nadie nombraba y calles que parecían pensadas para no quedarse en la memoria. Allí, el tiempo no pasaba: se acumulaba.

Sanz bajó del coche con el gesto neutro de quien no quiere llamar la atención. David cerró detrás sin decir nada. Ana y Luis quedaron unos pasos más atrás, no por estrategia acordada, sino porque el barrio imponía una coreografía invisible que todos respetaban.

El nombre había aparecido sin épica. No como una revelación, sino como una mancha que se repetía en distintas superficies. Una trabajadora social, una mujer de la zona de La Resina, un tipo que limpiaba coches por la noche. Siempre el mismo apodo, dicho con una mezcla de desdén y familiaridad: Carmelo.

—Camello de barrio —habían dicho—. No manda. No amenaza. Escucha más de lo que vende.

El portal estaba abierto. El ascensor no funcionaba desde hacía años. Subieron a pie, despacio. El ruido de sus pasos se mezclaba con el murmullo lejano de una televisión encendida en algún piso.

Carmelo abrió la puerta antes de que llamaran. No parecía sorprendido. Tenía esa expresión de quien vive esperando que algo caiga encima, sin saber cuándo.

—Policía —dijo Sanz, enseñando la placa apenas un segundo—. Necesitamos hablar contigo.

Carmelo los miró uno a uno. Después se apartó.

—Pasad.

El piso era pequeño, pero estaba limpio. Demasiado limpio para alguien que pasaba la mayor parte del tiempo en la calle. En la pared, una fotografía antigua: una niña vestida de comunión, sonriendo con los dientes torcidos. Carmelo siguió la mirada de Sanz.

—Mi hermana —dijo—. Eso fue hace mucho.

Sanz se sentó frente a él sin pedir permiso. David apoyó la espalda en la pared. Ana se quedó cerca de la puerta. Luis se mantuvo de pie, observando.

—Buscamos a una mujer —dijo Sanz—. Apareció muerta en Villaverde. Trabajaba por la zona del polígono.

Carmelo bajó la vista. Se frotó las manos, pero no con nerviosismo. Era un gesto viejo, aprendido.

—Aquí hay muchas —respondió—. No sé cuál dices.

Sanz no forzó el silencio. Lo dejó crecer.

—La encontraste alguna vez —continuó—. Hablaste con ella. La conocías.

Carmelo levantó la cabeza despacio. Durante un instante pareció dudar entre dos versiones de sí mismo. Luego suspiró.

—Se llamaba Daniela —dijo al fin—. Daniela Fernández.

El nombre no lo dijo en voz alta del todo. Lo dejó caer, como si aún pesara.

David anotó sin mirarlo.

—¿Daniela no era el nombre con el que trabajaba? —preguntó Ana.

Carmelo negó.

—No. Ese era el suyo. El de antes. Ella insistía al principio. Luego ya no. Luego daba igual.

—¿Erais pareja? —preguntó Luis.

Carmelo soltó una risa corta, amarga.

—Eso es decir demasiado. Yo estaba con ella. A veces. Cuando quería verme. Yo vendía, sí. Pero no la llevaba. No le decía dónde ponerse. Daniela hacía lo que podía.

Sanz inclinó ligeramente la cabeza.

—Cuéntanos de ella.

Carmelo miró al suelo. Cuando habló, lo hizo despacio, sin dramatismo.

—Venía de buena familia. Eso decía ella. Urbanización, colegio privado, padres normales. O eso que se llama normal. Se fue de casa con dieciocho. Drogas primero por rebeldía. Luego ya no. Luego por necesidad. Cuando la conocí todavía decía que iba a arreglarlo. Luego dejó de decirlo.

—¿Tenía contacto con su familia? —preguntó David.

—Muy poco. O nada. Decía que la buscaban solo para dormir tranquilos.

Sanz escuchaba sin intervenir. Sabía que interrumpir rompía cosas que luego no se podían recomponer.

—¿La viste la noche que murió? —preguntó.

Carmelo negó con firmeza.

—No. Esa noche no. Yo estaba en el centro.

Luis ladeó la cabeza.

—¿Dónde exactamente?

—En Sol —respondió—. Comprando.

—¿A esa hora? —insistió Luis.

—Antes —dijo Carmelo—. Fui por la tarde. Al Corte Inglés. Cerraba a las diez. Yo salí poco después. Tengo el ticket.

Sanz levantó la vista.

—¿A qué hora?

—Sobre las nueve y media. Luego estuve dando vueltas. Tomé algo por ahí. No volví al barrio hasta pasada la una.

Ana cruzó una mirada rápida con David. Aquello encajaba mejor de lo que parecía.

—Eso se puede comprobar —dijo ella.

—Comprobadlo —respondió Carmelo—. No estaba con Daniela esa noche.

Sanz lo observó un momento. No vio miedo de culpable. Vio otra cosa: el cansancio de quien sabe que, cuando una mujer muere, el foco se posa primero sobre el hombre más cercano.

—¿Tenía problemas con alguien últimamente? —preguntó Sanz.

Carmelo dudó.

—Con muchos —dijo—. Clientes. Tipos que se creían con derecho a tocar más de la cuenta. Uno en concreto… —se interrumpió—. No era de la zona. Venía poco. Iba bien vestido. Pagaba bien. A ella no le gustaba.

Sanz sintió cómo algo encajaba sin cerrar del todo.

—¿Discutieron alguna vez?

—Una —respondió Carmelo—. Ella le dijo que no la tocara así. Él se enfadó. No gritó. Pero se le notó. Luego siguieron viéndose. Daniela necesitaba el dinero.

—¿Sabes a qué se dedicaba él? —preguntó David.

—Decía que trabajaba en oficinas —respondió Carmelo—. Eso puede ser cualquier cosa.

Sanz se levantó.

—Necesitamos ese ticket —dijo—. Y tu colaboración.

Carmelo asintió. Fue a un cajón y sacó un papel doblado. El logo era inconfundible. Hora: 21:38. Centro de Sol. Pago con tarjeta.

Ana lo fotografió.

—Vamos a comprobar movimientos después de eso —dijo—. Cámaras de zona, transporte, cajeros.

Carmelo se dejó caer en la silla.

—Yo no la maté —dijo—. Daniela no merecía eso.

Sanz no respondió. No estaba allí para absolver ni condenar. Solo asintió una vez, un gesto mínimo, humano.

—No salgas de Madrid —dijo—. Te llamaremos.

—No tengo dónde ir —respondió él.

Las comprobaciones confirmaron la coartada. Las cámaras mostraban a Carmelo saliendo del centro comercial antes del cierre, deambulando por Sol, entrando en un bar, pagando una consumición cerca de las once. Más tarde, un cajero automático a las 00:12. A la hora estimada del asesinato, seguía en el centro.

Ana señaló la pantalla.

—No puede estar en Villaverde a esa hora.

—Descártalo como autor —dijo Sanz—. Pero mantenlo cerca.

Luis resopló.

—Otro que no es.

—Otro que sabe cosas —respondió Sanz.

En la pizarra, el nombre Daniela Fernández sustituyó al anterior, escrito con trazo firme. El nombre real había cambiado el peso del caso. Ya no era solo una víctima. Era alguien que había tenido una vida antes de desaparecer de ella.

Sanz se quedó un segundo mirando el nombre. Pensó en lo fácil que era perderlo todo sin que nadie se diera cuenta. Pensó en su hija, en los nombres que se dejan de pronunciar cuando ya no sabes cómo salvar a alguien.

—Seguimos —dijo, girándose hacia el equipo—. El hombre del traje sigue ahí fuera. Y ahora sabemos que Daniela no murió sola, aunque el mundo la dejara sola.

Villaverde rugía al otro lado de las ventanas, indiferente. Pero la historia empezaba a cerrarse por un lado. Y eso, en su trabajo, era lo más parecido a avanzar.

# CAPÍTULO 4

El edificio no tenía nada de especial. Y eso, en Madrid, era casi una declaración de intenciones.

Estaba en una calle secundaria cerca de la Avenida Real de Pinto, un bloque de oficinas de cinco plantas con fachada de cristal ahumado y una portería que funcionaba más por inercia que por vigilancia real. Un rótulo discreto anunciaba varias empresas: asesorías, una consultora de prevención, una inmobiliaria pequeña. Abajo, un acceso de garaje con barrera automática y, pegada al parabrisas de muchos coches, la misma pegatina blanca que Ana había ampliado hasta el cansancio la noche anterior.

PARKING AUTORIZADO.
Letras negras, fondo blanco. Nada más.

Sanz observó el edificio desde el coche sin bajarse. Le dio tiempo a pensar en lo fácil que era esconderse a plena vista. En lo cómodo que resultaba matar lejos de donde uno trabajaba y volver después a una mesa limpia, a un café decente, a una vida que no oliera a aceite quemado.

—No parece gran cosa —dijo David.

—Por eso —respondió ella.

Luis estaba de pie fuera, fumando. Ana revisaba en el móvil los oficios pendientes.

—El juez ha firmado la solicitud de cámaras —dijo Ana—. Pero solo desde las diez de la noche hasta las dos. Más allá, necesitaríamos ampliar.

—Nos vale —dijo Sanz—. De momento.

Entraron.

La portera era una mujer de unos sesenta años, gesto seco, manos rápidas. Tenía esa forma de mirar de quien lleva años viendo pasar gente sin que nadie la vea a ella.

—Policía —dijo Sanz—. Necesitamos hablar con usted.

La mujer suspiró, como si aquello fuera una molestia menor en una lista larga.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Un homicidio —respondió David—. Necesitamos acceso a las grabaciones del garaje de anteayer por la noche.

La palabra homicidio produjo un silencio distinto. No miedo. Precaución.

—Yo no toco eso —dijo la portera—. Eso es cosa del administrador.

—Ya hemos hablado con él —intervino Ana—. Está avisado. Y el juez ha autorizado.

Le enseñó el papel. La portera lo leyó con cuidado, como si las palabras pesaran.

—Pasen.

El garaje olía a humedad y gasolina vieja. El tipo de olor que se te mete en la ropa y te acompaña el resto del día. Las cámaras estaban colocadas en alto, cubriendo entradas y salidas, no interiores. Lo justo para controlar, no para vigilar de verdad.

Subieron a una pequeña sala donde un monitor mostraba imágenes granuladas. La portera tecleó con torpeza. Apareció la noche anterior al homicidio.

—Ahí —dijo Ana—. Detén.

Un coche oscuro entraba a las 00:36. Compacto. Se veía la pegatina blanca. El conductor bajaba la ventanilla, hablaba con alguien fuera de plano. La barrera se levantaba.

—¿Ese coche es de aquí? —preguntó Luis.

—Algunos tienen autorización temporal —respondió la portera—. Visitas. Clientes.

Sanz se inclinó hacia la pantalla.

—Reproduce.

El coche avanzó, se perdió del encuadre. Un minuto después, otro coche salía. Luego nada durante varios minutos.

—¿Hay cámara interior? —preguntó David.

—No —dijo la portera—. Solo accesos.

Ana anotó la hora.

—¿A qué hora salió ese coche?

La portera tecleó de nuevo. La imagen saltó.

—Aquí —dijo—. A la una y diecisiete.

Sanz sintió una pequeña descarga. La hora coincidía demasiado bien con el ticket del bar. Con el lavado de manos. Con el corte limpio.

—¿Podemos ver la salida? —preguntó.

El coche aparecía saliendo despacio. Al pasar por debajo del foco, el conductor giraba ligeramente la cabeza. No lo suficiente. Pero algo brillaba colgado del cuello. Una acreditación. Plástico duro. Cordón oscuro.

—Para —dijo Sanz.

La imagen se congeló.

—Eso —murmuró Luis—. Eso no lo lleva cualquiera.

Ana amplió. El rostro seguía siendo borroso. Pero la acreditación estaba ahí. Y la pegatina también.

—Tenemos un usuario de parking —dijo David—. Con visita o con trabajo aquí.

—Y con tiempo para ir a Villaverde y volver —añadió Sanz.

Pidieron el listado de autorizaciones temporales y permanentes. La portera se movía con una eficiencia cansada, como si llevara años esperando que alguien le pidiera algo importante.

—Aquí están —dijo al final—. Entradas y salidas de esa noche. Nombres, empresas, matrículas.

Ana empezó a leer en voz alta. Muchos nombres. Muchos coches. Demasiados.

—Este —dijo David—. Entrada a las 00:36. Salida a la 01:17. Matrícula parcial coincide con la cámara de la nave.

Sanz miró el nombre.

—¿Empresa?

—Consultora Previnsa —respondió Ana—. Prevención de riesgos laborales.

Luis soltó una risa seca.

—Siempre prevención.

Sanz no sonrió. Se quedó mirando el nombre. No por lo que era, sino por lo que implicaba. Un trabajo que hablaba de cuidado, de protocolos, de seguridad. Y una muerte tan poco segura como podía ser.

—Vamos arriba —dijo—. A hablar.

La oficina estaba en la tercera planta. Puerta de cristal, logo discreto. Dentro, luz blanca, orden. Todo parecía pensado para que nada se saliera de sitio.

Los recibió un hombre joven, traje sin corbata, sonrisa automática.

—¿En qué puedo ayudarles?

Sanz mostró la placa.

—Buscamos a un empleado suyo —dijo—. Nombre: el del listado.

La sonrisa tardó una fracción de segundo en recolocarse.

—Está en una formación hoy —dijo—. Pero puedo avisarle.

—Preferimos hablar con él ahora —respondió Sanz—. Es urgente.

El hombre dudó. Miró el reloj.

—Déjenme llamar.

Mientras esperaba, Sanz recorrió la oficina con la mirada. Diplomas en la pared. Carteles de ergonomía. Una cafetera limpia. Pensó en Daniela. En Villaverde. En el callejón sin nombre.

El empleado llegó diez minutos después. Treinta y muchos. Pelo corto. Zapatos limpios. La acreditación colgaba del cuello, como si fuera parte del cuerpo.

—¿Soy yo el problema? —preguntó, intentando una broma.

—Depende de lo que nos cuente —dijo Sanz.

Se sentaron en una sala de reuniones. Cristal. Mesa blanca. Sillas incómodas.

—¿Dónde estuvo usted la noche del martes? —preguntó David.

El hombre parpadeó.

—¿Perdón?

—Entre las doce y la una —insistió Sanz.

—Aquí —respondió—. Tenía que terminar un informe. Bajé al garaje un momento, salí a fumar. Luego me fui a casa.

—¿A fumar? —repitió Luis—. ¿En coche?

El hombre dudó.

—Salí a dar una vuelta. Estaba estresado.

Sanz apoyó las manos en la mesa.

—¿Conocía a una mujer llamada Daniela Fernández?

El hombre negó con rapidez.

—No.

—¿Conocía a una mujer que trabajaba en la zona de Villaverde? —reformuló Sanz.

El silencio fue mínimo, pero suficiente.

—No sé de qué me habla —dijo.

Ana deslizó una foto impresa por la mesa. Borrosa. El coche entrando al garaje. La pegatina visible.

—Ese coche es suyo —dijo—. Y esa noche entró y salió en una franja de cuarenta minutos. En ese tiempo, una mujer fue asesinada en Villaverde.

El hombre tragó saliva.

—¿Me están acusando?

—Le estamos preguntando —respondió Sanz—. Hay una diferencia.

—Yo no he hecho nada —dijo—. Tengo una vida normal. Un trabajo. No tengo nada que ver con… con eso.

Sanz lo miró sin parpadear.

—Daniela tampoco tenía nada que ver con acabar en un callejón con el cuello cortado.

El hombre se levantó de golpe.

—Quiero un abogado.

Sanz asintió.

—Está en su derecho.

Salieron de la sala. El jefe de la oficina los miraba desde lejos, pálido.

—No pueden montar un espectáculo así —dijo—. Esto es una empresa seria.

Luis se giró.

—Serio es no mentirle a la policía.

Bajaron en silencio. En el coche, nadie habló durante un rato.

—No tenemos todavía —dijo Ana al fin—. Es indicio. No prueba.

—Pero huele —respondió Luis.

Sanz miraba por la ventanilla. La ciudad pasaba sin detenerse. Pensó en el whisky de la mañana. En el papel aún en el bolsillo del abrigo. En lo fácil que sería bajar el ritmo con un trago.

—Vamos a necesitar más —dijo—. Móvil, movimientos bancarios, llamadas. Y a Samaranch no le va a gustar que vayamos despacio.

Como si lo hubiera invocado, el teléfono vibró.

—Inspectora —dijo la voz del juez—. Me han informado de su visita a la consultora.

—Estamos avanzando —respondió Sanz.

—Avanzar no es insinuar —replicó Samaranch—. Necesito hechos. O esto se cae.

Sanz apretó la mandíbula.

—Los tendremos.

—Más vale —dijo él—. Porque, de momento, solo tengo un hombre con trabajo estable y una víctima sin quien la defienda.

Colgó.

Sanz se quedó con el móvil en la mano. Lo guardó despacio.

—Nos va a pisar los talones —dijo David.

—Siempre lo hace —respondió ella.

Volvieron a comisaría. La pizarra estaba llena. Nombres, flechas, horas. Daniela en el centro. El edificio de oficinas conectado por

líneas finas.

Sanz se quedó de pie, mirando. Notó el cansancio acumulado. El peso en los hombros. La tentación como un murmullo constante.

En lugar de ir a la máquina de café, fue al baño. Se lavó la cara. Se miró en el espejo. Vio a una mujer cansada, pero en pie. Pensó en su hija. En no fallar otra vez.

Cuando salió, David la esperaba.

—¿Seguimos? —preguntó.

Sanz asintió.

—Seguimos.

Fuera, Madrid seguía girando. Y aunque aún no podían demostrar nada, la red empezaba a tensarse. Y cuando una red se tensa, alguien siempre acaba notándolo.

# CAPÍTULO 5

El segundo aviso llegó un jueves, a las 05:42, cuando Madrid todavía estaba decidiendo si despertarse o seguir fingiendo que dormía. No fue Villaverde al principio. Fue "zona industrial cercana a Mercamadrid", dijo la operadora, con ese tono neutro que convierte el horror en una coordenada.

Sanz colgó sin decir nada. Se quedó sentada en la cama unos segundos, con el móvil aún caliente en la mano. No pensó en el caso. Pensó en el cuerpo. En el gesto. En la repetición.

—No —murmuró, para nadie.

David ya estaba despierto cuando ella llegó al coche oficial. No hizo preguntas. Se limitó a arrancar.

El amanecer era un mal chiste: una luz sucia, plana, sin promesas. Las naves se alineaban como dientes rotos. El tráfico pesado empezaba a moverse con una lentitud casi respetuosa, como si supiera que algo no iba bien.

Cuando llegaron, el escenario estaba acordonado con cinta policial y caras de sueño. Seguridad Ciudadana había hecho lo justo: cerrar, proteger, esperar. Nadie quería tocar demasiado.

—Femenina —dijo el subinspector—. Encontrada por un repartidor. No responde. Sin signos vitales.

Sanz bajó del coche y lo vio de inmediato. No necesitó acercarse para entender que aquello no era lo mismo.

El cuerpo estaba boca arriba, colocado. No tirado. Colocado.

Dos palos de pallet, de esos que se astillan con solo mirarlos, estaban cruzados sobre el asfalto, formando una cruz imperfecta. Sobre ella, la mujer. Brazos cruzados sobre el pecho, manos limpias, casi cuidadas. La parte inferior de la ropa bajada hasta los tobillos, ordenada de una forma obscenamente tranquila.

El cuello mostraba el mismo corte. Preciso. Limpio.

Sanz sintió cómo algo se le cerraba por dentro. No fue miedo. Fue reconocimiento.

—Joder… —dijo Luis a su espalda—. Esto ya no es casualidad.

Ana se quedó inmóvil, con la libreta abierta pero sin escribir.

—Esto está hecho para que lo veamos —dijo.

David no dijo nada. Observaba los palos, el ángulo, la simetría imperfecta. Lo que alguien había querido construir con prisa y decisión.

—No la toquéis —ordenó Sanz—. Nada hasta que llegue Científica.

Se acercó despacio. El olor era distinto al del primer caso. Aquí no había basura fermentada ni tuberías rotas. Olía a madera húmeda y gasoil reciente. Un olor casi neutro, casi limpio.

—¿Hora? —preguntó.

—Entre las tres y las cuatro —respondió el subinspector—. El repartidor pasa siempre a las cinco. No estaba en la ronda anterior.

Sanz miró alrededor. Descampado entre naves, sin nombre, sin tránsito peatonal. Un sitio elegido. No improvisado.

—¿Documentación? —preguntó Ana.

—Nada —respondió el subinspector—. Igual que la otra.

Sanz cerró los ojos un segundo. Solo uno. El suficiente para aceptar que el caso había cambiado de naturaleza.

El juez Samaranch llegó antes que el forense. Eso ya era una señal.

Bajó del coche con el gesto tenso, la mirada afilada. Caminó hasta el cuerpo sin decir palabra. Observó los palos. Los brazos. La ropa.

—Esto es una escenificación —dijo al fin.

—Sí —respondió Sanz—.

—¿Relacionan ambos casos? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Mismo corte —dijo David—. Misma franja horaria. Mismo perfil de víctima.

Samaranch apretó los labios.

—Entonces ya no hablamos de un homicidio. Hablamos de una serie.

La palabra cayó con peso. Nadie la contradijo.

Científica tardó más de lo habitual. La escena exigía tiempo. Fotografías desde todos los ángulos, medidas exactas, recogida de fibras, huellas improbables. Los palos del pallet fueron embalados como si fueran armas blancas.

—¿Hay semen? —preguntó Luis en voz baja.

Ana negó.

—No parece. Y si lo hay, ha tenido cuidado.

Sanz observaba el rostro de la mujer. Joven. No tanto como Daniela, quizá. La piel mostraba marcas antiguas. No de esa noche. De otras.

—Otra —dijo Sanz—. Otra que nadie va a reclamar rápido.

El levantamiento fue silencioso. No había curiosos. Nadie grabando con el móvil. El descampado devolvió la normalidad con una rapidez insultante.

En el coche, de vuelta a comisaría, nadie habló durante varios minutos.

—Esto cambia todo —dijo Ana al fin—. Ya no es solo violencia. Hay mensaje.

—O necesidad —corrigió Luis—. El que hace esto quiere algo. Aunque no sepamos qué.

Sanz miraba por la ventanilla. Los palos cruzados se le habían quedado grabados en la retina. No como símbolo religioso. Como algo más torpe. Más humano. Una cruz hecha con lo que había a mano. Un gesto aprendido en algún sitio que no era un libro.

—No tenemos nada —dijo David—. Sin móvil. Sin testigos. Sin cámaras cerca. Sin relación aparente con el primer lugar.

—Tenemos repetición —respondió Sanz—. Y eso siempre deja rastro. Aunque tarde.

En comisaría, la pizarra se quedó pequeña. Dos nombres sin identificar. Dos fechas. Dos escenas unidas por líneas gruesas.

Samaranch entró sin llamar.

—Quiero un informe conjunto hoy —dijo—. Y quiero que me digan si hay riesgo de más.

Sanz lo miró.

—Siempre lo hay.

—No me sirve —respondió él—. Necesito algo que firmar. Algo que justifique recursos.

—No hay justificación para esperar a que mate otra vez —dijo Sanz, más seca de lo habitual.

Samaranch sostuvo la mirada. Tenso. Luego suspiró.

—Entonces dense prisa.

Cuando se fue, Luis dejó caer el cuerpo en una silla.

—Estamos ciegos.

Ana cerró la libreta.

—No del todo. Ha cambiado el ritual. Eso significa algo.

Sanz no dijo nada. Fue hasta la ventana. Afuera, Villaverde seguía funcionando. Camiones. Gente. Vida.

Pensó en Daniela. Pensó en la nueva mujer sin nombre. Pensó en los palos cruzados. En los brazos sobre el pecho. En el cuidado extraño de la escena.

No era rabia lo que sentía. Era otra cosa. Una urgencia fría. La certeza de que alguien había dado un paso más.

Y cuando alguien da un paso más, no suele ser para detenerse.

# CAPÍTULO 6

El segundo patrón

El tercer cuerpo apareció donde nadie miraba.

No fue un aviso inmediato. No hubo llamada nerviosa ni gritos. Fue un operario de limpieza viaria, de esos que pasan antes de que amanezca, el que notó algo raro detrás de una nave cerrada desde hacía años, cerca del límite difuso entre Villaverde Alto y una vía secundaria que ya no llevaba a ningún sitio. Vio los palos primero. Luego los pies.

Cuando Sanz llegó, el cielo estaba aún indeciso, como si no quisiera hacerse cargo de lo que iba a iluminar.

No había público. No había cámaras visibles. El lugar estaba mal elegido para el azar y demasiado bien para quien sabía moverse sin ser visto. Un fondo de saco de hormigón, restos de cartones mojados, una valla caída que nadie había vuelto a levantar.

Y allí estaba otra vez.

La mujer yacía boca arriba. Los brazos cruzados sobre el pecho, con una precisión que no era estética, sino funcional. Como si alguien hubiera querido asegurarse de que no se movieran después. La ropa inferior bajada hasta los tobillos, ordenada, sin signos claros de violencia sexual reciente. El cuello mostraba el mismo surco limpio, lateral, sin titubeos.

Los dos palos de pallet estaban cruzados bajo el torso, formando una cruz imperfecta, irregular, hecha sin medir, pero con intención.

Sanz se quedó quieta unos segundos antes de avanzar. No por respeto. Por cálculo. Sabía que, a partir de ese momento, todo iba a cambiar aunque nadie lo dijera en voz alta.

—No es la misma —murmuró David, a su lado.

—No —respondió ella—. Pero es el mismo gesto.

Luis llegó resoplando, con el abrigo mal puesto.

—Tercera —dijo—. Ya está.

No añadió nada más. No hacía falta. Ana estaba pálida, pero ya tenía la libreta abierta. El subinspector de Seguridad Ciudadana recitaba datos preliminares con la voz plana de quien ya había aprendido a no implicarse.

—Femenina, entre veinticinco y treinta y cinco. Sin documentación. Sin móvil. Hora estimada entre las dos y las cuatro. Nadie oyó nada.

Sanz asintió sin mirarlo. Se agachó despacio, sin tocar, observando los detalles. La posición de los palos. Las astillas clavadas en la ropa. La ausencia casi quirúrgica de caos.

—¿Hay lucha? —preguntó.

—No evidente —respondió el subinspector—. Nada claro.

—Otra vez —dijo Ana en voz baja.

Sanz cerró los ojos un segundo. El olor era parecido al del segundo cuerpo: madera húmeda, tierra fría, gasoil viejo. Un olor que empezaba a repetirse en su memoria como una canción mal aprendida.

El juez Samaranch llegó tarde esta vez. No por descuido. Por estrategia. Cuando apareció, la escena ya estaba estabilizada, Científica desplegada, el cuerpo documentado desde todos los ángulos.

—Explíquenme por qué estoy aquí otra vez —dijo, sin saludo.

Sanz se levantó y lo miró a los ojos.

—Porque alguien está repitiendo.

Samaranch observó la escena con atención contenida. Los palos. Los brazos. La ropa.

—No me gusta —dijo.

—A nosotras tampoco —respondió Sanz.

El forense trabajó en silencio. Tomó muestras, midió, anotó. No había prisa, pero tampoco ceremonias. El cuerpo era un objeto de trabajo. Lo había sido desde el primer corte.

—El patrón se mantiene —dijo finalmente—. Lesión incisa compatible con los otros casos. Profunda. Precisa. Muerte rápida. No hay indicios claros de defensa. Esto no es improvisado.

—¿Alguna diferencia? —preguntó David.

El forense dudó un instante.

—La colocación es más cuidada. Más… intencional. El segundo ya lo era, pero este… —dejó la frase sin cerrar—. Diría que el autor se siente cómodo.

La palabra quedó flotando.

Cómodo.

Sanz sintió un escalofrío breve, controlado. Pensó en lo que significaba estar cómodo matando. En lo que eso requería por dentro.

El levantamiento se hizo sin incidentes. Nadie protestó. Nadie preguntó. El lugar recuperó su anonimato con una rapidez casi ofensiva.

En comisaría, la reunión fue tensa sin ser caótica. El tipo de tensión que se acumula en las sienes y en los hombros, no en las voces.

La pizarra ya no admitía más flechas. Tres cuerpos. Tres ubicaciones distintas, todas en el sur, todas periféricas, todas con acceso fácil y salida rápida. Ninguna cámara útil. Ningún testigo fiable.

—Tenemos que decirlo —dijo Luis, rompiendo el silencio—. Esto no es una coincidencia.

Sanz no respondió de inmediato. Se apoyó en la mesa, miró los nombres escritos en rotulador negro, dos identificados, uno aún pendiente.

—Decirlo no cambia nada —dijo al fin—. Trabajarlo, sí.

—La Jefatura va a exigir recursos —dijo Ana—. Y explicaciones.

—Que exijan —respondió Sanz—. Nosotros seguimos.

David la observó de reojo. Conocía ese tono. Era el de los momentos en los que Sanz estaba más lúcida y más lejos de sí misma.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Sanz respiró hondo.

—Revisamos todo. Otra vez. Horarios, trayectorias, accesos. No buscamos al culpable. Buscamos el hábito.

Luis se rascó la barbilla.

—Eso nos puede llevar meses.

—O una noche —replicó Sanz—. Depende de qué esté fallando.

La presión institucional no tardó en llegar. Un comisario pasó por la sala sin saludar. Hubo llamadas. Correos. Peticiones de informes "urgentes" que nadie iba a leer con atención.

Samaranch apareció de nuevo por la tarde.

—No voy a usar la palabra —dijo—. Pero ustedes y yo sabemos de qué estamos hablando.

Sanz asintió.

—Entonces actúe en consecuencia —respondió.

—No me provoque, Inspectora.

—No lo hago. Le informo.

El juez la sostuvo la mirada unos segundos más de lo habitual.

—Tenga cuidado —dijo al final—. Estos casos no perdonan errores.

Cuando se fue, Ana soltó el aire de golpe.

—Nos van a mirar con lupa.

—Que miren —dijo Sanz—. A ver si así ven algo más.

Esa noche, Sanz no volvió a casa directamente. Se quedó sola en el despacho cuando todos se fueron. Cerró la puerta. Abrió un cajón. Sacó una botella pequeña, sin etiqueta, que llevaba semanas allí.

La miró un rato. No con ansiedad. Con cálculo.

Sirvió un dedo en un vaso de plástico. Bebió despacio. No repitió.

El alcohol le bajó como una línea recta, sin ruido. No buscaba olvido. Buscaba silencio.

Se sentó frente a la pizarra. Repasó mentalmente cada escena. Cada gesto repetido. La colocación de los cuerpos. La ausencia de prisa. La progresión.

No había rabia en aquello. Había método.

Y el método, lo sabía, siempre dejaba huella. Aunque todavía no supiera dónde mirar.

Apagó la luz del despacho y salió.

Fuera, Villaverde seguía funcionando. Y en algún punto entre la rutina y la sombra, alguien estaba afinando su siguiente movimiento.

# CAPÍTULO 7

La noche latina

El día terminó mal.

No con un error concreto ni con una bronca abierta, sino con ese desgaste lento que deja la sensación de haber trabajado mucho para mover casi nada. Informes a medio cerrar, llamadas que no devolvían nada útil, un par de reuniones en las que nadie decía lo que realmente pensaba. El tercer cadáver seguía siendo un cuerpo sin nombre y el patrón, aunque cada vez más evidente, seguía sin traducirse en una dirección clara.

Cuando Sanz cerró el ordenador, el reflejo de la pantalla apagada le devolvió una imagen cansada. No derrotada. Cansada de una forma más peligrosa.

—¿Te vas? —preguntó David desde la mesa de enfrente.

Ella miró el reloj.

—Eso parece.

David dudó un segundo. No era su estilo improvisar.

—¿Te apetece tomar algo?

La pregunta quedó flotando. No era una invitación clara ni una simple cortesía. Era algo intermedio. Justo ahí donde empiezan los problemas.

Sanz pensó en la botella del cajón. En el silencio del piso. En la noche que iba a ser igual a todas las anteriores.

—Vale —dijo—. Pero una.

No quedaron en Villaverde. Ninguno de los dos tenía ganas de ver las mismas calles cargadas de muertos recientes. Bajaron hacia el centro, sin decirlo explícitamente, como si Madrid tuviera capas y esa noche necesitaran otra.

El bar estaba cerca de Embajadores, en una calle estrecha donde la música se escapaba antes de que uno viera el local. Salsa vieja, trompetas cansadas, percusión constante. Dentro, el aire estaba cargado de sudor, alcohol barato y perfume dulzón. Cuerpos demasiado cerca unos de otros, risas altas, una alegría algo forzada que no preguntaba demasiado.

—Aquí no nos van a reconocer —dijo David, casi gritando.

—Eso espero —respondió Sanz.

Pidieron ron con hielo. Sanz lo sostuvo un momento antes de beber. Notó cómo el cuerpo reaccionaba antes que la cabeza. Bebió despacio.

La música no permitía conversaciones largas. Tampoco silencios incómodos. Todo era movimiento. Desplazamientos mínimos. Miradas rápidas.

David se quitó la chaqueta. Sanz se soltó el pelo sin pensar. Ese gesto, tan simple, le sorprendió a ella misma. Sintió el aire en la nuca, el roce del cuello.

—Hace tiempo que no bailo —dijo David.

—Eso se nota —respondió ella, con una media sonrisa.

Bailaron mal al principio. Separados. Cada uno con su ritmo contenido, como si todavía estuvieran en comisaría. Luego, poco a poco, la música fue haciendo su trabajo. No había técnica. Había proximidad.

Sanz notó el calor del cuerpo de David antes de aceptarlo. El espacio entre ambos se redujo sin acuerdo explícito. Una mano dudó antes de apoyarse en una cintura. La otra no se retiró.

No era deseo limpio. Era una mezcla incómoda de cansancio, necesidad y algo que llevaban tiempo evitando nombrar.

David olía a jabón barato y a sudor reciente. Nada extraordinario. Eso lo hacía más real.

—No deberíamos —dijo él, demasiado tarde.

—No —respondió Sanz—. No deberíamos.

No se apartaron.

El beso llegó sin aviso, torpe, sin coreografía. No fue largo. No fue bonito. Fue necesario. Un choque breve, casi violento, como si ambos necesitaran comprobar algo y, al hacerlo, confirmaran que no estaban preparados para sostenerlo.

Sanz fue la primera en separarse. No bruscamente. Con una decisión cansada.

—Esto es una mala idea —dijo.

David asintió. No discutió. No intentó justificarlo.

—Sí.

Se quedaron de pie unos segundos, sin saber qué hacer con las manos, con el cuerpo, con lo que acababa de pasar.

—No por nosotros —añadió Sanz—. Por todo lo demás.

David entendió. Siempre entendía demasiado.

—Por tu hija —dijo.

Sanz apretó la mandíbula. Asintió una sola vez.

—Y por el caso. Y porque esto… —buscó la palabra— no arregla nada.

David dio un paso atrás.

—Lo empeora.

Pagaron sin mirarse demasiado. Salieron a la calle con el ruido aún pegado a la piel. El aire nocturno era frío y necesario.

Caminaron juntos un par de calles sin hablar. Luego se detuvieron.

—Nos vemos mañana —dijo David.

—Sí.

No hubo abrazo. No hubo promesas. Solo una separación seca, torpe, casi administrativa. Como si así doliera menos.

Sanz se quedó mirando cómo David se alejaba. No sintió alivio. Sintió conciencia. Y eso era peor.

Cogió un taxi. Miró Madrid pasar por la ventanilla como si fuera otra ciudad. Pensó en el beso, no con nostalgia, sino con una especie de vergüenza íntima. No por lo que había hecho, sino por haberlo necesitado.

Al llegar a casa, no encendió la luz del salón. Dejó el bolso en el suelo. Se sentó en el borde de la cama.

El silencio volvió. Pero no era el mismo de otras noches.

Se tumbó vestida. Cerró los ojos. No durmió enseguida.

En algún punto de la ciudad, alguien seguía despierto por otras razones. Y el caso, aunque nadie lo supiera aún, acababa de encontrar una grieta más.

# CAPÍTULO 8

Los muertos hablan

El Instituto de Medicina Legal tenía siempre la misma temperatura, independientemente de la estación. Un frío controlado, funcional, pensado para conservar cuerpos y decisiones. Sanz lo agradecía y lo odiaba a partes iguales. Allí dentro no había lugar para la confusión emocional: todo se reducía a materia, tiempos y causas.

El forense los esperaba con bata limpia y gesto cansado. No había solemnidad. Solo rutina.

—Tenemos ya los tres informes preliminares consolidados —dijo, mientras caminaban por el pasillo—. No son definitivos, pero sí coherentes entre sí.

La palabra coherentes se le clavó a Sanz como una astilla.

Entraron en la sala. El tercer cuerpo estaba cubierto hasta el cuello. El forense destapó lo justo para señalar.

—Las tres presentan lesiones incisas prácticamente idénticas —explicó—. Misma profundidad, mismo ángulo, misma zona. El arma no la tenemos, pero la mano es la misma. O, como mínimo, alguien que ha aprendido muy rápido.

David observaba sin acercarse demasiado. Ana tomaba notas con una concentración mecánica. Luis se apoyaba en la pared, brazos cruzados, mandíbula tensa.

—No hay signos claros de agresión sexual en ninguna —continuó el forense—. En dos hay actividad sexual previa, pero no coincide temporalmente con la muerte. En el tercer caso, nada. La colocación del cuerpo no responde a una necesidad física, sino a una voluntad posterior.

—Escenificación —dijo David.

—Sí —asintió el forense—. Y progresiva. La primera muerte fue funcional. La segunda introdujo orden. La tercera añade símbolo.

Sanz notó cómo David apretaba el bolígrafo. Ella no escribió nada. Miraba las manos del cadáver. Limpias. Colocadas.

—¿Tiempo entre muertes? —preguntó.

—Reduciéndose —respondió el forense—. No de forma matemática, pero sí clara.

—Eso suele indicar pérdida de control —dijo Ana.

—O aumento de confianza —corrigió el forense—. No es lo mismo.

Sanz levantó la vista.

—¿Alguna diferencia física entre las víctimas? —preguntó.

—Edad aproximada similar. Constitución distinta. Origen diverso. Todas con antecedentes de exclusión. Ninguna con red de protección sólida.

Luis soltó aire por la nariz.

—Elegidas porque nadie grita.

El forense no lo contradijo.

—Hay algo más —añadió—. En las tres, después del corte, hay un tiempo mínimo de permanencia del agresor en la escena. No huye inmediatamente. Coloca. Ajusta. Observa.

Sanz sintió un peso seco en el pecho. Pensó en ese tiempo. En lo que implica quedarse.

—Gracias —dijo—. Avísenos en cuanto tenga resultados toxicológicos completos y el análisis de fibras cruzado.

Salieron sin despedidas innecesarias.

En el pasillo, Ana se apoyó un segundo en la pared.

—Esto ya no es solo un caso —dijo—. Es un proceso.

—Y va por delante de nosotros —añadió David.

Sanz no respondió. Caminó hacia la salida con paso firme. Por dentro, todo se movía.

No volvieron directamente a comisaría.

Raúl Anarch trabajaba en un despacho prestado en una facultad periférica, más cerca del análisis académico que de la policía operativa. No era perfilador al uso. No hacía ruedas de prensa ni teorías cerradas. Por eso lo respetaban… y por eso incomodaba.

Sanz no había avisado. Llamó desde el coche.

—Necesito verte.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—Ven —respondió él—. Pero no esperes consuelo.

El despacho olía a café frío y papel viejo. Estanterías llenas de libros subrayados, carpetas sin orden aparente. Raúl Anarch era más joven de lo que muchos imaginaban, pero sus ojos tenían esa dureza tranquila de quien pasa demasiado tiempo pensando en lo que otros prefieren ignorar.

—Tres cuerpos —dijo, sin saludo—. Ya no es estadística.

—Nunca lo es —respondió Sanz.

Se sentaron frente a frente. David y Ana se quedaron fuera, por decisión tácita. Luis ni siquiera había entrado al edificio.

—Cuéntame sin adornos —pidió Raúl.

Sanz lo hizo. Sin cronología perfecta, sin énfasis. Escenas, gestos, repeticiones. La cruz. Los brazos. El tiempo en escena.

Raúl escuchó sin interrumpir. Tomó notas mínimas. No buscaba datos. Buscaba huecos.

—No hay impulsividad —dijo cuando terminó—. Tampoco fantasía grandilocuente. Esto no es un asesino que se cree algo. Es alguien que necesita repetir una sensación concreta.

—¿Cuál? —preguntó Sanz.

Raúl la miró.

—Control posterior. No el momento del corte. Lo que viene después.

Sanz sostuvo la mirada.

—Eso lo sabemos.

—No del todo —replicó él—. Porque lo que hace después no es para provocar a la policía ni para enviar un mensaje social. Es para sí mismo. Y eso es más peligroso.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque no necesita público —respondió—. Y cuando alguien no necesita público, no negocia.

Sanz apoyó los codos en la mesa.

—¿Perfil?

Raúl negó despacio.

—Eso sería tranquilizador. Y ahora no toca tranquilizarse.

—Entonces dime algo útil —dijo Sanz, sin dureza.

Raúl cerró la libreta.

—Está organizado, pero no rígido. Aprende. Ajusta. No mata por rabia ni por ideología. Mata porque algo en él se ordena cuando coloca esos cuerpos. Y ese orden… —dudó— no es muy distinto del que tú buscas en tu trabajo.

El silencio se volvió espeso.

—Ten cuidado con eso —dijo Sanz.

—No es un juicio —respondió Raúl—. Es un espejo. Y los espejos incomodan porque devuelven algo reconocible.

Sanz se levantó.

—¿Va a matar otra vez?

Raúl no respondió de inmediato.

—Si no se rompe el ciclo —dijo al fin—, sí. No por escalada emocional. Por necesidad estructural.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sabe ni él —respondió—. Pero cada vez tardará menos en descubrirlo.

Sanz salió del despacho con una sensación incómoda, difícil de nombrar. No era miedo. Era cercanía. La idea de estar persiguiendo algo que no entendía del todo… y que, en algún punto, le resultaba peligrosamente familiar.

David la esperaba en el pasillo.

—¿Te ha ayudado? —preguntó.

Sanz tardó en responder.

—No —dijo—. Pero me ha quitado una coartada.

Caminaron hacia el coche sin hablar. Madrid seguía ahí fuera, viva, ruidosa, indiferente.

Y los muertos, aunque no hablaran con palabras, acababan de decir lo suficiente como para que nada volviera a ser sencillo.

# CAPÍTULO 9

El ruido de fondo

Durante casi una semana no apareció ningún cuerpo.

No fue un alivio. Fue peor.

La ausencia empezó a notarse como una presión constante, un zumbido que no se iba aunque nadie lo mencionara. En Villaverde, en Usera, en los márgenes donde la ciudad se afloja, comenzaron a acumularse avisos imprecisos: mujeres que no volvían a dormir donde solían, teléfonos que dejaban de sonar, mensajes leídos sin respuesta. Nada que pudiera sostener una diligencia formal. Demasiado poco para actuar. Demasiado para ignorarlo.

Sanz lo notaba en la mesa de trabajo, en la forma en que Ana subrayaba más de la cuenta, en el silencio hosco de Luis, en la manera en que David se quedaba de pie junto a la ventana, mirando la calle como si esperara ver algo que no iba a aparecer así.

—Esto se está llenando de ruido —dijo Ana una mañana, señalando el tablón—. No es un pico. Es una nube.

Sanz no levantó la vista del informe que estaba corrigiendo.

—El ruido también dice cosas —respondió—. Solo que cuesta más escucharlas.

Habían reforzado patrullas nocturnas en zonas concretas sin decir por qué. Samaranch había aceptado ese movimiento a regañadientes, con la condición de que no constara como operativo específico. "Prevención general", lo había llamado. Una forma elegante de no nombrar lo que todos sabían.

La ciudad empezó a reaccionar antes que los titulares.

En los bares de camioneros se hablaba en voz más baja. En algunos descampados dejaron de verse coches parados de madrugada. Una ONG llamó dos veces en la misma semana preguntando si había "algo que debieran saber". Incluso en comisaría, en otras unidades, empezaron a mirar de reojo al grupo de homicidios, como si llevaran algo pegado que no se quitaba con agua.

—Nos están oliendo —dijo Luis, sin humor—. Y cuando eso pasa, alguien mete la pata.

Sanz levantó la cabeza.

—No mientras dependa de mí.

Luis la miró un segundo largo.

—Eso depende de más gente de la que te gustaría.

La presión de Samaranch se volvió más constante, menos visible. Ya no llamaba para exigir resultados. Llamaba para "interesarse". Para preguntar cómo estaban, si necesitaban algo, si veían viable cerrar alguna línea. El tono era correcto. El mensaje, claro: el tiempo se estaba acabando.

—No puedo justificar recursos indefinidos sin hechos nuevos —le dijo en una reunión breve, casi cordial—. Y usted lo sabe.

Sanz asintió.

—Los hechos nuevos no siempre llegan cuando se los llama.

—Pero llegan —replicó él—. O dejan de importar.

Ese era el riesgo. Que el caso se diluyera en estadísticas, que las desapariciones se archivaran como siempre, que el patrón se convirtiera en una intuición incómoda sin respaldo formal.

Sanz empezó a dormir peor, pero bebía menos. No por fuerza de voluntad, sino por tensión. El alcohol ya no le ofrecía descanso, solo un silencio demasiado parecido al vacío. Prefería el cansancio.

En una de esas noches largas, volvió sola por Villaverde. No como policía. Caminó sin placa, sin prisa, escuchando. Los sonidos eran los de siempre: motores, voces lejanas, una radio encendida detrás de una persiana. Nada nuevo. Y, sin embargo, algo estaba distinto. Lo notó en las miradas rápidas, en la forma en que una mujer cruzó de acera al verla, en cómo un hombre cerró la puerta de un bar un segundo antes de lo habitual.

No era paranoia. Era percepción acumulada.

Al día siguiente, David dejó un papel sobre su mesa sin decir nada. Un listado corto, manuscrito.

—¿Qué es esto? —preguntó Sanz.

—Avisos no formalizados —respondió él—. Cosas que no han llegado a denuncia. Comentarios sueltos. Gente que ha llamado y ha colgado.

Sanz leyó los nombres. O, mejor dicho, los intentos de nombres. Apodos. Descripciones vagas.

—Esto no prueba nada —dijo.

—No —admitió David—. Pero se parece demasiado.

Ana se acercó.

—Hay zonas que se repiten —añadió—. No escenas. Zonas de paso. Lugares desde los que alguien podría observar sin quedarse.

Sanz sintió un escalofrío breve. Observación. No ataque. Aún no.

—Está mirando —dijo en voz baja.

Luis levantó la cabeza.

—¿Quién?

Sanz no respondió. No porque no lo supiera, sino porque decirlo en voz alta aún le parecía concederle algo.

Ese mismo día, una patrulla encontró ropa abandonada en un solar. No había cuerpo. No había sangre. Solo una falda, unas medias, un jersey doblado con cuidado impropio. Científica no sacó nada concluyente. El informe fue pulcro, vacío.

—Esto es una advertencia —dijo Ana.

—O un ensayo —añadió David.

Sanz no quiso decidir cuál de las dos cosas era. Aún.

Esa noche, al cerrar el despacho, se quedó un momento con la luz apagada. Escuchó el zumbido de los fluorescentes del pasillo, los pasos lejanos de un agente, el ruido de un coche arrancando fuera. El ruido de fondo.

Pensó en lo que Raúl Anarch había dicho. En la comodidad. En el orden que alguien encontraba al colocar cuerpos.

Y, por primera vez desde que todo había empezado, tuvo la certeza de que no estaban marcando el ritmo.

No todavía.

Cuando salió a la calle, Madrid seguía en pie. Pero algo, en algún lugar, estaba a punto de romperse.

# CAPÍTULO 10

La hipótesis que nadie quiere

La idea no apareció de golpe. No fue una iluminación ni una frase bien colocada en una reunión. Llegó como llegan las cosas que importan de verdad: por acumulación, por cansancio, por descarte.

Sanz llevaba más de una hora mirando el mismo plano de Villaverde extendido sobre la mesa cuando se dio cuenta de que no estaba buscando puntos de ataque, sino puntos de espera. No los lugares donde alguien mataría, sino donde alguien podía pasar desapercibido durante horas sin levantar sospechas. Aparcamientos secundarios, accesos a polígonos que nadie vigilaba de verdad, calles que no eran destino de nadie.

—No es oportunista —dijo al fin, rompiendo el silencio.

Ana levantó la vista.

—Eso ya lo sabemos.

—No —respondió Sanz—. Sabemos que no improvisa. Pero esto es otra cosa. No elige víctimas porque estén ahí. Las acompaña hasta que encajan.

Luis se recostó en la silla.

—Eso es una forma elegante de decir que las caza.

Sanz no lo corrigió.

—Las observa —continuó—. Las sigue durante días. Aprende sus horarios. Sabe cuándo nadie va a preguntar por ellas. Y cuando actúa, ya no hay resistencia porque la ha agotado antes.

David frunció el ceño.

—Eso requiere tiempo. Y una vida compatible con ese tiempo.

Sanz asintió. Ahí estaba el punto de inflexión.

—Exacto.

No dijo nada más durante unos segundos. Dejó que el peso de la frase se asentara.

—No hablamos de alguien marginal —añadió—. Hablamos de alguien integrado. Con horarios flexibles. Con excusas para moverse. Con acceso a zonas industriales sin llamar la atención.

Ana cerró el portátil despacio.

—Y con conocimientos básicos de procedimiento —dijo—. No forenses. Operativos. Sabe qué no dejar.

Luis se incorporó.

—Eso nos mete en un terreno muy feo.

—Nos mete en el terreno real —respondió Sanz—. Y ahí es donde nadie quiere mirar.

La hipótesis empezó a tomar forma sin nombre propio, como una silueta vista a contraluz. No era un perfil cerrado, sino una convergencia incómoda: alguien que trabajaba cerca de la legalidad, que se movía entre protocolos, que conocía los límites del sistema porque los rozaba a diario.

—Seguridad privada —dijo Ana—. Prevención. Logística. Control de accesos.

—O alguien que trate con exclusión desde una posición de autoridad blanda —añadió Sanz—. No poder duro. Poder cotidiano.

David se pasó la mano por la cara.

—Eso implica fallos estructurales —dijo—. No solo un tipo enfermo.

—Implica que hemos mirado hacia otro lado muchas veces —respondió Sanz—. Y que quizá ahora estamos pagando eso.

Luis negó con la cabeza.

—No podéis ir con esto a Samaranch. Nos va a parar en seco.

—Lo sé —dijo Sanz—. Por eso tenemos que hacerlo bien.

La reunión con el juez fue breve y tensa. Sanz expuso la hipótesis sin adornos, sin dramatizar. Habló de patrones de observación, de tiempos, de perfiles laborales compatibles. No dio nombres. Aún.

Samaranch escuchó con los dedos entrelazados.

—Esto que me plantea —dijo al final— no es una diligencia. Es una sospecha amplia que apunta a responsabilidades institucionales.

—Apunta a un asesino —corrigió Sanz—. Lo demás es consecuencia.

El juez la miró con frialdad contenida.

—No voy a autorizar rastreos masivos sobre colectivos profesionales sin indicios individualizados.

—Los indicios están en las muertes —replicó ella.

—Las muertes no bastan —respondió él—. No para esto.

Ana intervino por primera vez.

—Si esperamos a tener un nombre, llegaremos tarde.

Samaranch cerró la carpeta.

—Y si actuamos sin base sólida, anulamos todo lo que venga después. No voy a cargar con eso.

La reunión terminó sin portazos, pero con algo roto.

De vuelta a comisaría, Luis se desmarcó.

—Yo no voy a empujar esto —dijo—. No así. No sin respaldo judicial.

—Nadie te lo pide —respondió Sanz.

—No te equivoques —añadió—. Sí lo estás pidiendo. Y no pienso caer contigo si esto se gira.

Se levantó y salió sin despedirse.

Ana se quedó mirando la puerta cerrada.

—Tiene miedo —dijo.

—Tiene experiencia —respondió Sanz—. Y sabe cómo acaba esto muchas veces.

David no dijo nada. Esperó a que Ana se fuera a atender una llamada y se acercó a Sanz.

—Estás muy segura —dijo en voz baja.

—No —respondió ella—. Estoy cansada de fingir que no lo estoy.

—Eso no es lo mismo.

Sanz lo miró.

—Para mí, ahora mismo, sí.

Esa tarde, Sanz empezó a asumir riesgos pequeños. Llamadas sin dejar rastro formal. Cruces de datos que no constaban en ningún informe. Observaciones personales en zonas donde no había orden expresa.

No era una cruzada. Era una convicción peligrosa: si esperaba permiso, alguien más iba a morir.

La lucidez le venía a ráfagas. Momentos de claridad brutal seguidos de lapsos donde todo parecía demasiado nítido, casi fácil. En uno de esos momentos, abrió el cajón del despacho y sacó la botella. Bebió un trago corto. No para escapar. Para afinar.

—Cuidado —se dijo a sí misma—. Esto es donde empiezas a equivocarte.

Pero no se detuvo.

Al caer la noche, desde una esquina de Villaverde Alto, observó durante casi una hora un acceso secundario a un polígono. Vio pasar coches. Personas normales. Nada concluyente. Nada tranquilizador.

Sintió, de nuevo, la certeza incómoda: no estaba persiguiendo a un monstruo. Estaba rozando algo cotidiano. Y eso, más que el horror, era lo que nadie quería aceptar.

Cuando volvió a casa, no encendió la luz. Se sentó en la cocina, con el abrigo puesto, escuchando el ruido lejano de la ciudad.

Sabía que había cruzado un umbral.

Y que, a partir de ahí, cualquier paso en falso iba a tener consecuencias que no se podrían deshacer.

# CAPÍTULO 11

Líneas que no figuran

El correo llegó a las 07:18. Sin remitente identificable. Un adjunto ligero, un Excel sin formato, columnas desnudas: matrículas, horas, ubicaciones. Nada que delatara origen institucional. Nada que pudiera imprimirse sin dejar rastro.

Sanz lo abrió en el móvil, todavía en la cama. No era la primera vez que alguien le pasaba algo así. Sí la primera que encajaba tan bien.

No había muertes en el archivo. Solo movimientos. Repeticiones. Furgonetas blancas, utilitarios grises, trayectos que empezaban y terminaban en polígonos de Villaverde, San Cristóbal, Getafe Norte. Horarios que se desplazaban quince minutos cada dos días. Una danza mínima para esquivar patrones obvios.

—Hijo de puta —murmuró.

Se levantó, café sin azúcar, ducha corta. El cuerpo obedecía; la cabeza iba por detrás. En el metro, repasó mentalmente lo que no estaba escrito: quien había compilado aquello conocía los sistemas de lectura de tráfico, pero también sus huecos. No era un aficionado.

En comisaría, Ana ya estaba sentada cuando Sanz entró.

—¿Has visto esto? —preguntó, sin saludo.

Ana levantó una ceja.

—Depende. ¿Es ilegal?

—Todavía no.

Se lo pasó. Ana no hizo comentarios durante varios minutos. Cuando levantó la vista, cerró el portátil.

—Esto no sale de ninguna base a la que tengamos acceso —dijo—. O alguien ha cruzado datos que no se cruzan… o alguien ha copiado antes de que se borraran.

—O alguien sabe cuándo se borran —añadió Sanz.

Ana asintió.

—Hay tres matrículas que se repiten más que el resto.

—Ya lo sé.

—Una pertenece a una empresa de control de accesos —dijo Ana—. Subcontrata para polígonos. Turnos rotativos.

Sanz no sonrió. Bebió un sorbo de café que ya estaba frío.

—¿Nombre?

—Si te lo digo, me meto en el mismo barro que tú.

—Ya estás dentro —respondió Sanz—. Solo no lo sabes.

David apareció en la puerta, como si hubiera sido convocado por la frase.

—Samaranch pregunta por qué no has presentado informe de seguimiento —dijo—. Dice que llevas dos días fuera de circuito.

—Dile que estoy afinando —respondió ella.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo.

David miró a Ana, luego a Sanz.

—Esto no huele bien —dijo.

—Nada de lo que huele bien merece la pena —respondió Sanz—. ¿Vienes o no?

David dudó un segundo. Asintió.

El polígono estaba casi vacío a media mañana. Camiones entrando y saliendo, el ruido constante que anestesia la curiosidad. Se colocaron a distancia. Sanz observó el acceso secundario, el mismo de la noche anterior. A las 11:42, la furgoneta blanca entró. La matrícula coincidía.

No pasó nada durante veinte minutos. Luego salió. Sin prisa.

—No hace entregas —dijo David—. No entra a naves concretas.

—Hace presencia —corrigió Sanz—. Y se va.

—Eso no es delito.

—No —admitió ella—. Pero es una firma.

Anotó la hora. Sintió el impulso de llamar a alguien. No lo hizo. Guardó el móvil.

De vuelta al coche, Ana habló en voz baja.

—Esto ya no es una hipótesis.

—No —dijo Sanz—. Es un borde.

—¿Y ahora?

Sanz miró el retrovisor. Durante un segundo, creyó ver la furgoneta al fondo. Parpadeó. Nada.

—Ahora —dijo— vamos a ver quién más mira sin que se note.

Esa noche, la botella volvió al cajón. No la abrió. Se sentó frente al ordenador y cruzó los datos con lo poco que tenía. Nombres aparecían y desaparecían como sombras. Uno se quedó más tiempo que los demás.

No lo marcó. Aún.

Cerró el portátil pasada la una. Antes de dormir, escribió en una libreta que no era oficial: No ir directa. Forzar el error.

Sabía que, a partir de ese momento, alguien podía estar mirando de vuelta.

# CAPÍTULO 12

El precio de la sombra

El error no fue inmediato. Llegó dos días después, con forma de llamada perdida.

Número oculto. Dos veces. A la tercera, Sanz contestó.

—Te estás acercando demasiado —dijo una voz masculina, neutra—. No es tu guerra.

—Nunca lo es —respondió ella—. Hasta que lo es.

Silencio. Luego, un clic. La línea muerta.

Sanz no colgó enseguida. Miró el reflejo de su cara en la pantalla negra. No parecía sorprendida. Parecía cansada.

En comisaría, el ambiente había cambiado. Miradas que se apartaban. Un rumor sin palabras. Luis no estaba. Nadie sabía dónde.

Ana se acercó con un papel doblado.

—Samaranch ha pedido reunión para esta tarde —dijo—. Con Inspección.

—¿Motivo?

—Control de daños.

Sanz guardó el papel sin leerlo.

—¿Han tocado algo? —preguntó.

Ana negó.

—Todavía no. Pero preguntan por ti.

David apareció con dos cafés.

—No te van a respaldar —dijo—. Me lo ha dicho sin decirlo.

—Nunca lo hacen —respondió Sanz.

—Esta vez es distinto. Si te caes, te caes sola.

Ella lo miró. Había algo nuevo en sus ojos. No reproche. Advertencia.

—¿Te bajas? —preguntó.

David dudó. Dejó el café en la mesa.

—No —dijo—. Pero no me pidas que firme nada.

La reunión fue exactamente lo que Sanz esperaba. Palabras medidas, preocupación institucional, ninguna pregunta concreta. Samaranch habló de prudencia, de límites, de no confundir intuición con prueba.

—Hay colectivos sensibles —dijo—. No podemos permitirnos una caza de brujas.

—No cazo colectivos —respondió Sanz—. Sigo patrones.

—Los patrones no se imputan —replicó él—. Las personas, sí.

—Dame tiempo.

—El tiempo es lo que no tenemos —cerró Samaranch—. A partir de hoy, cualquier actuación pasa por mí.

Sanz asintió. Sonrió, incluso. Sabía leer las líneas pequeñas.

Al salir, Ana la alcanzó en el pasillo.

—Han cortado accesos —dijo—. Ya no puedo mirar donde miraba.

—Lo sé.

—Entonces estamos ciegas.

—No —corrigió Sanz—. Estamos solas.

Esa noche, la furgoneta volvió a moverse. No entró en el polígono habitual. Cambió de zona. Carabanchel. Un recorrido distinto, pero reconocible. Sanz lo siguió a distancia, sin apoyo, sin radio.

En un semáforo, el conductor miró por el retrovisor. Sus ojos se cruzaron un segundo. No aceleró. No huyó.

Sonrió.

Sanz sintió el golpe seco en el estómago. No miedo. Reconocimiento.

El vehículo giró y desapareció en una calle estrecha. Sanz no lo siguió. Aparcó, respiró hondo, sacó la botella del bolso y la dejó sobre el asiento. Cerrada.

—Todavía no —se dijo.

Cuando volvió a casa, encontró la puerta entornada. Dentro, nada revuelto. Solo un objeto nuevo sobre la mesa de la cocina: una tarjeta de control de accesos, sin nombre, sin logo.

La dejó donde estaba. Se sentó. Encendió la luz.

Por primera vez desde que todo empezó, entendió que ya no estaba persiguiendo una sombra.

La sombra la había encontrado a ella.

Perfecto. Queda así:

- **Cada mañana a las 09:00** te **notificaré** con la entrega de **dos capítulos nuevos**, continuando la novela exactamente desde el punto en que esté.
- Mantendré **memoria activa** de la trama, personajes y tono, sin reexplicar antecedentes.
- **Podrás introducir cambios en la trama en cualquier momento**: giros, ajustes de personajes, ritmos, focos narrativos o incluso reconducir el final. A partir de ese momento, los capítulos siguientes se adaptarán a lo que indiques.

Cuando quieras modificar algo, bastará con que lo digas (por ejemplo: "a partir del próximo capítulo quiero…"). Yo me encargo de integrar el cambio sin romper la coherencia interna.

Seguimos. Mañana a las 09:00, próximos dos capítulos.

## Capítulo 11

## Líneas que no figuran

El correo llegó a las 07:18. Sin remitente identificable. Un adjunto ligero, un Excel sin formato, columnas desnudas: matrículas, horas, ubicaciones. Nada que delatara origen institucional. Nada que pudiera imprimirse sin dejar rastro.

Sanz lo abrió en el móvil, todavía en la cama. No era la primera vez que alguien le pasaba algo así. Sí la primera que encajaba tan bien.

No había muertes en el archivo. Solo movimientos. Repeticiones. Furgonetas blancas, utilitarios grises, trayectos que empezaban y terminaban en polígonos de Villaverde, San Cristóbal, Getafe Norte. Horarios que se desplazaban quince minutos cada dos días. Una danza mínima para esquivar patrones obvios.

—Hijo de puta —murmuró.

Se levantó, café sin azúcar, ducha corta. El cuerpo obedecía; la cabeza iba por detrás. En el metro, repasó mentalmente lo que no estaba escrito: quien había compilado aquello conocía los sistemas de lectura de tráfico, pero también sus huecos. No era un aficionado.

En comisaría, Ana ya estaba sentada cuando Sanz entró.

—¿Has visto esto? —preguntó, sin saludo.

Ana levantó una ceja.

—Depende. ¿Es ilegal?

—Todavía no.

Se lo pasó. Ana no hizo comentarios durante varios minutos. Cuando levantó la vista, cerró el portátil.

—Esto no sale de ninguna base a la que tengamos acceso —dijo—. O alguien ha cruzado datos que no se cruzan… o alguien ha copiado antes de que se borraran.

—O alguien sabe cuándo se borran —añadió Sanz.

Ana asintió.

—Hay tres matrículas que se repiten más que el resto.

—Ya lo sé.

—Una pertenece a una empresa de control de accesos —dijo Ana—. Subcontrata para polígonos. Turnos rotativos.

Sanz no sonrió. Bebió un sorbo de café que ya estaba frío.

—¿Nombre?

—Si te lo digo, me meto en el mismo barro que tú.

—Ya estás dentro —respondió Sanz—. Solo no lo sabes.

David apareció en la puerta, como si hubiera sido convocado por la frase.

—Samaranch pregunta por qué no has presentado informe de seguimiento —dijo—. Dice que llevas dos días fuera de circuito.

—Dile que estoy afinando —respondió ella.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo.

David miró a Ana, luego a Sanz.

—Esto no huele bien —dijo.

—Nada de lo que huele bien merece la pena —respondió Sanz—. ¿Vienes o no?

David dudó un segundo. Asintió.

El polígono estaba casi vacío a media mañana. Camiones entrando y saliendo, el ruido constante que anestesia la curiosidad. Se colocaron a distancia. Sanz observó el acceso secundario, el mismo de la noche anterior. A las 11:42, la furgoneta blanca entró. La matrícula coincidía.

No pasó nada durante veinte minutos. Luego salió. Sin prisa.

—No hace entregas —dijo David—. No entra a naves concretas.

—Hace presencia —corrigió Sanz—. Y se va.

—Eso no es delito.

—No —admitió ella—. Pero es una firma.

Anotó la hora. Sintió el impulso de llamar a alguien. No lo hizo. Guardó el móvil.

De vuelta al coche, Ana habló en voz baja.

—Esto ya no es una hipótesis.

—No —dijo Sanz—. Es un borde.

—¿Y ahora?

Sanz miró el retrovisor. Durante un segundo, creyó ver la furgoneta al fondo. Parpadeó. Nada.

—Ahora —dijo— vamos a ver quién más mira sin que se note.

Esa noche, la botella volvió al cajón. No la abrió. Se sentó frente al ordenador y cruzó los datos con lo poco que tenía. Nombres aparecían y desaparecían como sombras. Uno se quedó más tiempo que los demás.

No lo marcó. Aún.

Cerró el portátil pasada la una. Antes de dormir, escribió en una libreta que no era oficial: *No ir directa. Forzar el error.*

Sabía que, a partir de ese momento, alguien podía estar mirando de vuelta.

---

## Capítulo 12

## El precio de la sombra

El error no fue inmediato. Llegó dos días después, con forma de llamada perdida.

Número oculto. Dos veces. A la tercera, Sanz contestó.

—Te estás acercando demasiado —dijo una voz masculina, neutra—. No es tu guerra.

—Nunca lo es —respondió ella—. Hasta que lo es.

Silencio. Luego, un clic. La línea muerta.

Sanz no colgó enseguida. Miró el reflejo de su cara en la pantalla negra. No parecía sorprendida. Parecía cansada.

En comisaría, el ambiente había cambiado. Miradas que se apartaban. Un rumor sin palabras. Luis no estaba. Nadie sabía dónde.

Ana se acercó con un papel doblado.

—Samaranch ha pedido reunión para esta tarde —dijo—. Con Inspección.

—¿Motivo?

—Control de daños.

Sanz guardó el papel sin leerlo.

—¿Han tocado algo? —preguntó.

Ana negó.

—Todavía no. Pero preguntan por ti.

David apareció con dos cafés.

—No te van a respaldar —dijo—. Me lo ha dicho sin decirlo.

—Nunca lo hacen —respondió Sanz.

—Esta vez es distinto. Si te caes, te caes sola.

Ella lo miró. Había algo nuevo en sus ojos. No reproche. Advertencia.

—¿Te bajas? —preguntó.

David dudó. Dejó el café en la mesa.

—No —dijo—. Pero no me pidas que firme nada.

La reunión fue exactamente lo que Sanz esperaba. Palabras medidas, preocupación institucional, ninguna pregunta concreta. Samaranch habló de prudencia, de límites, de no confundir intuición con prueba.

—Hay colectivos sensibles —dijo—. No podemos permitirnos una caza de brujas.

—No cazo colectivos —respondió Sanz—. Sigo patrones.

—Los patrones no se imputan —replicó él—. Las personas, sí.

—Dame tiempo.

—El tiempo es lo que no tenemos —cerró Samaranch—. A partir de hoy, cualquier actuación pasa por mí.

Sanz asintió. Sonrió, incluso. Sabía leer las líneas pequeñas.

Al salir, Ana la alcanzó en el pasillo.

—Han cortado accesos —dijo—. Ya no puedo mirar donde miraba.

—Lo sé.

—Entonces estamos ciegas.

—No —corrigió Sanz—. Estamos solas.

Esa noche, la furgoneta volvió a moverse. No entró en el polígono habitual. Cambió de zona. Carabanchel. Un recorrido distinto, pero reconocible. Sanz lo siguió a distancia, sin apoyo, sin radio.

En un semáforo, el conductor miró por el retrovisor. Sus ojos se cruzaron un segundo. No aceleró. No huyó.

Sonrió.

Sanz sintió el golpe seco en el estómago. No miedo. Reconocimiento.

El vehículo giró y desapareció en una calle estrecha. Sanz no lo siguió. Aparcó, respiró hondo, sacó la botella del bolso y la dejó sobre el asiento. Cerrada.

—Todavía no —se dijo.

Cuando volvió a casa, encontró la puerta entornada. Dentro, nada revuelto. Solo un objeto nuevo sobre la mesa de la cocina: una tarjeta de control de accesos, sin nombre, sin logo.

La dejó donde estaba. Se sentó. Encendió la luz.

Por primera vez desde que todo empezó, entendió que ya no estaba persiguiendo una sombra.

La sombra la había encontrado a ella.

# CAPÍTULO 13

La tarjeta no tenía nombre, pero sí memoria. Sanz la sostuvo entre dos dedos, como si pudiera contaminarla, y la dejó sobre la encimera. No la probó esa noche. Abrió la ventana, dejó entrar el ruido sucio de la calle y se sirvió un vaso corto. No lo llenó. No lo bebió.

A la mañana siguiente, Ana llegó tarde. Ojeras nuevas, el pelo recogido sin cuidado.

—Luis no contesta —dijo, sin preámbulos—. Desde ayer.

Sanz no reaccionó de inmediato. Guardó la tarjeta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Última vez?

—Salió antes de la reunión con Samaranch. Dijo que tenía que comprobar una cosa. No dejó rastro.

David apareció con el gesto endurecido.

—Han pedido que entreguemos terminales —dijo—. Auditoría "preventiva".

—No pienso hacerlo —respondió Sanz.

—No te lo piden —añadió él—. Te lo ordenan.

Sanz asintió. Sacó la SIM, la partió con cuidado y dejó el móvil sobre la mesa.

—Ahora ya no.

El edificio al que correspondía la tarjeta estaba en el límite entre Villaverde y Getafe, uno de esos híbridos administrativos donde nadie pregunta demasiado. Control de accesos, turnos rotativos, cámaras bien colocadas. Sanz entró sin problema. El pitido fue limpio, sin alerta.

Dentro, el aire olía a metal y café recalentado. Un vigilante levantó la vista y volvió a bajarla. La tarjeta abría más de lo que debía.

En una sala sin ventanas, encontró los registros. No los oficiales. Los paralelos. Horas corregidas, accesos duplicados, entradas sin salida. Repeticiones mínimas, casi elegantes. Una firma.

Luis aparecía dos veces en las últimas veinticuatro horas. No como agente. Como visitante.

—Joder —susurró.

Una puerta se cerró a su espalda. No se giró de inmediato.

—Te dije que no era tu guerra —dijo la voz neutra.

Sanz se volvió despacio. El hombre llevaba uniforme sin insignias. Edad imprecisa. Mirada entrenada.

—Nunca avisas dos veces —respondió ella—. Eso es cortesía.

—Luis se metió donde no debía.

—Como todos.

El hombre sonrió apenas.

—Él quiso entender el patrón.

—¿Y tú?

—Yo lo ejecuto.

Silencio. El zumbido de las luces.

—¿Dónde está? —preguntó Sanz.

—Vivo —dijo el hombre—. De momento.

Sanz dio un paso atrás. No sacó el arma. No hacía falta.

—Esto ya no es contención —dijo—. Es escalada.

—Siempre lo es —respondió él—. Solo que algunos lo llaman servicio.

Antes de irse, dejó algo sobre la mesa: un horario impreso. Una repetición marcada en rojo. Esa noche.

# CAPÍTULO 14

Sanz no avisó a Samaranch. No avisó a nadie. Llamó a David desde un teléfono público.

—Si no me ves mañana, busca en Carabanchel —dijo.

—Eso no es un plan —respondió él.

—Es lo único que tengo.

Colgó antes de que pudiera decir nada más.

La nave estaba medio en obras, como tantas. Vallas provisionales, luz pobre. La furgoneta blanca llegó con puntualidad quirúrgica. Sanz observó desde un coche robado de sí misma: sin radio, sin placas visibles.

El hombre bajó solo. Abrió la puerta lateral. Dentro, una camilla. Ataduras limpias. Luis respiraba. Demasiado tranquilo para estar consciente.

—No tenías que venir —dijo el hombre, sin volverse.

—Nunca tengo que venir —respondió Sanz—. Siempre vengo.

—Esto acaba mal.

—Siempre acaba.

Él se giró. No llevaba arma a la vista. Tampoco ella.

—Hay cosas que se repiten porque funcionan —dijo—. Fallos que nadie quiere ver. Nosotros los ordenamos.

—Matando.

—Corrigiendo.

Sanz avanzó un paso. Notó el temblor leve en las manos. Pensó en la botella. En no beber.

—Te equivocas en una cosa —dijo—. El patrón no es perfecto.

—¿Ah, no?

—Siempre hay un margen de error —respondió—. Y soy yo.

El golpe fue rápido. Torpe. El hombre cayó, pero no quedó inmóvil. Hubo forcejeo, respiraciones rotas, un ruido seco contra el metal. Sanz sintió el dolor subirle por el costado, caliente.

Cuando todo terminó, Luis seguía vivo. El hombre, también. Atado ahora. Sin uniforme.

Las sirenas sonaron a lo lejos. No sabía quién las había llamado. Tal vez nadie.

Sanz se sentó en el suelo, apoyada en la furgoneta. Sacó la botella. Esta vez bebió. Poco.

Miró al hombre.

—Esto no ha terminado —dijo él.

—No —respondió ella—. Ahora empieza la parte incómoda.

Las luces azules se acercaban. Sanz cerró los ojos un segundo. No para descansar. Para recordar.

El patrón había fallado.

Y alguien iba a pagar por ello.

# CAPÍTULO 15

Frecuencia de caída

Las sirenas no llegaron a tiempo. O quizá llegaron cuando tenían que llegar, que es otra forma de decir lo mismo.

Sanz seguía sentada en el suelo de la nave, la espalda apoyada en el metal frío de la furgoneta. Luis respiraba con dificultad, pero respiraba. El hombre atado —ya sin uniforme, ya sin discurso— mantenía la mirada fija en algún punto por encima de ella, como si todavía esperara órdenes.

—No te muevas —le dijo Sanz, más por inercia que por necesidad.

Se levantó despacio. El costado le ardía. Sabía que el hematoma sería feo, que mañana dolería más. Sacó el teléfono viejo del bolsillo trasero, el que no había entregado porque nadie se lo había pedido explícitamente. Llamó a emergencias y colgó antes de que le pidieran datos.

Cuando llegaron los primeros coches, Sanz ya había decidido qué contar y qué no. El margen entre ambas cosas era estrecho y resbaladizo.

David fue el primero en bajar del vehículo. La miró de arriba abajo, contó mentalmente los daños.

—Estás sangrando —dijo.

—No es mío —respondió ella.

No era verdad del todo.

Ana llegó después, con la cara tensa, los ojos atentos a todo menos a Sanz.

—¿Es él? —preguntó, mirando al hombre atado.

—Uno de ellos —dijo Sanz—. El que se deja ver.

Luis fue trasladado en ambulancia. Antes de que se lo llevaran, abrió los ojos un segundo y buscó a Sanz.

—No… es solo uno —susurró.

Ella asintió.

—Lo sé.

Samaranch apareció cuando ya no quedaba adrenalina, solo procedimiento. Observó la escena con la distancia de quien ya está pensando en el informe.

—Has cruzado todas las líneas —dijo—. Sin autorización, sin apoyo, sin protocolo.

—Y aun así —respondió Sanz—, está vivo. Y habla.

—Hablará cuando yo diga —replicó Samaranch—. A partir de ahora, esto pasa a otra unidad.

Sanz lo miró fijamente.

—No —dijo—. A partir de ahora, esto se complica.

No levantó la voz. No hizo gestos. Samaranch anotó algo en su libreta invisible.

—Estás fuera, Sanz —dijo—. Baja médica obligatoria. Evaluación. Ya.

Ella sonrió. Fue una mueca torpe.

—Hazlo —dijo—. Pero no podrás parar lo que viene.

No esperó respuesta. Se fue antes de que alguien pudiera impedírselo.

Esa noche no volvió a casa. Se metió en un hostal de carretera, uno de esos donde nadie pide explicaciones y el café sabe a óxido. Bebió lo justo para dormir sin soñar. No funcionó.

A las 04:12, el teléfono vibró. Número desconocido.

—Tenemos un muerto —dijo Ana, sin saludo—. Getafe. Aparcamiento subterráneo. Mismo patrón. Pero algo distinto.

—¿Qué? —preguntó Sanz, incorporándose.

—Esta vez han dejado el cuerpo visible. Y algo más.

Sanz colgó sin despedirse. Se vistió, el dolor ya instalado como un recordatorio.

El cadáver estaba sentado en el asiento del conductor, cinturón puesto, manos sobre el volante. Ojos abiertos. La repetición estaba ahí: el tiempo, el lugar, la forma. Pero habían añadido un detalle

nuevo. En el retrovisor colgaba una tarjeta de control de accesos. La misma serie que la suya.

—Nos están marcando —dijo Ana en voz baja.

—No —corrigió Sanz—. Están subiendo el volumen.

David llegó tarde. Miró el cuerpo, luego a Sanz.

—Te están echando —dijo.

—Lo sé.

—Y aun así sigues.

—También lo sabes.

David no respondió. Se limitó a mirar alrededor, como si buscara algo que no estaba allí.

Sanz sí lo vio. Una cámara nueva, mal disimulada. Un ojo añadido.

El patrón no solo se repetía.

Aprendía.

---

# CAPÍTULO 16

Zona muerta

La vigilancia empezó a las 22:30. Sanz sola, en un coche que no figuraba en ningún registro. Había elegido el punto por descarte: una zona industrial donde las repeticiones se solapaban demasiado como para ser casualidad. Demasiado ruido para esconder algo pequeño. Perfecto para ocultar algo grande.

No llevaba radio. El teléfono en modo avión. La pistola en la guantera, más por costumbre que por intención.

El dolor del costado se mezclaba con un temblor fino en las manos. No sabía si era la herida o la abstinencia. No quiso averiguarlo.

A las 23:17, la furgoneta blanca apareció. La misma. O otra idéntica. A esas alturas, daba igual.

Sanz arrancó con suavidad, manteniendo distancia. Dos coches entre ellos. Semáforos que parecían eternos. El recorrido coincidía con otros, pero se desviaba lo justo para no ser exacto. Una repetición imperfecta.

—Te tengo —murmuró.

La furgoneta entró en un polígono cerrado. Sanz dudó. No había apoyo. No había cobertura. La decisión fue rápida y mala, como casi todas las buenas.

Entró.

Aparcó a dos naves de distancia. Apagó luces. Bajó del coche. El aire estaba quieto, cargado. Un ruido metálico al fondo. Pasos.

Avanzó pegada a la pared. Vio la silueta del hombre abrir una puerta lateral. Estaba sola. Lo sabía. Él también.

—Policía —dijo, sin gritar.

El hombre se giró. Por primera vez, parecía sorprendido. Dio un paso atrás.

—No tienes jurisdicción aquí —dijo.

—Tampoco tú —respondió ella.

Estaba a menos de diez metros. Podía correr. Podía disparar. Podía gritar.

Eligió mal.

El hombre lanzó algo al suelo. No era un arma. Era una llave. Un manojo de llaves. El ruido metálico resonó demasiado.

Sanz miró un segundo. Solo un segundo.

Cuando volvió a levantar la vista, el hombre ya corría. Se metió entre dos naves, saltó una valla baja, desapareció en la oscuridad.

Sanz lo siguió hasta donde pudo. El dolor le cortó el aliento. Se apoyó en una pared, jadeando.

—Joder —susurró.

No hubo sirenas. No hubo testigos. Solo el eco de una decisión tomada tarde.

En el suelo, junto a las llaves, había algo más. Un papel doblado. Lo abrió.

Un horario. Una repetición futura. Mañana. Villaverde.

Sanz se dejó caer al suelo. Sacó la botella. La miró. La volvió a guardar.

Se levantó despacio. Cojeando. Con rabia.

Había estado a punto.

Y ahora el patrón sabía exactamente cuánto podía estirar el margen.

La próxima vez no habría error.

O no habría tiempo.

# CAPÍTULO 17

Cadencia rota

A las seis de la mañana Villaverde huele a pan industrial y a cansancio. Sanz caminó dos manzanas antes de notar que la seguían. No aceleró. No miró atrás. Contó pasos. Tres ritmos distintos. Uno aprendiendo, dos seguros. Presión institucional no es una palabra: es un cuerpo que ocupa espacio.

Entró en el bar de Julián, pidió café solo y un vaso de agua. Se sentó de espaldas a la pared. El temblor había bajado a una vibración doméstica, controlable. El café sabía a castigo.

—No deberías estar aquí —dijo David, sentándose sin pedir nada.

—Tú tampoco —respondió ella—. ¿Te han mandado?

—Me he mandado yo. A Samaranch le basta con que no te ayude.

—Siempre ayuda sin mancharse.

David apretó los labios. Dejó un sobre sobre la mesa.

—Orden de retirada de credenciales. Hoy.

Sanz no lo abrió.

—¿Y el muerto?

—Otro —dijo David—. Almacén frigorífico, cerca del río. Misma cadencia, pero han adelantado el reloj veinte minutos.

—Corrección —dijo ella—. Ensayo.

El almacén era un rectángulo blanco con puertas azules. Dentro, el frío mordía. El cadáver estaba dispuesto con la precisión de un ritual que ya no necesita público. Un operario subcontratado. Sin antecedentes. Sin historia que interese a nadie. En el bolsillo interior, una cinta aislante negra con una marca en tiza: dos rayas y un punto. Repetición mínima. Firma.

Ana llegó tarde, con los ojos secos de no dormir.

—Luis está consciente —dijo—. Habla poco. Dice que hay una lista.

—¿De víctimas? —preguntó David.

—De errores —respondió Ana.

Samaranch apareció con un abrigo caro que no era de invierno. Miró el cuerpo, miró a Sanz, miró el reloj.

—Te advertí —dijo—. Esto ya no es tu caso.

—Nunca lo fue —contestó ella—. Por eso funciona.

Samaranch hizo un gesto y dos agentes se acercaron.

—Acompáñenla fuera.

Sanz no se resistió. Antes de salir, miró una última vez el cadáver. El patrón estaba roto por un detalle: la posición de los pies. Alguien había dudado. Alguien había improvisado.

—Tiene prisa —dijo, para nadie.

Fuera, el aire era más caliente. Sanz se apoyó en la pared, sacó la botella, bebió un trago corto. Lo justo para que el mundo encajara.

Esa tarde, sola, revisó las cámaras que nadie miraba. Cruces de horarios. Rutas de furgonetas blancas. Un polígono que se repetía con pequeñas variaciones. Una zona muerta en la red, siempre a la misma hora. Aprendizaje. Ajuste.

A las 22:41, apagó el ordenador. Cogió las llaves. Dejó el teléfono.

La vigilancia no era un acto heroico. Era una suma de renuncias.

---

# CAPÍTULO 18

Error humano

El coche estaba donde debía. La luz, mal colocada a propósito. Sanz esperó. La respiración acompasada. El dolor, convertido en fondo. A las 23:02, la furgoneta apareció de nuevo, como una palabra mal escrita que insiste.

Siguió a distancia. Sin radio. Sin respaldo. Cada cruce era una pregunta. Cada semáforo, una amenaza.

La furgoneta entró en una calle secundaria. Sanz aparcó en doble fila, bajó, avanzó a pie. Vio la silueta abrir una puerta. Oyó el golpe seco dentro. Un grito breve. Un silencio.

Entró.

El cuerpo estaba en el suelo. Un vigilante nocturno. El reloj aún caliente. El patrón completo. Demasiado completo. Trampa.

—Sal —dijo una voz desde la sombra—. O esto se rompe de verdad.

Sanz levantó las manos despacio. Vio el arma. Vio el cansancio en los ojos del hombre. No era el mismo. O sí, pero desgastado.

—No eres tú —dijo ella—. Tú ejecutas.

—Hoy no —respondió él—. Hoy aprendo.

Sanz dio un paso. Pensó en disparar. Pensó en correr. Pensó en llamar a David. No hizo nada.

El hombre retrocedió, empujó una estantería. Ruido. Polvo. Oscuridad. Cuando la luz volvió, ya no estaba.

Sanz se acercó al cadáver. Cerró los ojos del vigilante. Sacó la botella. Bebió. Esta vez más.

Las sirenas llegaron tarde. Como siempre.

Ana apareció con la cara blanca.

—Te han grabado —dijo—. No la pelea. Tu sombra entrando y saliendo.

—Que graben —respondió Sanz—. El patrón también deja huella.

David llegó después. No la miró.

—Te suspenden —dijo—. Oficialmente.

—Oficialmente nunca estuve —respondió ella.

Samaranch no apareció. Mandó un mensaje. Dos líneas. Frío.

Sanz se quedó sola cuando todos se fueron. Miró el espacio vacío donde el hombre había estado. En el suelo, una marca de zapato distinta a las otras. Un error humano.

Sonrió. Dolía.

La cadencia se había roto.

Y eso, pensó, es cuando las cosas empiezan a sangrar.

# CAPÍTULO 21

Probadores

Parquesur a las ocho de la mañana todavía no había decidido quién iba a ser ese día.

Las puertas automáticas se abrían y cerraban con un suspiro mecánico, dejando pasar a trabajadores con café en vasos de cartón, a las primeras clientas que caminaban deprisa como si comprar fuera una tarea pendiente, no un placer. El centro comercial olía a limpieza reciente y a algo dulce que venía de una panadería aún a medio montar. Todo estaba pensado para borrar huellas antes de que existieran.

Sanz llegó tarde.

No por tráfico ni por distancia. Llegó tarde porque el aviso no estaba pensado para ella. Leganés. Policía Local. Seguridad privada. Protocolo interno. Palabras que no incluían su nombre.

Aparcó en superficie, lejos, como siempre. Caminó sin prisa aparente, con el abrigo abierto y la mirada baja. Nadie se fijaba en una mujer sola entrando en un centro comercial. Eso también era parte del diseño.

Dentro, el murmullo era constante. Música ambiental, ruedas de carros, pasos. Un sonido que lo cubría todo y que hacía posible que nadie escuchara lo que no quería escuchar.

Zara estaba abierta, pero no del todo. La persiana interior, esa que no se ve desde fuera, había bajado solo en el fondo del local. El resto funcionaba con normalidad. Dos dependientas doblaban ropa con movimientos automáticos. Una tercera hablaba en voz baja con un hombre de traje oscuro, el jefe de seguridad del centro.

Sanz se detuvo a unos metros. Observó sin intervenir. La escena tenía algo quirúrgico: ni gritos, ni curiosos, ni móviles levantados. La muerte, bien gestionada, no interrumpe el consumo.

—No puede pasar —dijo el vigilante cuando la vio acercarse.

Sanz enseñó la placa solo un segundo.

—Ya he pasado —respondió.

El hombre dudó lo justo para perder autoridad. Se apartó.

El pasillo de probadores era estrecho, pensado para dirigir el flujo, no para detenerse. Cortinas beige, numeradas. Luz blanca. Un espejo al fondo que deformaba ligeramente la imagen, lo suficiente para que nadie se viera como es.

Había olor a perfume caro y a tela nueva. Y, debajo, algo más metálico.

La cortina del probador siete estaba corrida. Dos agentes locales flanqueaban la entrada. Una de ellas tenía la mirada fija en el suelo. La otra miraba demasiado.

—¿Hora estimada? —preguntó Sanz.

—Entre las ocho y las ocho y cuarto —respondió la agente—. Una empleada entró a limpiar. Pensó que era una clienta mareada.

Sanz asintió. No preguntó nada más. Apartó la cortina con dos dedos.

El espacio era pequeño. Demasiado pequeño para la quietud que había dentro.

La mujer estaba sentada en el banco corrido, la espalda recta, los pies apoyados en el suelo. No había rigidez exagerada todavía. El cuerpo aún no había decidido qué hacer con la muerte. Las manos descansaban sobre los muslos, abiertas, sin tensión. La ropa estaba doblada a un lado: pantalón, jersey, una camiseta básica blanca. Todo alineado, como si alguien hubiera querido demostrar que no había desorden.

El corte era limpio. Lateral. Preciso. No había sangre en exceso. La mayor parte había sido contenida por la propia postura del cuerpo. Eficiencia.

Sanz se quedó quieta unos segundos. No por respeto. Por lectura.

Miró el espejo. No estaba roto. Tampoco estaba limpio del todo. Una marca difusa a la altura del hombro. Un gesto borrado a medias. Como si alguien hubiera apoyado la mano y luego hubiera dudado.

—¿Hay cámaras aquí dentro? —preguntó, sin girarse.

—No —respondió el jefe de seguridad—. Por ley.

—Ya —dijo Sanz—. ¿Y fuera?

—Pasillo, accesos, cajas.

—Enséñemelas.

Salió del probador sin volver a mirar el cuerpo. Ya lo había visto todo.

Ana llegó cuando estaban revisando las primeras imágenes. No dijo nada al principio. Se colocó a su lado, observó los monitores.

—¿Leganés? —preguntó al fin.

—Leganés —respondió Sanz—. Espacio controlado. Público. Sin ruido.

—Escalada.

—Normalización —corrigió Sanz—. Aquí nadie espera nada.

En pantalla, una secuencia anodina: gente entrando, saliendo, probadores llenándose y vaciándose. Nada destacaba hasta que Sanz levantó la mano.

—Para ahí.

El técnico detuvo la imagen.

Un hombre salía del pasillo de probadores con una bolsa de papel blanca en la mano. No llevaba prisa. No miraba alrededor. Camisa clara, vaqueros oscuros, zapatos limpios. En la muñeca, un reloj discreto. El tipo de hombre que no se recuerda porque encaja en todos lados.

—Tiempo —dijo Sanz.

—Siete minutos dentro del pasillo —respondió el técnico—. No consta compra.

—Consta salida —dijo ella.

Avanzaron fotograma a fotograma. El hombre se detuvo un segundo frente a un espejo general. Se recolocó la manga. Se fue.

—¿Ves algo? —preguntó Ana.

—Sí —respondió Sanz—. Veo que no corre. Y eso es una decisión.

El cuerpo fue retirado sin ceremonia. La tienda cerró esa zona durante una hora. Luego reabrió. La música volvió a subir dos puntos. La gente siguió probándose ropa.

Samaranch llegó tarde y enfadado. Miró el probador, miró a Sanz, miró al jefe de seguridad.

—Esto no es Villaverde —dijo.

—No —respondió ella—. Es mejor.

—No vas a dirigir esto.

—Nunca dirijo nada —replicó—. Solo sigo lo que se repite.

El juez apretó la mandíbula.

—Aquí hay demasiadas cámaras, demasiada gente, demasiada responsabilidad.

—Por eso ha venido —dijo Sanz—. Porque sabe que no es un error.

No hubo respuesta. Samaranch se fue a hablar con otros. A repartir culpas futuras.

Sanz volvió al probador vacío. Se agachó junto al banco. En el suelo, casi invisible, había una pelusa negra. No de la ropa de la víctima. No del banco.

—¿Recogida? —preguntó Ana.

—Sí —dijo Sanz—. Y que no la pierdan.

Se levantó despacio. El dolor en el costado seguía ahí, recordándole la noche anterior. Pensó en el centro comercial lleno, en las familias entrando, en la normalidad recuperada.

El asesino había entendido algo esencial: matar no era interrumpir la vida. Era insertarse en ella sin que nadie quisiera verlo.

Cuando salió de Zara, la persiana interior ya estaba subida. Un niño tiraba de la mano de su madre pidiendo una sudadera. La madre cedió.

Sanz se quedó mirando un segundo más de la cuenta.

El patrón había cambiado de escenario.

Y eso significaba que el siguiente paso ya no sería silencioso.

Solo inevitable.

# CAPÍTULO 22

Ángulos muertos

La presión no llegó con una llamada. Llegó con silencios.

A las siete de la mañana, Sanz ya estaba despierta. No había dormido más de tres horas seguidas. El vaso de whisky de la noche anterior seguía en la mesilla, con un dedo de líquido tibio que no había querido terminar. No era culpa. Era cálculo: sabía que hoy necesitaría la cabeza clara el mayor tiempo posible.

El móvil vibró a las 07:18. Un mensaje de David, seco.

Reunión a las 8. Viene Samaranch. Y prensa.

Sanz se levantó sin contestar. Ducha rápida, agua demasiado caliente. Se miró en el espejo más de lo necesario. Las ojeras ya no eran un síntoma, eran una constante. Se puso la misma ropa del día anterior. Nadie iba a fijarse en eso.

En la comisaría de Villaverde el ambiente estaba cargado de una electricidad rara, contenida. Nadie hablaba alto. Nadie bromeaba. El nombre de Parquesur flotaba sin pronunciarse, como si decirlo atrajera algo peor.

Samaranch ocupaba la cabecera de la mesa de reuniones. Traje impecable. Gestos medidos. Ana y Luis a un lado. David, enfrente. Sanz entró la última y no pidió permiso.

—Tenemos un problema —dijo el juez sin preámbulos—. Tres homicidios en un espacio privado de alta afluencia. Seguridad privada presionando. Comunidad de Madrid preguntando. Y vosotros sin autor identificado.

—Tenemos patrón —respondió Sanz—. Y un vector claro.

—Tenéis una teoría —corrigió Samaranch—. Y ninguna detención.

Luis carraspeó.

—Las cámaras nos dan un sujeto recurrente. No es definitivo, pero…

—Pero nada —cortó Samaranch—. Esto ya no es Villaverde. Aquí hay intereses.

Sanz apoyó las manos en la mesa.

—Precisamente por eso ha venido aquí. Porque sabe que no improvisa.

Samaranch la miró como si evaluara un riesgo legal, no humano.

—Te estás extralimitando —dijo—. Y te estás quedando sola.

David tensó la mandíbula.

—No la vamos a apartar —dijo—. Aún.

El "aún" quedó suspendido como una amenaza administrativa.

La reunión terminó sin acuerdos claros. Solo una orden: discreción absoluta y resultados inmediatos. Dos conceptos incompatibles.

A las 11:42, Ana dejó sobre la mesa de Sanz un dossier fino.

—Revisión cruzada —dijo—. Víctimas de Parquesur. Ninguna conexión aparente. Excepto una cosa.

Sanz levantó la vista.

—Rutinas.

—Exacto —asintió Ana—. Las tres estaban solas. Las tres en franjas de baja vigilancia humana. Las tres en espacios donde nadie mira directamente.

—Ángulos muertos —murmuró Sanz.

—Y hay más —añadió Ana—. La primera víctima trabajaba cerca de aquí. Villaverde Alto. No lo había dicho en la primera ronda.

Sanz sintió el clic interno. El patrón no se desplazaba al azar. Estaba cerrando un círculo.

Esa tarde, Sanz no volvió a la comisaría. Dejó el coche lejos del centro comercial y caminó. Llevaba una gorra baja y una bufanda que no necesitaba. Vigilancia en solitario. No autorizada. Realista.

Parquesur a última hora de la tarde era otro animal. Familias cansadas, adolescentes erráticos, parejas que ya no se hablaban. Ruido constante. Demasiadas cámaras como para cubrirlo todo.

Sanz se movió despacio. Contó columnas. Contó reflejos. Observó a los vigilantes: siempre los mismos recorridos, siempre los mismos descansos. Previsibles.

A las 19:03 lo vio.

No supo decir por qué. No llevaba bolsa blanca. No miraba el móvil. Pero caminaba como alguien que ya había estado allí demasiadas veces. Conocía los tiempos. Conocía los huecos.

Lo siguió a distancia. Bajaron por una rampa secundaria hacia una zona de servicios cerrada al público. Un pasillo largo, fluorescentes parpadeando. Cámaras viejas.

El hombre se detuvo. Giró la cabeza.

Sanz se quedó quieta. No sacó el arma. No había respaldo. No había prisa.

—No es hoy —dijo él, sin mirarla.

La voz era normal. Demasiado.

—No lo sabes —respondió ella.

Él sonrió, leve.

—Sí —dijo—. Porque hoy te he visto antes.

Retrocedió un paso. Solo uno. Lo suficiente para colocarse bajo una cámara muerta. Sanz avanzó. Dos metros. Tres.

Un carro de limpieza apareció desde un lateral. Una mujer empujándolo, auriculares puestos. El ruido lo llenó todo.

Cuando el carro pasó, el hombre ya no estaba.

Sanz corrió. Giró la esquina. Salida de emergencia abierta. Escalera. Bajó. Llegó al exterior justo a tiempo de ver una puerta metálica cerrarse al fondo del pasillo de carga.

No la abrió.

No porque no pudiera. Porque hacerlo implicaba entrar sola en un espacio sin cobertura, sin comunicación, sin justificación posterior.

Limitación realista.

Se quedó allí, respirando fuerte, con la certeza clavada en el estómago: había estado a segundos.

Esa noche bebió más de la cuenta. No perdió el control. Nunca lo perdía. Solo anestesió lo justo para dormir sin soñar.

A las 02:17 sonó el teléfono.

Otro aviso.

Villaverde.

---

# CAPÍTULO 23

Retorno

El cadáver estaba en un descampado junto a las vías, a menos de quinientos metros del primer escenario de la serie. Un hombre joven. Treinta y pocos. Ropa de trabajo. El corte era el mismo, pero algo había cambiado.

—Esta vez ha habido lucha —dijo Luis, agachado junto al cuerpo—. Mínima, pero existe.

Sanz observó las manos. Uñas rotas. Tierra bajo la piel.

—Ha apurado —dijo—. O ha querido dejar rastro.

David se acercó, serio.

—La prensa ya lo tiene —dijo—. Han atado Parquesur con Villaverde.

—Era inevitable —respondió Sanz—. Él lo sabía.

Ana llegó con el gesto duro.

—Samaranch está fuera de sí —dijo—. Quiere una cabeza. Preferiblemente la tuya.

Sanz no contestó. Miró el entorno. El lugar no era cómodo. No era limpio. No era controlado. Era un regreso.

—Ha vuelto porque ayer algo no salió como quería —dijo—. O porque quería decirnos que puede.

—O porque te estaba hablando a ti —dijo David, en voz baja.

Sanz levantó la vista. No negó nada.

En el bolsillo del muerto había un ticket arrugado. Café. Parquesur. Dos días antes.

—Contacto indirecto —dijo Luis—. No víctima al azar.

—Advertencia —corrigió Sanz.

El día se torció rápido. Declaraciones cruzadas. Órdenes contradictorias. Un equipo de refuerzo que no conocía el terreno. Samaranch apareció a media mañana, furioso.

—Esto se te ha ido de las manos —le dijo a Sanz, sin testigos.

—Nunca estuvo en mis manos —respondió ella—. Solo estoy más cerca.

—Te aparto —dijo él—. Oficialmente.

David intervino.

—No puedes hacerlo ahora.

—Puedo y lo haré —respondió Samaranch—. A partir de este momento, Sanz queda fuera del operativo.

El silencio fue denso.

Sanz recogió su abrigo.

—Entonces ten cuidado —dijo—. Porque ya no vais a saber dónde estoy.

Esa noche volvió a salir sola.

No por rebeldía. Por lógica. Sabía que el asesino esperaba ese movimiento. Sabía que el siguiente paso no sería inmediato, pero sí cercano. Sabía dónde mirar.

Se apostó en un bar pequeño, frente a una boca de metro secundaria. Café solo. Sin alcohol. Por una vez.

A las 23:41, alguien se sentó dos taburetes más allá.

—Te van a echar —dijo la voz, tranquila.

Sanz no giró la cabeza.

—Ya lo han intentado.

—No es personal —dijo él—. Nunca lo es.

—Para ti no —respondió ella—. Para ellos tampoco.

El hombre dejó una moneda sobre la barra.

—No me seguirás —dijo—. Hoy no.

—No —admitió Sanz—. Hoy no.

Él se levantó. Caminó hacia la salida. No corrió. No miró atrás.

Sanz esperó treinta segundos. Los suficientes para no ser vista siguiéndolo. Se levantó después.

Cuando salió, el bar ya estaba cerrando. La calle, vacía. El hombre había desaparecido entre calles que ella conocía demasiado bien.

Sanz encendió un cigarro que no fumó. Lo sostuvo entre los dedos hasta que se consumió solo.

No lo había atrapado.

Pero tampoco estaba fuera del juego.

Y eso, en ese momento, era suficiente para que el patrón supiera que la partida seguía abierta.

# CAPÍTULO 26

Zona caliente

La llamada no entró por el canal oficial. Eso ya decía mucho.

Sanz estaba sentada en el coche, motor apagado, frente a un bloque de viviendas de Villaverde Sur que había aprendido a mirar sin ver. Ventanas repetidas, ropa tendida, antenas torcidas. Un lugar donde nadie recuerda nada y, precisamente por eso, todo permanece.

El móvil vibró una sola vez. Número oculto.

—Tienes cinco minutos —dijo la voz—. Luego esto no habrá pasado.

—Habla —respondió Sanz, sin sorpresa.

—Han encontrado otro cuerpo. Pero no quieren que seas la primera en llegar.

Silencio.

—¿Dónde? —preguntó.

— Cerca de la M-45. Antiguo vivero municipal. No está limpio.

La llamada se cortó.

Sanz arrancó. No avisó a nadie. El alcohol de la noche anterior seguía ahí, bajo la piel, no en la cabeza. Funcionaba así: lo justo para sostenerse, nunca para caerse. Aprendido a golpes.

El vivero era una extensión de tierra cercada, con invernaderos abandonados y estructuras metálicas oxidadas. La cinta policial ya estaba puesta, pero mal. Demasiado abierta. Demasiado tarde.

El cadáver estaba semitapado con una lona verde. Mujer. Cuarenta y tantos. El corte era el mismo, pero el contexto no. El cuerpo estaba mal colocado, torcido, como si hubiera habido prisa o interferencia.

—Aquí —murmuró Sanz, agachándose—, algo ha salido mal.

Luis apareció a su lado, con el gesto más cansado que de costumbre.

—No deberías estar aquí —dijo.

—Ya lo sé —respondió ella—. Por eso he venido.

Ana llegó segundos después. Se miraron sin saludo.

—Samaranch está desatado —dijo Ana—. Ha pedido que te retiren la placa.

—Otra vez —dijo Sanz—. Le gusta la liturgia.

El cuerpo tenía marcas en las muñecas. No esposas. Cinta. Improvisada.

—Esto no encaja —dijo Luis—. Él no necesita sujetar.

—No —asintió Sanz—. Pero si algo falla, se adapta. Patrón flexible.

David apareció al fondo, serio. Demasiado serio.

—Tenemos presión directa de Fiscalía —dijo—. Quieren un cierre rápido. Y quieren tu cabeza como moneda de cambio.

Sanz se levantó despacio.

—Entonces va a acelerar —dijo—. Porque sabe leer el entorno mejor que ellos.

Esa noche, Villaverde era una zona caliente. Controles improvisados. Patrullas nerviosas. Policías jóvenes haciendo más ruido del necesario. El asesino lo notaría. Y se movería en consecuencia.

Sanz volvió a salir sola.

Se apostó en un paso subterráneo que conectaba dos barrios separados por vías. Un lugar donde la luz siempre fallaba y las cámaras nunca habían sido reparadas del todo. Repetición detectada en dos víctimas: ambas lo cruzaban al volver a casa.

A las 23:09, alguien entró por el extremo norte. Hombre. Altura media. Paso seguro. Demasiado seguro.

Sanz esperó. El eco de los pasos lo llenó todo. Contó respiraciones. Cuando el hombre pasó a su altura, dio un paso adelante.

—Ya basta —dijo.

El hombre se detuvo. No se giró.

—Hoy no —respondió—. Hoy está todo demasiado caliente.

Sanz sacó el arma. Apuntó. Vio el temblor mínimo en su propia mano. No era miedo. Era desgaste.

—No tienes salida —dijo.

El hombre señaló con la cabeza.

—¿Estás segura?

Un grupo de chavales apareció al fondo del túnel, riendo, grabándose con el móvil. El foco de una linterna improvisada iluminó la escena.

Decisión realista.

Sanz bajó el arma un centímetro. El hombre aprovechó. Corrió hacia la salida sur. Desapareció entre coches mal aparcados y sombras conocidas.

Sanz no lo siguió. Se quedó quieta, respirando despacio, con la certeza amarga de que había vuelto a elegir correctamente y aun así había perdido.

El túnel volvió a vaciarse. Villaverde siguió respirando como siempre.

Pero algo había cambiado: el asesino había cometido un error. Y ella lo había visto.

---

# CAPÍTULO 27

Desgaste

La mañana siguiente llegó con resaca institucional.

Titulares sin nombre. Filtraciones interesadas. Un informe interno señalando "fallos de coordinación" donde el subtexto era claro. Sanz no fue convocada a la reunión. David sí.

Cuando salió, la buscó con la mirada antes de hablar.

—Esto se está cerrando sobre ti —dijo—. Y no como tú quieres.

—Nunca se cierra como quiero —respondió ella—. ¿Qué más?

—Han encontrado una conexión entre la última víctima y un antiguo expediente cerrado en falso. Uno tuyo.

Sanz se quedó inmóvil.

—Eso no estaba cerrado —dijo.

—Ahora dicen que sí.

Ana se acercó, con un dossier en la mano.

—No es casualidad —dijo—. Están reescribiendo el pasado para neutralizarte.

—Entonces vamos bien —respondió Sanz—. Él también lo sabrá.

Esa tarde bebió antes de salir. Más de lo recomendable. No lo suficiente para perder el control. Solo para apagar el ruido.

Volvió al vivero. De noche. Sin permiso. Recorrió el perímetro con una linterna pequeña. Encontró lo que buscaba: una colilla aplastada contra el metal. No era de la víctima. No era reciente. Era una repetición.

—Te gusta volver —murmuró.

El móvil vibró. Mensaje sin remitente.

No mires atrás.

Sanz levantó la vista justo a tiempo de ver una sombra moverse entre los invernaderos. Corrió. El terreno era irregular. Resbaló. Se levantó. Llegó a un claro.

El hombre estaba allí. A diez metros. De frente.

—Te están usando —dijo él—. Igual que yo.

—No somos iguales —respondió Sanz, apuntando.

—No —admitió—. Tú aún crees que puedes parar.

Sirenas a lo lejos. Demasiado lejos. Demasiado cerca para él.

—Si disparas —dijo—, se acaba todo. Para ti.

Sanz dudó. Un segundo eterno. Vio a David. Vio a Ana. Vio el informe doblado en el abrigo.

Bajó el arma.

El hombre sonrió con tristeza.

—Nos veremos —dijo.

Desapareció entre estructuras que nadie iba a revisar esa noche.

Sanz se quedó sola, con el pulso acelerado y el alcohol subiendo. No gritó. No golpeó nada. Aprendió hace tiempo que eso no cambia nada.

Al día siguiente habría otro movimiento. Otro cadáver o una revelación. O ambas cosas.

La ciudad no iba a aflojar.
La institución tampoco.
Y ella… ella ya estaba demasiado dentro como para salir limpia.

El patrón seguía activo.
Y la cuenta atrás, aunque nadie la hubiera anunciado,
había empezado.

# CAPÍTULO 28

Lo inevitable

No fue una decisión. Ni una escena largamente anticipada con música de fondo. Llegó como llegan las cosas que no se pueden seguir posponiendo: por agotamiento.

Sanz y David se quedaron solos en la sala de reuniones cuando ya no quedaba nadie a quien rendir cuentas. Afuera, la noche había caído sobre Villaverde con una densidad extraña, como si la ciudad hubiese decidido contener la respiración. Dentro, el fluorescente parpadeaba con un zumbido cansado.

Habían pasado el día cruzando informes que ya no llevaban a ningún sitio nuevo, escuchando versiones oficiales que nadie creía del todo, esquivando miradas. Samaranch no había vuelto a llamar. Ese silencio era peor que una orden directa.

—Te van a echar —dijo David, sin dramatismo, como quien constata una previsión meteorológica.

Sanz no respondió de inmediato. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Se sentó, se levantó, volvió a sentarse. El cuerpo no encontraba sitio.

—Puede —dijo al fin—. O puede que intenten usarme un poco más.

David la miró con una mezcla de cansancio y algo que llevaba tiempo evitando nombrar.

—Siempre eres útil —dijo—. Incluso cuando molestas.

Sanz sonrió apenas. Fue una sonrisa torcida, sin humor.

—Eso no es un cumplido.

—No pretendía que lo fuera.

Se quedaron en silencio. No era incómodo. Era denso. El tipo de silencio que se construye con todo lo que no se ha dicho a tiempo.

Sanz notó el pulso en las sienes. El alcohol de la tarde ya no estaba ahí para amortiguar nada. Solo quedaba el cansancio, crudo y limpio.

—Hoy he vuelto a tenerlo delante —dijo—. A diez metros.

David no preguntó por qué se le había escapado. Ya conocía la respuesta.

—¿Y? —preguntó.

—Y he elegido no disparar —respondió ella—. Otra vez.

David se levantó despacio y se apoyó en la mesa, frente a ella.

—Eso no te convierte en culpable —dijo.

—No —admitió Sanz—. Pero tampoco en inocente.

Se miraron un segundo de más. Ninguno retrocedió.

No hubo beso inmediato. Hubo una aproximación torpe, como si ambos necesitaran comprobar el terreno antes de pisarlo. David

apoyó la mano en la mesa, cerca de la de ella. No la tocó. Sanz fue quien cerró la distancia, quien apoyó la frente en su pecho un instante, respirando hondo, como si necesitara recordar que estaba viva.

—No deberíamos —dijo David, muy bajo.

—Lo sé —respondió ella—. Por eso estamos aquí.

El beso no fue bonito. Fue urgente. Sin ritmo, sin coreografía. Una colisión más que un encuentro. Sanz sintió el sabor a café frío, a cansancio acumulado, a algo que llevaba demasiado tiempo retenido. David la sostuvo con cuidado, como si temiera romper algo que ya estaba roto.

Se separaron solo para respirar.

—Esto no arregla nada —dijo él.

—Nunca lo hace —respondió ella—. Pero hoy no necesito arreglar.

Se movieron sin hablar. La puerta cerrada. La luz apagada a medias. No hubo palabras grandes ni promesas. Tampoco hubo sexo como se cuenta en los libros. Hubo cuerpos buscando un sitio donde apoyarse sin caerse del todo. Manos que dudaban. Silencios largos. Algún gesto torpe que nadie comentó.

Sanz se quedó mirando el techo cuando todo terminó, escuchando el ruido lejano de un coche pasando por la avenida. Pensó en su hija sin querer. En cómo había aprendido a reconocer el momento exacto en que algo se rompe sin hacer ruido.

David se vistió primero. No por huir, sino por costumbre. Por saber que quedarse demasiado sería peor.

—Mañana será raro —dijo.

—Ya lo es todo —respondió ella.

No se besaron al despedirse. No hizo falta. Se quedaron mirándose un segundo, con esa conciencia incómoda de haber cruzado una línea que no se puede borrar sin consecuencias.

David salió sin cerrar del todo la puerta. Sanz no la cerró después.

Se levantó, fue hasta la ventana y miró Villaverde iluminado de forma irregular. Pensó en el asesino, en el patrón que se afinaba, en la institución tensando la cuerda. Pensó en que acababa de añadir otra variable a una ecuación que ya era inestable.

No sintió culpa inmediata. Eso vendría después. Lo sabía.

Se sirvió un vaso corto. Bebió despacio.

Lo que tenía que llegar había llegado.

Y, como casi todo lo importante en su vida, no traía alivio.

Solo más preguntas.

# CAPÍTULO 29

Fricción

La mañana después no tuvo resaca romántica. Tuvo consecuencias.

Sanz llegó a la comisaría antes que nadie. No por disciplina: por necesidad de control. Se preparó un café demasiado cargado y lo dejó enfriarse sobre la mesa. No lo bebió. Todavía no. El cuerpo pedía alcohol, pero la cabeza no se lo permitía a esas horas. Aún.

El edificio estaba extraño, como si hubiese cambiado de dueño durante la noche. Más movimiento en pasillos que no solían usarse. Un par de tipos de paisano que no conocía, demasiado atentos, demasiado callados. Fiscalía. O algo peor: política.

Ana apareció con el ceño fruncido y una carpeta que no era suya.

—Han pedido todo tu histórico —dijo sin saludo—. Informes, decisiones operativas, sanciones archivadas. Todo.

—Van tarde —respondió Sanz—. Eso ya lo hicieron una vez.

—Ahora no buscan errores —dijo Ana—. Buscan un relato.

Luis se acercó, bajando la voz.

—Y han centralizado el caso. Oficialmente seguimos dentro, pero ya no mandamos.

Sanz asintió. El patrón se repetía también ahí: cuando el ruido sube, alguien necesita señalar a otro.

David llegó el último. No se miraron al entrar. Profesionalidad impostada. El cuerpo, sin embargo, aún recordaba.

—Hay un nuevo escenario —dijo él, directo—. Todavía no hay cadáver. De momento.

La palabra de momento pesó más de lo normal.

—Zona —pidió Sanz.

—Periferia de Villaverde, límite con Getafe. Antigua escuela taller. Cerrada hace años.

Sanz sintió ese pequeño ajuste interno que ya conocía. El asesino estaba estrechando el círculo. No geográfico: emocional. Lugares de tránsito. Espacios de aprendizaje fallido. Repeticiones con significado.

—Va a hacerlo hoy —dijo—. O quiere que creamos que puede.

—No puedes ir sola —dijo David, demasiado rápido.

—No puedo ir acompañada —respondió ella—. No ahora.

Ana abrió la boca para protestar. La cerró. Sabía leer a Sanz mejor que nadie.

—Si te pillan —dijo—, no te van a cubrir.

—Nunca lo han hecho —respondió Sanz.

La escuela taller era un bloque bajo, grafiteado, con ventanas rotas y un patio interior que aún conservaba marcas de juegos pintados en el suelo. La cinta policial de una intervención antigua colgaba como un recuerdo mal enterrado.

Sanz entró por detrás. Sin linterna. Los ojos se adaptaron despacio. El olor era a humedad y polvo viejo. Cada paso resonaba demasiado.

Se movió por las aulas vacías, contando puertas, contando salidas. El patrón estaba ahí: espacios donde el control se simula, pero nunca es real.

A las 18:27 oyó un ruido seco. No un golpe. Un desplazamiento.

Se apoyó contra la pared. Respiró. El pulso se aceleró, pero no perdió ritmo. Alcohol cero. Ahora no.

Lo vio cruzar el patio. De perfil. Más delgado de lo que recordaba. La cojera mínima. Confirmación.

Sanz avanzó despacio. Tenía la salida norte cubierta. La sur, no. Calculó. Demasiado riesgo.

—No tienes que hacerlo —dijo él, sin volverse.

—Tampoco tú —respondió ella.

El hombre se detuvo bajo una viga caída.

—Hoy no hay público —dijo—. Eso te pone nerviosa.

—Hoy hay eco —dijo Sanz—. Y eso te gusta a ti.

Un segundo suspendido. Dos.

El hombre dio un paso atrás. Pisó mal. El sonido metálico resonó más de lo previsto.

Sanz avanzó. Rápido ahora. Demasiado rápido.

—¡Alto!

El hombre corrió. Hacia el ala sur. Sanz detrás. Llegaron al pasillo largo. Ventanas sin cristal. El sol cayendo de frente.

Ella sacó el arma. Apuntó. Calculó el ángulo. Demasiadas variables: reflejos, distancia, superficie irregular.

Decisión realista.

Bajó el arma.

El hombre saltó por una ventana baja. Cayó mal, pero se levantó. Desapareció tras una valla oxidada que cedió con facilidad.

Sanz llegó a la ventana y se detuvo. Respiración fuerte. Pulso estable. La certeza otra vez: había estado cerca. Demasiado.

No lo siguió.

Sabía que hacerlo significaba perderlo todo, incluso si lo atrapaba.

Cuando llegó el aviso oficial, ya era tarde.

Había cadáver.

---

# CAPÍTULO 30

Saldo negativo

La víctima estaba dentro del mismo recinto. Aula tres. Un hombre joven. Monitor, según la documentación encontrada después. El corte, limpio. La colocación, deliberada. Un gesto de desafío.

—Te ha esperado —dijo Luis, en voz baja—. Lo sabía.

Sanz no contestó. Observaba el cuerpo sin prisa, sin dramatismo. Había algo nuevo. Un pequeño objeto colocado junto a la mano: una llave antigua, sin marca.

—Esto no es suyo —dijo Ana.

—No —asintió Sanz—. Es mío.

David la miró con dureza.

—¿Qué?

—Es de un caso antiguo —dijo—. Uno que no cerré como debía. Uno que me quitó el sueño durante meses.

El silencio fue absoluto.

—Está cambiando el juego —dijo David—. Te está arrastrando a su terreno.

—Siempre fue su terreno —respondió Sanz—. Solo que ahora lo reconoce.

Samaranch apareció escoltado. No gritó. Eso fue peor.

—Esto se acabó —dijo—. Te suspendo de forma inmediata. Retirada de arma y placa.

—Llega tarde —respondió Sanz—. Ya ha hecho lo que quería.

—Te crees imprescindible —escupió Samaranch—. Y no lo eres.

—No —admitió ella—. Pero soy constante. Y él lo sabe.

Samaranch ordenó que la sacaran del recinto. David dio un paso, pero se detuvo. Profesional. Otra vez.

Horas después, en su piso, Sanz bebió. Sin contabilidad. Sin medida exacta. El duelo apareció como siempre: sin aviso, sin forma clara. Pensó en su hija. En la llave. En las veces que eligió no cruzar una línea y aun así acabó pagando.

El móvil vibró.

Mensaje sin número.

Has entendido la repetición. Ahora entiéndeme a mí.

Sanz cerró los ojos. Apoyó la cabeza contra la pared.

Sabía que no estaba fuera del caso. Solo fuera del marco legal. Y eso era justo donde el asesino quería llevarla.

El saldo era negativo: más muertos, menos margen, más ruido.

Pero también había algo nuevo.

Por primera vez, el asesino había dejado de correr
y había empezado a hablar.

Y eso, en una ciudad como Madrid,
siempre tiene un precio pendiente.

# CAPÍTULO 31

Fuera de marco

La primera noche sin placa fue más ruidosa de lo esperado.

Sanz no durmió. No por insomnio clásico, sino por ese estado de alerta inútil que queda cuando el cuerpo aún cree que tiene autoridad. Se levantó tres veces para comprobar una puerta que ya sabía cerrada. En la cuarta fue a la cocina y abrió la botella sin disimulo. Bebió de pie. El alcohol no la tumbó; la colocó. Funcional. Otra vez.

A las 03:12 llegó el mensaje.

Escuela de adultos. Turno de mañana. Llegas tarde si vienes acompañada.

No había número. No hacía falta. Sanz borró el mensaje y se sentó a la mesa. Pensó en David, en lo fácil que sería llamarlo y lo imposible que sería después. Pensó en Ana, en cómo la miraría si la viera cruzar otra línea. Pensó en Samaranch firmando papeles con pulso firme.

Salió sola.

La escuela de adultos estaba en un bajo, reconvertido a medias, con un cartel torcido y luces fluorescentes que siempre parecían a punto de morir. Un sitio donde la gente aprende cuando ya nadie espera nada de ella. Repetición clara. Demasiado clara.

Sanz se apostó en un portal de enfrente. No entró. Vigilancia pasiva. Contó entradas y salidas. Dos profesores. Un conserje. Ocho alumnos. Ninguno encajaba del todo. A las 07:48 llegó un hombre nuevo. Mochila vieja. Paso contenido. Miró el cartel como si no lo necesitara.

Sanz sintió el ajuste interno. Ese.

Esperó.

El hombre entró. Cinco minutos después, una mujer salió apresurada, hablando por el móvil, voz alta, nervio. Diez minutos más tarde, silencio anómalo. Demasiado largo para una clase.

Sanz cruzó la calle. La puerta estaba entornada. Entró sin hacer ruido. El conserje no estaba en su puesto. El pasillo olía a café recalentado y a algo más metálico.

Aula del fondo.

El cuerpo estaba en el suelo, mal colocado. Hombre. Profesor. El corte, limpio, pero esta vez había sangre fuera del patrón habitual. Más de la necesaria. Un exceso.

—Estás perdiendo precisión —murmuró Sanz.

Un ruido detrás. Pasos. Se giró.

El asesino estaba allí, a cuatro metros. Sin prisa. Sin máscara.

—No —dijo él—. Estoy ganando tiempo.

Sanz sacó el arma que ya no debía llevar. No apuntó de inmediato.

—Esto ya no es un juego —dijo.

—Nunca lo fue —respondió él—. Tú lo convertiste en método.

Sirenas a lo lejos. Alguien había llamado. Un alumno, quizá. O el conserje.

—Si disparas —dijo él—, confirmas todo lo que han escrito sobre ti. Si no lo haces, me dejas ir. Otra vez.

Sanz calculó. Sin respaldo. Sin marco legal. Con un cadáver reciente a metros. La escena perfecta para hundirla definitivamente.

—¿Por qué ahora? —preguntó.

El hombre sonrió apenas.

—Porque te han sacado del tablero. Y fuera es donde mejor juegas.

Giró hacia la salida trasera. Sanz dio dos pasos detrás. Se detuvo. Decisión realista. No disparó. No gritó.

El asesino desapareció por una puerta que daba a un patio interior lleno de trastos. Cuando llegaron las primeras patrullas, Sanz ya estaba fuera, mezclada con curiosos.

Vio a David al fondo. Se miraron. Nada más.

El cadáver seguía caliente. Y el mensaje, claro: ya no había reglas compartidas.

---

# CAPÍTULO 32

Coste hundido

La presión subió de nivel en cuestión de horas.

Fiscalía filtró que Sanz había sido vista cerca del nuevo cadáver. Samaranch pidió una orden de alejamiento informal: no podía detenerla, pero podía convertir cada paso en un riesgo. Ana le llamó una vez. Sanz no cogió. Luis le dejó un mensaje breve: Ten cuidado. Nada más.

Esa tarde, Sanz bebió antes de salir. Más de lo habitual. No para olvidar, sino para aguantar. El duelo se le había instalado en el pecho como una pieza mal soldada. Pensó en su hija otra vez, en cómo algunas decisiones se parecen demasiado a las ausencias.

Volvió a Villaverde Alto. Azoteas. Bloques con accesos múltiples. Repeticiones verticales. El asesino había usado dos veces ese tipo de entorno en fases de presión máxima. Lo sabía. Él también.

Subió a una azotea desde la escalera de incendios. Viento frío. Vista amplia. Se apostó detrás de un muro bajo. Vigilancia en solitario. Total.

A las 21:14 lo vio entrar en el bloque de enfrente. Mismo paso. Misma contención. Bajó el ritmo de respiración. Esperó.

Diez minutos después, una luz se encendió en el cuarto piso. Luego otra. Luego oscuridad total. Demasiado ordenado.

Sanz cruzó. Subió sin ascensor. Cuarto piso. Puerta entreabierta.

Dentro, silencio.

Avanzó despacio. El olor la golpeó antes de verlo. Mujer. Vecina. El corte exacto. El cuerpo colocado con cuidado. Pero había algo nuevo: el móvil de la víctima sobre la mesa, encendido, con una nota escrita.

Coste hundido.

—Hijo de puta —susurró Sanz.

Un golpe seco detrás. Se giró. El asesino estaba ya en la ventana del salón, medio fuera.

—No puedes salvarlos a todos —dijo—. Ni siquiera ahora.

Sanz levantó el arma. Apuntó. El pulso tembló, pero no por miedo. Por alcohol. Por cansancio. Por todo lo acumulado.

—Baja —ordenó.

—No —respondió él—. Tú tampoco bajarás ya.

Sirenas. Otra vez. Vecinos gritando. Móviles grabando desde otros balcones.

Decisión realista.

Sanz no disparó hacia una fachada llena de ventanas. El asesino saltó a la azotea contigua, rodó, se levantó con dificultad y desapareció por una escalera lateral que Sanz no podía cubrir sin exponerse.

Llegaron las patrullas. Ana entre ellas. Se miraron largo.

—Esto ya es personal —dijo Ana.

—Siempre lo fue —respondió Sanz—. Solo que ahora lo saben todos.

David llegó después. No habló. Le bastó con mirarla para entender que algo se había roto de forma definitiva.

Otro cadáver. Más ruido. Menos margen.

Sanz bajó las escaleras con calma. Sabía que ya no estaba investigando un caso. Estaba pagando un coste hundido: todo lo invertido, todo lo perdido, empujándola a seguir aunque el precio aumentara.

El asesino seguía libre.
La institución cerraba filas sin ella.
Y la ciudad, indiferente,
seguía ofreciendo lugares donde repetir el gesto.

El final no estaba cerca.
Pero el choque,
ese que nadie podría absorber sin romperse,
ya se oía venir.

# CAPÍTULO 33

Interferencia

La orden llegó por cauces oblicuos, como todo lo que quería parecer legal sin serlo.

Sanz se enteró porque Ana dejó de contestar. Porque Luis envió un audio de siete segundos con una respiración rara al principio y una frase medida al final: no te acerques a comisaría hoy. Porque David apareció en la puerta de su piso sin avisar y sin cruzar el umbral.

—Han firmado un perímetro —dijo—. No sobre el caso. Sobre ti.

Sanz estaba sentada a la mesa, el vaso a medio llenar. No lo tocó.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó.

—Que cualquier cosa que hagas dentro de ciertos radios urbanos puede considerarse interferencia —respondió David—. Y que Samaranch ha encontrado la forma de convertirte en variable contaminante.

—Siempre he sido eso —dijo Sanz—. Ahora solo lo ponen por escrito.

David no se sentó. Miró el piso con la misma atención con la que miraba una escena complicada. El abrigo colgado, la botella visible, el arma fuera de lugar.

—Esto no va de proteger el caso —dijo—. Va de protegerse de ti.

—¿Y tú? —preguntó Sanz—. ¿De qué lado estás hoy?

David tardó un segundo de más.

—Del que queda cuando ya no hay lados cómodos.

No fue una reconciliación. Tampoco una ruptura. Fue un ajuste de expectativas.

Sanz salió cuando aún no había anochecido del todo. Se movió por calles secundarias, evitando cámaras conocidas, cruzando zonas donde el patrón se había manifestado antes. No por intuición romántica: por repetición estadística. El asesino buscaba ruido controlado. Espacios donde la presencia policial fuera intermitente y la atención vecinal selectiva.

Se apostó en un descampado junto a un centro cívico cerrado por reformas eternas. Vallas provisionales, iluminación irregular, accesos múltiples. Vigilancia en solitario. Sin apoyo. Sin llamadas.

Esperó.

A las 20:41 apareció una mujer. Caminaba rápido, mochila pequeña, auriculares puestos. No era objetivo. A las 20:56, un hombre cruzó el descampado desde el lateral menos iluminado. Paso contenido. Mirada periférica activa.

Sanz ajustó la respiración. El cuerpo respondió bien, pese al alcohol de la mañana. Funcional. Precario. Suficiente.

El hombre se detuvo junto a la valla. Miró el móvil. Guardó algo en el bolsillo. Sanz avanzó dos metros, aprovechando el ruido de un

tren cercano. Vio el gesto: la mano derecha comprobando un filo inexistente. Confirmación.

—No sigas —dijo él, sin volverse.

—No corro —respondió ella—. Camino.

Se giró despacio. La vio. Sonrió sin alegría.

—Te han dejado sola —dijo—. Eso es nuevo.

—No —corrigió Sanz—. Es recurrente.

Dieron dos pasos cada uno, cerrando distancia. Demasiado cerca para disparar con margen limpio. Demasiado lejos para reducir sin exponerse.

Una pareja apareció al fondo del descampado, discutiendo en voz alta. Ruido. Interferencia.

El asesino miró de reojo. Calculó antes que ella.

—Hoy no —dijo—. No con testigos que quieren serlo.

—Te equivocas —respondió Sanz—. Hoy sí.

Avanzó. Él retrocedió hacia la zona de obras. Una tabla suelta crujió. Sanz pisó grava. El sonido multiplicó la escena.

Decisión realista.

No sacó el arma. Corrió.

El hombre se coló por un hueco en la valla que Sanz no había visto. Cayó mal. Se levantó rápido. Desapareció entre contenedores de obra y sombras mal iluminadas. Sanz llegó al hueco y se detuvo. No lo siguió a ciegas. Sabía cómo terminaban esas historias cuando no hay respaldo.

Se apoyó un segundo en la valla. El pulso alto. La boca seca.

El móvil vibró.

Mensaje sin número.

Has aprendido a esperar. Te falta aprender a soltar.

Sanz apagó el móvil y se quedó mirando el descampado vacío. Sabía que aquello no había sido una huida improvisada. Había sido una prueba. Y ella había pasado la parte que importaba, aunque nadie fuera a certificarlo.

Cuando llegó a casa, encontró la botella vacía. No recordaba haberla terminado.

---

# CAPÍTULO 34

Escala mayor

El cadáver apareció al amanecer, cuando la ciudad aún fingía orden.

Fue en un intercambiador de autobuses, zona de paso constante y atención dispersa. Hombre. Seguridad privada. El corte exacto, pero con una variación mínima: la orientación. Un giro de noventa grados respecto al patrón previo. Firma adaptativa.

Sanz lo vio desde fuera del cordón. Nadie la había invitado. Nadie se atrevió a echarla. Ana estaba dentro, rígida. Luis hablaba con alguien de paisano que no llevaba identificación visible. Samaranch observaba desde lejos, satisfecho con su propia narrativa.

David se acercó sin mirarla.

—Esto ya no es escalada —dijo—. Es demostración.

—No —respondió Sanz—. Es distracción.

David giró la cabeza, sorprendido.

—¿De qué?

—De otra cosa —dijo ella—. Está forzando foco aquí porque va a mover pieza en otro sitio.

Samaranch se acercó, con voz medida para que la oyeran.

—No deberías estar aquí —dijo—. Cada minuto que pasas cerca de un cadáver es un regalo para los que quieren cerrarte.

—Entonces abre los ojos —respondió Sanz—. Porque te está usando a ti para ganar tiempo.

Samaranch sonrió sin calor.

—Siempre tan dramática.

Sanz se apartó antes de decir algo irreversible. Caminó dos calles, respiró, y llamó a Ana desde un número que no era el suyo.

—Va a repetir vertical —dijo—. Hoy. En un bloque con obra pendiente o inspección suspendida.

Ana no preguntó cómo lo sabía.

—Si te pillan —dijo—, no podré ayudarte.

—Nunca has podido —respondió Sanz—. Pero lo intentas.

Colgó.

La vigilancia final del día fue en una finca antigua, ascensor fuera de servicio, escaleras estrechas. Sanz subió hasta la azotea y esperó. El viento cortaba. La ciudad parecía lejos. A las 22:03, una luz se encendió en el tercer piso. A las 22:07, se apagó.

Sanz bajó en silencio. Tercer piso. Puerta entreabierta. El olor la confirmó antes que la vista. Mujer mayor. Vecina. El corte preciso. El cuerpo colocado con cuidado casi respetuoso.

—Ya está —susurró Sanz—. Ya te vi.

Un ruido atrás. El asesino en el rellano, a contraluz.

—No puedes salvar el balance —dijo—. Siempre hay déficit.

Sanz apuntó. El pulso aguantó. Por primera vez en días, el alcohol no interfería. La escena, sí: pasos en la escalera. Un vecino. Un móvil encendido grabando.

Decisión realista.

Bajó el arma un centímetro. El asesino aprovechó. Empujó una puerta cortafuegos, bajó dos tramos de escalera y desapareció en un laberinto de rellanos idénticos.

Cuando llegaron las patrullas, Sanz ya estaba fuera. David la encontró apoyada en una farola.

—Te va a costar todo —dijo él.

—Ya lo está haciendo —respondió ella.

Se miraron. No hubo reproches. Solo la constatación de que el margen era mínimo y el precio, máximo.

Otro cadáver.
Más presión.
Más ruido.

Y una certeza incómoda:
el asesino ya no huía para sobrevivir,
huía para elegir el siguiente lugar donde repetir el gesto.

El final seguía lejos.
Pero la ciudad empezaba a quedarse sin esquinas donde esconderlo.

# CAPÍTULO 35

Umbral

La mañana empezó con una citación que no llevaba membrete y un aviso que no sonaba a aviso.

Sanz lo supo antes de abrir el sobre. El peso del papel era distinto, más grueso, como si la gravedad también firmara los documentos. Lo dejó en la mesa junto a la taza sin café. No bebía a esas horas. No todavía. Había aprendido a reservar el margen.

Comparecencia informativa. Dos palabras que no informaban de nada y amenazaban con todo.

No fue.

En lugar de eso, caminó Villaverde de punta a punta, cruzando líneas invisibles que Samaranch creía tener controladas. Sabía dónde estaban las cámaras nuevas. Sabía cuáles no funcionaban desde hacía meses. El asesino también. Ese conocimiento compartido era lo que más la inquietaba.

Entró en un bar de persiana a medio bajar, pidió un corto y lo dejó intacto. El camarero no preguntó. Nadie preguntaba ya. Afuera, dos coches sin distintivo pasaron demasiado despacio. Fiscalía o Asuntos Internos. O ambos. Repetición institucional: cuando el caso no se cierra, se estrecha el foco sobre quien insiste.

El mensaje llegó a las 11:26.

Centro de día. Taller de carpintería. Hoy no habrá clase.

Sanz pagó el corto sin tocarlo y salió.

El centro de día estaba en una nave rehabilitada, con madera vista y olor a barniz reciente. Demasiado limpio para lo que albergaba. Entró por el lateral, aprovechando la pausa del personal. Vigilancia en solitario. Otra vez.

Desde una oficina acristalada vio el movimiento. Cuatro usuarios. Dos monitores. Uno nuevo. Demasiado atento. Demasiado quieto.

Sanz se colocó detrás de una pila de tableros. Respiración baja. Pulso correcto. El cuerpo respondía. El duelo se mantenía al fondo, como un ruido blanco que ya no se iba nunca.

El monitor nuevo se separó del grupo. Cogió una herramienta. No la correcta para el gesto que vendría después. Confirmación.

Sanz avanzó.

—Deja eso —dijo, sin elevar la voz.

El hombre se giró. La vio. No se sorprendió.

—Has tardado —dijo.

—No —respondió ella—. He llegado justo.

Un usuario apareció por la puerta, empujando un carro. Ruido. Interferencia humana.

El hombre sonrió.

—Siempre hay alguien —dijo—. Eso es lo que te frena.

—Eso es lo que me sostiene —respondió Sanz.

El hombre retrocedió hacia una salida de emergencia. Sanz dio dos pasos. Calculó. Demasiadas personas alrededor. Demasiado margen para el desastre.

Decisión realista.

No sacó el arma. No gritó.

El hombre abrió la puerta y desapareció por un pasillo que llevaba a un patio trasero lleno de materiales. Sanz lo siguió hasta el umbral. Se detuvo. No cruzó. Sabía que allí perdía toda cobertura, incluso la imaginaria.

Cuando llegaron las primeras sirenas, ya había un cuerpo.

No el que ella esperaba.

Uno de los usuarios, desplomado. Ataque al corazón, dirían después. Pero el corte estaba ahí. Pequeño. Preciso. Suficiente.

El asesino había cambiado el gesto. Mínimo. Letal.

David apareció entre la gente. No se acercó. Se limitó a asentir una vez. Ana llegó después, con la cara cerrada. Samaranch no apareció. Mandó a otros.

Sanz salió por una puerta lateral. No bebió. Aún no.

Había cruzado otro umbral. Y el asesino lo sabía.

---

# CAPÍTULO 36

Ruido de fondo

La ciudad empezó a devolverle la mirada.

Vecinos que grababan. Titulares sin nombre propio pero con insinuaciones claras. Filtraciones medidas. Samaranch ya no necesitaba órdenes: la inercia hacía el trabajo. Sanz era el ruido de fondo de un caso que nadie quería escuchar entero.

Esa noche bebió. Lo justo para silenciar la cabeza sin apagar el cuerpo. Alcoholismo funcional, otra vez. El equilibrio era frágil, pero aún suyo.

Salió cuando el barrio se vaciaba. Subió a una azotea que conocía bien. Desde allí se veían tres bloques con historias parecidas: ascensores rotos, obras eternas, escaleras donde el tiempo se quedaba atascado. Repetición clara. Demasiado clara.

Vigilancia en solitario. Sin llamadas. Sin mensajes.

A las 22:31, una luz intermitente en el bloque central. A las 22:35, sombra en la escalera. A las 22:38, silencio absoluto.

Sanz bajó.

Cuarto piso. Puerta cerrada. Forzada. Entró. El olor era reciente. Demasiado.

El cuerpo estaba en el salón. Hombre. Portero de un colegio cercano. El corte exacto. La colocación cuidadosa. Junto al cuerpo, un objeto nuevo: una pulsera de identificación hospitalaria. Nombre ilegible. Fecha antigua.

—Sigues escalando —murmuró Sanz.

Un ruido en la cocina. Se giró.

El asesino estaba allí, apoyado en la encimera, como si esperara.

—No puedes cerrar todos los círculos —dijo—. Siempre queda uno abierto.

—Ese eres tú —respondió ella.

—No —corrigió—. Ese eres tú fuera del sistema.

Sanz levantó el arma. El pulso aguantó. El alcohol no interfería. La escena, sí: un vecino en el rellano, hablando por el móvil. Otro móvil grabando desde la ventana de enfrente. Demasiadas miradas. Demasiadas consecuencias.

—Si disparas —dijo él—, no sales de aquí sin esposas. Si no lo haces, sigo.

—No siempre se elige bien —dijo Sanz—. A veces solo se elige menos mal.

Bajó el arma un centímetro. El asesino se movió rápido, empujó una mesa, rompió una ventana lateral y salió al patio interior. Sanz llegó al marco roto y se detuvo. Abajo, oscuridad, cables, trastos. Un laberinto sin respaldo.

Decisión realista.

No saltó.

Las sirenas llegaron tarde, como siempre. Ana la encontró en la escalera.

—Te están cerrando —dijo—. De verdad.

—Ya lo han hecho —respondió Sanz—. Solo que aún no lo saben ellos.

David apareció al final. Se miraron. Nada que resolver ahí.

Otro cadáver.
Más ruido.
Menos margen.

Sanz bajó a la calle. La ciudad seguía. Indiferente. Repetitiva. Perfecta para esconder a alguien que entendía sus ritmos.

El asesino seguía libre.
La institución, a la defensiva.
Y Sanz, fuera de marco,
seguía siendo el único elemento constante en una ecuación que no dejaba de sumar muertos.

El final no se veía.
Pero el ruido de fondo ya era tan alto
que nadie podría fingir no oírlo mucho más tiempo.

# CAPÍTULO 37

Restos útiles

No todas las pistas llegan limpias. Algunas llegan tarde, mal embaladas y con la etiqueta equivocada.

Sanz lo sabía cuando Ana llamó a las 07:42 desde un número interno que ya no debía usar.

—He encontrado algo —dijo—. No es nuevo. Es lo que nadie quiso mirar bien.

Sanz no preguntó dónde. Se vistió despacio, como si el cuerpo necesitara entender que esta vez no iba a correr a ciegas. No bebió. El alcohol esperaba su turno, como siempre.

Quedaron en un almacén de efectos intervenidos, uno de esos lugares donde los casos mal cerrados se amontonan sin orden moral: cajas de cartón, bolsas numeradas, sobres amarillentos. El pasado en bruto.

Ana la esperaba con una carpeta abierta y una expresión tensa, no de miedo, sino de algo más incómodo: certeza.

—Las pulseras —dijo—. La del último cadáver y otras dos anteriores. No son aleatorias.

Sanz se inclinó sobre la mesa.

—Hospital público —dijo—. Área sur.

—Y no de ingreso —añadió Ana—. De urgencias psiquiátricas. Alta voluntaria en todos los casos.

Sanz cerró los ojos un segundo. No era alivio. Era encaje.

—Fechas —pidió.

Ana deslizó una hoja.

—Separadas por meses. Pero hay una constante: el mismo turno de madrugada. El mismo circuito de derivación. Y una trabajadora social que firma siempre como "apoyo puntual".

—Nombre —dijo Sanz.

—El nombre no aparece —respondió Ana—. Solo el código interno. Pero hay algo más.

Sacó otra bolsa de pruebas. Dentro, una colilla aplastada, vieja, recuperada del vivero.

—ADN parcial —dijo—. No suficiente para identificar. Pero coincide con restos encontrados en dos escenarios distintos. Y con algo más.

Ana dudó un instante antes de continuar.

—Con una escena antigua. Tuya.

El aire se tensó.

—Caso cerrado por "falta de indicios concluyentes" —continuó—. Suicidio dudoso en un piso tutelado. Tú no estuviste de acuerdo.

Sanz recordó el olor antes que los hechos. El silencio raro. La sensación de repetición antes de saber qué significaba esa palabra.

—Lo archivaron —dijo—. Porque era más cómodo.

—Y porque nadie quería mirar dentro del sistema —añadió Ana—. Ni entonces ni ahora.

Sanz apoyó las manos en la mesa. Por primera vez en días, no sentía que corriera detrás de algo. Sentía que estaba encima.

—No mata al azar —dijo—. Selecciona a quienes pasaron por un punto de fricción institucional. Personas que no encajaron. A las que alguien empujó fuera sin cerrar nada.

—Y repite los escenarios porque son accesibles —dijo Ana—. Centros, bloques, espacios donde la responsabilidad se diluye.

—Pero hay algo más —añadió Sanz—. Algo personal.

Ana la miró.

—¿Qué?

Sanz señaló las fechas.

—Siempre deja tiempo entre una víctima y otra cuando el ruido institucional sube. No acelera por impulso. Acelera por respuesta.

—Te está leyendo —dijo Ana.

—Nos está leyendo —corrigió Sanz—. Pero me habla a mí porque sabe que yo sí escucho.

En ese momento entró David. No debería haber estado allí. Lo sabía. Pero también sabía cuándo una frontera ya no tenía sentido.

—Fiscalía ha pedido reabrir el caso antiguo —dijo—. El del piso tutelado. Oficialmente, por "nuevos indicios".

Sanz alzó la vista.

—No es por justicia —dijo—. Es por control.

—Sí —admitió David—. Pero nos da margen. Poco. Muy poco.

Sanz recogió las hojas, las fotos, las fechas. Todo encajaba sin necesidad de grandes revelaciones. No había genio. No había monstruo. Había una cadena de decisiones pequeñas, mal tomadas, repetidas durante años.

—Ya no corre solo —dijo—. Ahora defiende algo.

—¿Qué? —preguntó David.

Sanz tardó un segundo en responder.

—La idea de que nadie es inocente dentro del sistema —dijo—. Ni siquiera quienes creen que ayudan.

Se levantó. El cuerpo estaba cansado, pero la cabeza clara. Demasiado clara.

—Va a volver a un origen —añadió—. No físico. Administrativo.

Ana frunció el ceño.

—¿Dónde?

—Donde empezó a aprender que nadie cerraba nada del todo —respondió Sanz—. Donde el error se convierte en norma.

David la miró con una mezcla de respeto y temor.

—Esto ya no es solo un caso —dijo.

—Nunca lo fue —respondió ella—. Pero ahora tenemos algo que no teníamos antes.

—¿Qué? —preguntó Ana.

Sanz guardó las pruebas en la carpeta y se dirigió a la puerta.

—Dirección —dijo—. Y tiempo. Poco, pero suficiente para que él cometa el error que lleva evitando desde el principio.

Salió sin mirar atrás.

Por primera vez en semanas, el patrón no solo se repetía.
Se estrechaba.

Y eso significaba que el siguiente movimiento,
fuera de quien fuera,
ya no sería reversible.
Perfecto. A partir de aquí cada muerte dejará rastro, y cada capítulo incorporará pistas nuevas, más claras y más personales, como si el asesino estuviera empujando activamente a Sanz hacia él, acortando la distancia y acelerando el cierre. No habrá revelaciones limpias ni confesiones: habrá exceso de sentido, pistas que pesan, que comprometen, que obligan a decidir.

Empiezo ya con el siguiente capítulo, aplicando ese giro.

# CAPÍTULO 38

Exposición

El cadáver apareció donde ya no se esperaba discreción.

Fue en un centro de atención social de Villaverde Alto, uno de esos edificios híbridos donde conviven servicios municipales, asociaciones subvencionadas y expedientes que nadie quiere revisar dos veces. El aviso llegó temprano. Demasiado temprano para que fuera casualidad.

Sanz lo supo antes de verlo: aquel no era un mensaje al sistema. Era una invitación directa.

El cuerpo estaba en una sala de reuniones pequeña, sin ventanas, con una mesa ovalada y doce sillas idénticas. Hombre. Cincuenta y pocos. Técnico de inserción laboral. El corte era el mismo de siempre, pero la colocación había cambiado: sentado en la cabecera, manos apoyadas en la mesa, como si presidiera una reunión que nunca iba a empezar.

—Está teatralizando —dijo Ana, en voz baja.

—No —respondió Sanz—. Está simplificando.

Sobre la mesa había tres objetos, alineados con una precisión casi administrativa:

1. Una carpeta azul, con el logo de la Comunidad de Madrid.

2. Una tarjeta de identificación antigua, desmagnetizada.
3. Una hoja impresa, sin membrete, con una sola frase subrayada.

Sanz leyó primero la frase.

"Alta voluntaria con seguimiento recomendado."

No hacía falta más.

—Esto ya no es un rastro —dijo David—. Es una exposición.

Sanz abrió la carpeta. Dentro había copias de expedientes que conocía demasiado bien: nombres tachados, diagnósticos vagos, derivaciones cruzadas, responsabilidades diluidas entre departamentos. Todos tenían algo en común: habían pasado por el mismo circuito. El mismo que Ana había señalado. El mismo que Sanz había intentado cuestionar años atrás.

—Nos está entregando el mapa —dijo Ana—. Con sus propias manos.

—Y nos está obligando a mirarlo —añadió Sanz—. Porque ahora no podemos decir que no lo vimos.

Luis apareció tarde, serio.

—Fiscalía ya lo sabe —dijo—. Y están nerviosos. Esto ya no se puede tapar con un detenido cualquiera.

Sanz se acercó al cuerpo. En el interior de la chaqueta había algo más. Un bolígrafo barato, de publicidad institucional. En el cuerpo del bolígrafo, grabadas con una punta fina, cuatro iniciales.

Las reconoció al instante.

—Son de un comité —dijo—. Uno que cerró varios expedientes conflictivos en bloque.

David la miró con incredulidad.

—¿Cómo las sabes?

—Porque me senté frente a ellos —respondió Sanz—. Y perdí.

El silencio fue pesado.

El asesino no estaba huyendo.
Estaba organizando la verdad como si fuera un archivo.
Y cada muerto añadía una pestaña más.

Cuando llegó Samaranch, no gritó. Eso ya era significativo.

—Esto es inaceptable —dijo—. Estáis permitiendo que un asesino construya un relato.

Sanz lo miró con cansancio lúcido.

—No lo está construyendo —dijo—. Lo está desenterrando.

Samaranch apretó la mandíbula.

—¿Te das cuenta de que esto nos implica a todos?

—Sí —respondió ella—. Por eso ahora deja pistas. Porque sabe que ya no podéis mirar hacia otro lado sin mancharos.

Esa noche, Sanz no bebió. No por fuerza de voluntad. Porque no lo necesitaba.

Tenía algo mejor: dirección.

Sabía que el siguiente cadáver no iba a ser aleatorio.
Iba a ser irreversible.
Y que la siguiente pista no iba a señalar solo al asesino,
sino a quién había permitido que aprendiera a matar así.

El asesino quería ser descubierto.
Pero no para que lo detuvieran.

Quería que, al hacerlo,
algo más grande se rompiera con él.

Y Sanz, por primera vez,
no estaba segura de querer evitarlo.

# CAPÍTULO 38

Exposición

El cadáver apareció donde ya no se esperaba discreción.

Fue en un centro de atención social de Villaverde Alto, uno de esos edificios híbridos donde conviven servicios municipales, asociaciones subvencionadas y expedientes que nadie quiere revisar dos veces. El aviso llegó temprano. Demasiado temprano para que fuera casualidad.

Sanz lo supo antes de verlo: aquel no era un mensaje al sistema. Era una invitación directa.

El cuerpo estaba en una sala de reuniones pequeña, sin ventanas, con una mesa ovalada y doce sillas idénticas. Hombre. Cincuenta y pocos. Técnico de inserción laboral. El corte era el mismo de siempre, pero la colocación había cambiado: sentado en la cabecera, manos apoyadas en la mesa, como si presidiera una reunión que nunca iba a empezar.

—Está teatralizando —dijo Ana, en voz baja.

—No —respondió Sanz—. Está simplificando.

Sobre la mesa había tres objetos, alineados con una precisión casi administrativa:

1. Una carpeta azul, con el logo de la Comunidad de Madrid.

2. Una tarjeta de identificación antigua, desmagnetizada.
3. Una hoja impresa, sin membrete, con una sola frase subrayada.

Sanz leyó primero la frase.

"Alta voluntaria con seguimiento recomendado."

No hacía falta más.

—Esto ya no es un rastro —dijo David—. Es una exposición.

Sanz abrió la carpeta. Dentro había copias de expedientes que conocía demasiado bien: nombres tachados, diagnósticos vagos, derivaciones cruzadas, responsabilidades diluidas entre departamentos. Todos tenían algo en común: habían pasado por el mismo circuito. El mismo que Ana había señalado. El mismo que Sanz había intentado cuestionar años atrás.

—Nos está entregando el mapa —dijo Ana—. Con sus propias manos.

—Y nos está obligando a mirarlo —añadió Sanz—. Porque ahora no podemos decir que no lo vimos.

Luis apareció tarde, serio.

—Fiscalía ya lo sabe —dijo—. Y están nerviosos. Esto ya no se puede tapar con un detenido cualquiera.

Sanz se acercó al cuerpo. En el interior de la chaqueta había algo más. Un bolígrafo barato, de publicidad institucional. En el cuerpo del bolígrafo, grabadas con una punta fina, cuatro iniciales.

Las reconoció al instante.

—Son de un comité —dijo—. Uno que cerró varios expedientes conflictivos en bloque.

David la miró con incredulidad.

—¿Cómo las sabes?

—Porque me senté frente a ellos —respondió Sanz—. Y perdí.

El silencio fue pesado.

El asesino no estaba huyendo.
Estaba organizando la verdad como si fuera un archivo.
Y cada muerto añadía una pestaña más.

Cuando llegó Samaranch, no gritó. Eso ya era significativo.

—Esto es inaceptable —dijo—. Estáis permitiendo que un asesino construya un relato.

Sanz lo miró con cansancio lúcido.

—No lo está construyendo —dijo—. Lo está desenterrando.

Samaranch apretó la mandíbula.

—¿Te das cuenta de que esto nos implica a todos?

—Sí —respondió ella—. Por eso ahora deja pistas. Porque sabe que ya no podéis mirar hacia otro lado sin mancharos.

Esa noche, Sanz no bebió. No por fuerza de voluntad. Porque no lo necesitaba.

Tenía algo mejor: dirección.

Sabía que el siguiente cadáver no iba a ser aleatorio.
Iba a ser irreversible.
Y que la siguiente pista no iba a señalar solo al asesino,
sino a quién había permitido que aprendiera a matar así.

El asesino quería ser descubierto.
Pero no para que lo detuvieran.

Quería que, al hacerlo,
algo más grande se rompiera con él.

Y Sanz, por primera vez,
no estaba segura de querer evitarlo.

# CAPÍTULO 39

Persistencia del error

La primera llamada no entró por homicidios.

Entró por protocolo.

Un correo interno, marcado como urgente operativo, sin remitente visible, reenviado en cadena desde la Consejería a Jefatura, de Jefatura a Distrito, de Distrito a una bandeja que Sanz tenía configurada para no mirar antes de las diez. Lo vio porque llevaba despierta desde las cinco.

No había bebido. Eso la inquietaba más que la resaca.

El asunto era escueto: Revisión inmediata de actuaciones en curso relacionadas con servicios sociales y salud mental. Debajo, un adjunto en PDF con sellos, firmas electrónicas y un lenguaje que no pedía nada: ordenaba.

Sanz cerró el archivo sin leerlo entero. No hacía falta. Cuando el sistema se protege, no lo hace con amenazas, sino con papel.

En la comisaría el ambiente estaba cargado, como si alguien hubiera bajado el techo durante la noche. Ana hablaba en voz baja con Luis junto a la máquina de café. David estaba en su despacho, la puerta entornada, con dos llamadas perdidas en el móvil y la mandíbula rígida.

—Van a crear un grupo paralelo —dijo Ana cuando Sanz se acercó—. No lo dicen así, pero es eso. Supervisión técnica externa.

—¿Externa de quién? —preguntó Sanz.

—De nosotros —respondió Luis—. Y de ti, sobre todo.

Sanz dejó la chaqueta en la silla sin sentarse.

—¿Qué quieren revisar?

Luis soltó una risa breve, sin humor.

—Todo lo que huela a patrón. Todo lo que conecte muertes con decisiones administrativas. Todo lo que no puedan controlar si sigue avanzando.

David apareció en la puerta.

—Fiscalía quiere un informe diario —dijo—. No semanal. Diario. Y me han pedido que te sugiera… moderación.

Sanz lo miró.

—¿Eso es una palabra jurídica ahora?

—Es una advertencia —respondió él—. Y no viene solo de arriba.

No hizo falta decir de dónde venía. Samaranch no llamaba cuando podía dejar que otros ensuciaran el mensaje.

Sanz asintió despacio.

—Entonces vamos bien —dijo—. Si empiezan a vigilar el discurso, es que el cuerpo ya no les pertenece.

Ana frunció el ceño.

—Eso no nos protege en la calle.

—Nunca lo ha hecho.

El nuevo dato no vino por cauces oficiales. Vino por repetición.

Dos de los códigos internos que aparecían en los expedientes de la carpeta azul habían vuelto a activarse la semana anterior. No para reabrir casos. Para moverlos. Cambios mínimos: reubicación de archivos, modificación de responsables, actualización de firmas.

Alguien estaba tocando el pasado con guantes.

Sanz lo vio claro cuando cruzó las fechas con los turnos nocturnos. El mismo patrón de siempre, pero desplazado. No eran víctimas nuevas todavía. Eran preparativos.

—Va a adelantar —dijo—. Porque le están cerrando puertas.

—¿O porque quiere que lo sigamos? —preguntó Ana.

—Porque quiere que yo lo siga —corrigió Sanz—. Y que vea quién se mueve cuando lo hace.

La dirección apareció al mediodía, disfrazada de irrelevancia: un antiguo centro de día reconvertido en archivo municipal auxiliar, en el límite entre Villaverde y Usera. Un edificio bajo, sin cámaras activas, sin personal nocturno fijo. Demasiado limpio en los registros. Demasiado invisible.

Sanz pidió la vigilancia.

—Equipo mínimo —dijo—. Y yo voy sola esta noche.

Ana negó con la cabeza.

—No.

—No es una discusión —respondió Sanz—. Si entra en el patrón, no va a hacerlo con ruido. Si me ve acompañada, no entra. Y si no entra, perdemos el siguiente movimiento.

David intervino.

—Al menos lleva respaldo encubierto.

—No —repitió Sanz—. No esta vez.

Hubo silencio. No era una orden brillante. Era una decisión peligrosa. Precisamente por eso funcionaba.

—Tres horas —cedió Ana—. Si no pasa nada, salimos.

—Si pasa algo —dijo Sanz—, no entréis hasta que yo lo diga.

No era heroísmo. Era cálculo. Y algo más oscuro que no quiso nombrar.

El edificio olía a polvo viejo y a fluorescente gastado. Sanz se sentó en el coche, con el asiento reclinado, la pistola accesible pero no en la mano. Observó las ventanas. Contó las sombras. Dejó que el tiempo hiciera su trabajo.

A las 02:17, una luz se encendió en la segunda planta.

No debería.

Sanz salió del coche despacio, sin cerrar la puerta. Entró por la lateral, donde la cerradura llevaba meses sin forzarse porque nadie la comprobaba. Subió las escaleras sin linterna.

El pasillo estaba lleno de archivadores metálicos. En uno de ellos, abierto, alguien había dejado una carpeta sobre el suelo. No al azar. Colocada.

Sanz se agachó. Dentro había un solo folio. Un listado de nombres. No víctimas. Técnicos. Trabajadores sociales. Médicos. Inspectores.

Y uno subrayado.

El mismo del cadáver del día anterior.

El ruido llegó detrás.

Un roce. Un paso contenido. Sanz se giró con el arma en alto.

Lo vio.

No entero. No claro. Una silueta que no huyó de inmediato. Que la miró el segundo suficiente para confirmar que había funcionado.

—No des un paso más —dijo Sanz.

La figura levantó las manos, despacio. No llevaba arma visible. Llevaba algo peor: calma.

—Sabes que no puedo quedarme —dijo una voz que no reconoció—. Y sabes por qué.

Sanz avanzó medio paso.

—Porque te estás quedando sin relato.

—No —respondió—. Porque el relato ya no es mío.

Retrocedió hacia la escalera de incendios. No corrió. Forzó a Sanz a elegir.

Disparar significaba matar a alguien desarmado en un edificio administrativo vacío, con cámaras apagadas pero rastros suficientes. No disparar significaba perderlo.

Sanz bajó el arma.

La figura desapareció.

Cuando Ana y Luis llegaron, encontraron a Sanz sentada en el suelo, la carpeta en la mano, los nudillos blancos.

—Lo tuve —dijo.

Ana no preguntó qué había pasado. Lo vio en su cara.

—Y lo dejé ir.

No sonaba a culpa. Sonaba a reconocimiento.

Porque el patrón seguía intacto.

Y ahora, además, sabía que ella estaba dispuesta a romperlo.

---

# CAPÍTULO 40

Daño colateral

El siguiente cadáver apareció antes de que amaneciera.

No hubo aviso previo. No hubo preparación visible. No hubo margen para el control narrativo.

Una mujer. Cuarenta y tres años. Administrativa interina en un centro de evaluación. Encontrada en su coche, en un aparcamiento subterráneo municipal, con el motor apagado y las luces encendidas.

El corte era el mismo.

Pero esta vez había algo nuevo.

Un sobre apoyado en el asiento del copiloto. Dentro, una copia exacta del correo institucional que había llegado la mañana anterior. Subrayado en rojo un párrafo concreto: "Se recomienda limitar la interpretación causal de los hechos para evitar alarmismo."

—Está respondiendo —dijo Ana—. En tiempo real.

Sanz no contestó. Miraba las manos de la víctima. Tenía restos de tinta azul en los dedos. Había estado firmando hasta el final.

—No era un objetivo principal —dijo Luis—. Era periférica.

—Por eso —respondió Sanz—. Para demostrar que puede ampliar el daño cuando intentan estrecharlo.

David llegó con el rostro desencajado.

—Esto ya no lo podemos sostener —dijo—. Samaranch quiere parar las actuaciones de campo. Dice que es demasiado riesgo.

—El riesgo es fingir que no pasa —respondió Sanz—. Y ahora lo sabe.

El sobre tenía algo más. Una nota manuscrita, breve, sin dramatismo.

"No es personal. Es estructural."

Sanz cerró los ojos un segundo. No por cansancio. Por rabia contenida.

—Está forzando un error nuestro —dijo Ana—. O una orden ilegal.

—O una decisión política —añadió Luis.

La presión cayó de golpe esa tarde. Suspensión temporal de Sanz como responsable operativa. Reasignación "por salud". Supervisión directa.

David se lo dijo sin rodeos.

—No puedo frenarlo —dijo—. Si peleo ahora, te hunden del todo.

Sanz lo miró largo rato.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Dónde quedas tú?

David bajó la voz.

—Intentando que no te quiten el arma.

Ella asintió.

Esa noche bebió. Poco. Lo justo para que el cuerpo recordara que seguía ahí. Luego salió.

No tenía placa. No tenía respaldo. Tenía memoria.

Volvió al edificio del archivo. Sabía que no volvería. Precisamente por eso fue.

En la pared del fondo, donde no había mirado antes, encontró una marca reciente. Una señal mínima. Un número.

No un código. Una fecha.

El día en que el caso del piso tutelado fue archivado definitivamente.

El origen.

Sanz sonrió sin humor.

No estaba huyendo.

Estaba cerrando el círculo.

Y ahora ya no se trataba de atraparlo.

Se trataba de decidir cuántos más iba a llevarse antes de que alguien aceptara que el error no era individual, ni accidental, ni corregible sin romper algo más grande.

Sanz salió a la noche de Villaverde sin saber si volvería con placa.

Pero sabiendo, por primera vez desde que empezó todo,
que el siguiente movimiento ya no dependía solo del asesino.

Dependía de quién estuviera dispuesto a asumir el daño colateral
de decir la verdad hasta el final.

# CAPÍTULO 41

Zona gris

La notificación oficial llegó cuando Sanz estaba cruzando la pasarela oxidada que separaba el barrio de San Cristóbal del polígono viejo. No la leyó. Sintió la vibración en el móvil y supo lo que era: confirmación escrita de algo que ya había pasado.

Suspensión cautelar de funciones operativas. Acceso restringido a bases de datos. Obligación de disponibilidad.

Disponibilidad era la palabra que usaban cuando querían a alguien quieto pero cerca, como un mueble incómodo que todavía no se habían atrevido a tirar.

Sanz apagó el móvil.

El polígono estaba medio abandonado desde hacía años. Naves reconvertidas en trasteros ilegales, talleres fantasmas, un par de gimnasios de lucha y una asociación "cultural" que cambiaba de nombre cada seis meses. Allí no había cámaras municipales activas. Tampoco patrullas. Era zona gris: ni segura ni peligrosa, solo olvidada.

Y el asesino trabajaba bien en los olvidos.

La pista nueva no era una dirección concreta, sino una anomalía: uno de los códigos internos que aparecían en los expedientes —el de

la trabajadora social sin nombre— había sido reasignado. No eliminado. Reasignado a un servicio temporal de evaluación externa.

Auditoría.

—Va a matar a alguien que evalúa —murmuró Sanz—. O a alguien evaluado.

Caminó despacio, observando puertas, grafitis, restos de carteles arrancados. El patrón no era la violencia directa, sino el contexto: lugares donde nadie se preguntaba qué hacía otra persona a esas horas.

En una de las naves vio luz. No blanca. Ámbar. Antiguo.

Se acercó sin prisa. No tenía placa visible, ni respaldo, ni permiso. Tenía intuición y memoria muscular. Entró por una puerta lateral entreabierta.

Dentro había mesas plegables, archivadores portátiles, una cafetera industrial apagada. Y personas.

Cinco, sentadas, con carpetas delante. Una reunión improvisada, fuera de agenda. No hablaban. Esperaban.

Sanz se detuvo en la sombra.

En la pared del fondo, proyectado con un proyector viejo, un listado de casos. Nombres tachados. Fechas. Decisiones. El mismo circuito de siempre.

El asesino no estaba allí como verdugo. Estaba como moderador.

—Esto no es una amenaza —dijo una voz masculina—. Es una revisión.

Sanz lo vio de perfil. Sin capucha. Sin dramatismo. Un hombre normal, cuarenta largos, ropa barata pero limpia. Podría haber sido cualquiera.

—Todos firmasteis —continuó—. No importa si fue por carga de trabajo, por miedo o por rutina. Importa que se repitió.

Una mujer levantó la mano, nerviosa.

—Esto es ilegal.

—No —respondió él—. Ilegal es matar. Y eso ya lo he hecho yo. Esto es solo incómodo.

Sanz sintió el impulso de intervenir. Lo contuvo. Necesitaba ver hasta dónde llegaba.

—Hoy no va a morir nadie aquí —dijo el hombre—. Pero alguien lo hará pronto. Y quiero que sepáis por qué.

Se giró hacia el proyector. Cambió la diapositiva.

Apareció un nombre nuevo. Vivo.

Sanz lo reconoció. Un psiquiatra que había firmado altas masivas en fines de semana saturados. Intocable durante años.

El asesino apagó el proyector.

—Tenéis veinticuatro horas —dijo—. Para hablar. Para dejar rastro. Para mover algo que nunca se movió.

Uno de los hombres se levantó.

—¿Y si no?

El asesino lo miró sin odio.

—Entonces seguiré solo.

Sanz dio un paso. El suelo crujió.

Todas las miradas se giraron. El asesino también.

Se miraron un segundo largo. Demasiado.

—Inspectora —dijo él—. Llegas tarde a propósito.

—O tú te quedas demasiado —respondió ella.

Nadie se movió. Era un equilibrio precario.

—No puedo detenerte aquí —dijo Sanz—. Pero no te vas a ir limpio.

—Nunca he querido eso.

Sonó una sirena lejana. Alguien había llamado. Quizá por miedo. Quizá por conciencia.

El asesino levantó las manos.

—Ya lo has oído —dijo—. Decisión realista.

Se acercó a una puerta trasera. Antes de salir, dejó algo sobre una mesa: un pendrive.

—Para cuando decidan quemarte —dijo—. O para cuando decidas quemarlos.

Desapareció.

Cuando la policía llegó, encontró una reunión ilegal, sin cadáver, con documentos sensibles y una inspectora suspendida en medio.

El escándalo estaba servido.

Y el reloj, otra vez, corriendo.

---

# CAPÍTULO 42

Interferencia

El pendrive no estaba cifrado. Eso era lo inquietante.

Sanz lo abrió en un portátil viejo, sin conexión, en el piso. Bebía despacio, lo justo para que las manos no temblasen. Dentro había audios, correos internos, actas nunca registradas. Pruebas de que el patrón no era una interpretación, sino una política tácita.

Y algo más.

Un archivo titulado interferencia.

Era un vídeo corto. Grabado desde lejos. Mala calidad. Un pasillo de hospital. Turno de madrugada. Se veía a una mujer discutiendo con un médico. La mujer lloraba. El médico miraba el reloj.

Sanz reconoció la escena. No por haberla vivido, sino por haberla visto repetirse mil veces.

El médico firmaba. La mujer salía.

La fecha coincidía con el primer caso del patrón.

El asesino había estado allí desde el principio. No como víctima. Como testigo.

David llamó cuando el sol empezaba a salir.

—Te están buscando —dijo—. Oficialmente, para protegerte.

—¿Y extraoficialmente?

—Para que no difundas nada —respondió—. Samaranch ha activado el protocolo de daño reputacional.

Sanz sonrió sin humor.

—Entonces ya ha leído el pendrive.

—O sabe que existe.

Hubo un silencio tenso.

—No puedo ayudarte más —dijo David—. Si cruzo una línea más, me sacan del caso.

—Ya estás fuera —respondió ella—. Solo que aún no te lo han dicho.

Colgó.

La siguiente muerte fue limpia. Demasiado.

El psiquiatra apareció en su despacho, sin signos de lucha. Mismo corte. Pero sin mensaje visible. Sin teatralidad.

Solo un detalle: en la papelera había un informe recién impreso. Firmado. Admitiendo errores. Pidiendo revisión de protocolos.

Nadie lo leería.

Ana la llamó desde el lugar.

—Esto se nos va —dijo—. O lo paramos ya o se convierte en otra cosa.

—Ya lo es —respondió Sanz—. Una interferencia.

Sanz sabía que el asesino no iba a parar por presión. Iba a parar cuando el sistema hiciera algo irreversible. Una imputación real. Un nombre grande cayendo.

O cuando ella tomara una decisión que no tenía vuelta atrás.

Miró el pendrive. Miró la botella. Eligió el pendrive.

Salió a la calle con la certeza de que el siguiente movimiento no sería de él.

Sería suyo.

Y que, pasara lo que pasara después,
ya no habría suspensión, ni protocolo, ni archivo
capaz de devolver nada a su sitio original.

# CAPÍTULO 43

Línea de fuego

Sanz entregó el pendrive sin ceremonia.

No fue a un periodista ni a un juez. Fue a una oficina gris en un edificio aún más gris, a medio camino entre Villaverde Bajo y Legazpi, donde la Inspección de Servicios se escondía detrás de siglas largas y puertas sin rótulo. Sabía que allí no se movería nada deprisa. Precisamente por eso.

—Esto no entra por registro —dijo el funcionario, un hombre con cara de haber aprendido a no sorprenderse—. Entra por responsabilidad.

—Entonces hágase cargo —respondió Sanz—. Yo ya no puedo.

Salió sin esperar respuesta. No necesitaba verla. El sistema tardaba, pero una vez tragaba, digería.

La reacción fue casi inmediata. No pública, no visible, pero real. Llamadas cruzadas. Reuniones cerradas. Cancelaciones de agenda. El ruido blanco del poder cuando intenta decidir si sacrifica una pieza o aguanta el envite.

A ella la citaron esa misma tarde.

Samaranch no estaba solo. Dos asesores jurídicos, un mando de Asuntos Internos y alguien de Presidencia que no se presentó. No hacía falta.

—Has cruzado una línea —dijo Samaranch—. Y lo sabes.

—He seguido el patrón —respondió Sanz—. Eso es lo que os molesta.

—Te estás convirtiendo en parte del problema —intervino uno de los asesores—. Estás validando la narrativa de un asesino.

Sanz apoyó las manos en la mesa.

—No —dijo—. La narrativa existía antes. Él solo la está señalando con sangre.

Hubo silencio. El de Presidencia habló por fin.

—Esto se va a cerrar —dijo—. Con imputaciones administrativas. Algún cese. Una auditoría externa.

—¿Y las muertes? —preguntó Sanz.

—No todo daño es reparable —respondió—. Pero sí gestionable.

Sanz se levantó.

—Entonces ya no tengo nada que hacer aquí.

—Sigues suspendida —recordó Samaranch—. Y vigilada.

—Siempre lo he estado.

Esa noche, el asesino volvió a moverse.

No hubo cadáver inmediato. Hubo aviso.

Un correo enviado desde una cuenta inexistente a varias direcciones internas, incluida la de Sanz, que seguía activa por error o por miedo a tocarla.

"Habéis elegido el perímetro. Yo voy a cruzarlo."

Adjunta, una localización.

Un centro privado concertado. Nuevo. Moderno. El tipo de sitio que aparecía en las memorias de gestión como ejemplo de eficiencia.

Sanz no avisó a nadie. Error operativo, lo sabía. Pero el margen era mínimo y el tiempo peor.

Llegó antes de que cerraran.

Se mezcló con el personal, con padres recogiendo a hijos, con auxiliares agotados. Subió a la planta de administración. El despacho del director estaba abierto.

Dentro, el hombre hablaba por teléfono. Sonreía.

—No, no pasa nada —decía—. Esto está controlado.

Sanz entró sin mostrar placa.

—No lo está —dijo.

El hombre se giró, pálido.

—¿Quién es usted?

No respondió. Miraba el escritorio. Un expediente abierto. Un nombre subrayado. El siguiente.

—Tiene que evacuar —dijo Sanz—. Ahora.

—Esto es un centro sanitario —protestó—. No puede…

El ruido seco cortó la frase.

Un golpe. Un cuerpo cayendo en el despacho contiguo.

Sanz corrió.

Lo vio salir por la escalera de incendios. No corría. Nunca corría. Le obligaba a decidir.

—¡Policía! —gritó, aunque ya no lo era del todo.

Él se detuvo un segundo. Lo justo.

—Aún no —dijo—. Todavía están decidiendo.

Desapareció.

El cuerpo era el de una supervisora clínica. No estaba en la lista pública. Sí en la real.

La presión estalló al amanecer.

Filtraciones. Rumores. Un nombre grande empezó a circular, aún sin publicarse. El perímetro se agrietaba.

Y Sanz entendió que la siguiente fase ya no era cazar.

Era resistir.

---

# CAPÍTULO 44

Umbral

La ciudad amaneció tensa, como si alguien hubiera tocado un cable que no debía.

Sanz vio su nombre en un digital a media mañana. No como heroína. Como problema. "Inspectora suspendida, vinculada a filtraciones". Era el lenguaje habitual: neutralizar sin mentir del todo.

Ana la llamó desde un número desconocido.

—Están preparando una detención —dijo—. No del asesino.

—Mía.

—O de alguien cercano. David está en el punto de mira.

Sanz cerró los ojos un instante.

—Dile que se cuide —dijo—. Y que no me busque.

Colgó antes de que Ana pudiera responder.

La nueva pista llegó por repetición, no por novedad. Uno de los códigos iniciales había dejado de moverse. Congelado. Eso solo pasaba cuando alguien muy arriba intervenía directamente.

—Han puesto un tapón —murmuró Sanz—. Y eso significa miedo.

Siguió el rastro hasta un despacho ministerial. No entró. No podía. Pero vio quién entraba y salía. Uno de los nombres del pendrive. Vivo. Aún.

El asesino no apareció ese día. Ni al siguiente.

La ausencia era el mensaje.

Cuando volvió a escribir, lo hizo con una sola frase:

"Cruzaré el umbral cuando tú lo hagas."

Sanz entendió.

El umbral no era un lugar. Era una decisión.

Podía entregar el resto del material a quien correspondía y esperar a que el sistema hiciera lo mínimo necesario. O podía forzar algo irreversible. Una detención pública. Un nombre en portada. Una caída que no se pudiera maquillar.

Eso implicaba quemarse.

Implicaba aceptar que no habría vuelta, ni placa, ni relato limpio.

Esa noche bebió de verdad. No para olvidar. Para despedirse.

Luego llamó a David.

—Van a por ti —dijo—. Y por mí.

—Lo sé —respondió él—. ¿Qué hacemos?

Sanz miró la ciudad desde la ventana. Villaverde al fondo, con sus luces irregulares, sus huecos.

—Cruzamos —dijo—. O todo esto no habrá servido para nada.

Colgó.

En algún lugar, el asesino esperaba. No como depredador. Como consecuencia.

Y por primera vez desde el principio,
Sanz no supo quién iba a llegar antes al final
ni cuántos más quedarían atrapados
en el espacio estrecho y peligroso
que se abre justo después del umbral.

# CAPÍTULO 45

La decisión incorrecta

La orden llegó redactada con educación.

No llevaba membrete de urgencia ni amenazas explícitas. Era una recomendación firmada por una subdirección que no existía en los organigramas públicos, instando a "evitar actuaciones unilaterales que puedan comprometer la coherencia institucional". A Sanz se la hicieron llegar por tres vías distintas en menos de una hora, como si temieran que no la entendiera a la primera.

La entendió perfectamente.

Significaba que cualquier movimiento suyo sería interpretado como insubordinación. Y que, si aun así se producía otro cadáver, el relato oficial ya estaba preparado: descontrol individual, exceso de celo, error humano.

El patrón se defendía a sí mismo.

Sanz estaba en su piso cuando lo leyó. Había dormido poco, mal. El alcohol seguía ahí, presente como una herramienta, no como refugio. Bebía con método: lo suficiente para amortiguar, no para perder precisión. Sabía que estaba cruzando una línea invisible, pero también sabía que hacía tiempo que nadie medía ya esas líneas con honestidad.

David llamó dos veces. No contestó.

La nueva pista no llegó por mensaje, ni por correo, ni por filtración. Llegó por repetición estadística.

Uno de los centros concertados que aparecían de forma lateral en los expedientes había modificado de nuevo su estructura interna. No un cambio grande: una baja médica prolongada en el turno de noche, cubierta por una suplencia exprés. Nombre distinto. Mismo perfil que los anteriores. Mismo tipo de firma.

El asesino no elegía a ciegas. Elegía a quienes podían volver a hacerlo.

Sanz imprimió los datos. Los extendió sobre la mesa como si fueran cartas marcadas. El centro estaba en Villaverde Alto, cerca de las vías, en una zona donde los edificios se apelotonaban sin lógica y la iluminación municipal era más una sugerencia que un servicio.

Decidió ir sola.

No por orgullo. Por necesidad operativa. Cualquier dispositivo oficial levantaría ruido. Cualquier petición formal activaría alarmas que no estaban pensadas para proteger a las víctimas.

Llegó antes de medianoche. Aparcó lejos, caminó despacio, observando entradas y salidas. El edificio tenía tres accesos. Solo uno con cámara activa. Las otras dos, muertas desde hacía meses.

Se colocó en un portal abandonado frente a la puerta trasera. Esperó.

Esperar era algo que se le daba bien. Había pasado media vida profesional esperando: a que alguien hablara, a que alguien cometiera un error, a que un sistema se delatara a sí mismo.

A las 01:42, alguien salió.

No era él.

Una auxiliar fumando, mirando el móvil, cansada. Volvió a entrar.

A las 02:11, una sombra cruzó el patio interior. Sin prisa. Sin miedo. La misma forma de moverse que ya conocía.

Sanz salió del portal.

Entró detrás, sin encender linterna, sin arma en la mano. El edificio estaba en silencio, salvo por el zumbido constante de una máquina de ventilación. Subió las escaleras despacio. Sabía adónde iba. Siempre iba al mismo tipo de lugar: despachos secundarios, archivos, zonas donde nadie debería estar a esas horas.

Lo vio al final del pasillo.

Estaba de espaldas, revisando un archivador móvil. No llevaba guantes. Nunca los llevaba cuando no hacía falta.

Sanz levantó el arma.

—Ahora sí —dijo—. Esta vez no.

Él no se giró de inmediato. Cerró el archivador con cuidado, como si terminara una tarea doméstica.

—Si disparas —dijo—, no cambia nada.

—Si no lo hago —respondió Sanz—, tampoco.

Se giró despacio. La miró sin desafío, sin miedo. Solo con algo que se parecía demasiado al cansancio.

—No puedo quedarme —dijo—. Y tú no puedes detenerme aquí sin convertirte en lo que están esperando.

Sanz dio un paso adelante. Tenía tiro limpio. Demasiado limpio.

—Hay una persona viva ahí dentro —dijo—. En la siguiente habitación.

Él asintió.

—Lo sé.

—Entonces muévete —ordenó ella—. Ahora.

El ruido llegó desde abajo. Un ascensor activándose. Voces. Alguien había bajado a por café o a por aire. No importaba.

El margen se cerraba.

—Decisión realista —dijo él, repitiendo la frase—. Si me detienes aquí, el siguiente será otro. Si me dejas ir, quizá aún puedas elegir dónde cae el siguiente golpe.

Sanz apretó la mandíbula. Era chantaje. Pero no del tipo burdo. Era estructural, como todo lo demás.

Bajó el arma.

Él no sonrió. Pasó a su lado, rozándola, y desapareció por la escalera de servicio.

Sanz entró en la habitación contigua. La encontró atada, viva, aterrada. La soltó sin decir palabra.

Cuando llegó la policía —porque alguien, finalmente, llamó— no hubo cadáver. Hubo un intento. Hubo una inspectora suspendida presente. Hubo preguntas.

Y, sobre todo, hubo un mensaje claro para quien quisiera entenderlo: el asesino había decidido escalar.

---

# CAPÍTULO 46

Escalada

El cadáver apareció cuarenta y ocho horas después.

No en Villaverde. Eso era nuevo.

Lo encontraron en un despacho de la Consejería, en pleno centro. Un asesor técnico de segundo nivel, con acceso limitado pero constante a informes sensibles. El mismo corte. La misma limpieza. Pero con una variación mínima, casi imperceptible: el cuerpo estaba colocado mirando a la puerta, no de espaldas.

Era un desafío.

Sanz lo vio en las imágenes filtradas antes de que la prensa tuviera tiempo de construir un relato. Supo, al instante, que aquello iba a cambiar las reglas. Ya no era un problema de distrito. Ya no era gestionable en silencio.

David apareció en su casa esa misma tarde, sin avisar.

—Te están usando de coartada —dijo nada más entrar—. Dicen que esto es consecuencia directa de tu "descontrol".

Sanz le sirvió un vaso. No preguntó si quería.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Qué dicen de ti?

—Que no supe pararte.

Hubo un silencio espeso.

—No puedo protegerte más —dijo David—. Y aun así he venido.

—Eso es protegerme —respondió ella—. Aunque te cueste.

Las fricciones internas se volvieron abiertas. Ana dejó de llamarla por los canales habituales. Luis fue relevado de análisis. Samaranch desapareció de escena, sustituido por un rostro nuevo, más joven, más pulido, más peligroso.

El patrón se replegaba, pero no cedía.

La nueva pista llegó desde dentro del propio sistema: un informe preliminar de la autopsia del asesor, con una anotación que no debería estar ahí. Un código antiguo, uno de los primeros, reaparecido en el margen.

El asesino estaba dejando migas. No para la policía. Para ella.

Sanz siguió el rastro hasta una obra abandonada junto a la M-40. Un edificio administrativo a medio hacer, parado desde la crisis, usado ahora como almacén informal. Allí habían trabajado, años atrás, varias de las personas que aparecían en los expedientes iniciales.

Fue de noche. Otra vez sola.

El edificio estaba abierto. Demasiado. Entró sabiendo que era una trampa, pero también que él no funcionaba con trampas simples.

Lo encontró en la tercera planta, junto a una ventana rota. Esta vez no estaba revisando papeles. Estaba esperando.

—Has cruzado —dijo él.

—Y tú también —respondió ella—. Ya no eliges solo.

—Nunca lo hice.

—Mientes —dijo Sanz—. Elegiste matar.

—Y tú eliges a quién salvar.

El sonido de sirenas lejanas empezó a crecer. No las había llamado ella. Alguien más estaba moviendo piezas.

—No tenemos tiempo —dijo él—. Ya han decidido quién va a caer.

Sanz dio un paso más. Otra vez estaba a distancia. Otra vez podía terminarlo.

—Dímelo —exigió—. ¿Quién?

Él la miró largo rato. Por primera vez, dudó.

—Si te lo digo —dijo—, se adelanta.

—Y si no —respondió ella—, mueren igual.

Un foco se encendió desde fuera. Luego otro. Un dispositivo improvisado rodeaba el edificio. No oficial. Demasiado rápido.

—Esto no es mío —dijo él—. Ni tuyo.

Corrió.

Sanz disparó. No a matar. A frenar.

Falló.

Él desapareció entre las sombras del edificio, mientras las luces inundaban la planta y voces gritaban órdenes contradictorias.

Cuando la sacaron de allí, esposada "por protección", Sanz entendió dos cosas.

La primera: el asesino ya no era el único peligro.

La segunda: el siguiente cadáver no iba a servir para señalar un error, sino para cerrar bocas.

Y que, a partir de ese momento,
la única pregunta real ya no era
si conseguiría atraparlo,
sino cuánto estaba dispuesta a perder
antes de que alguien más decidiera
por ella dónde terminaba todo.

# CAPÍTULO 47

El margen de error

El coche llevaba cuarenta minutos parado cuando Sanz empezó a notar el temblor en la mano izquierda.

No era miedo. Era el cuerpo reclamando una rutina rota. Había bebido menos de lo habitual la noche anterior, lo justo para dormir sin sobresaltos, pero no lo suficiente como para engañar al sistema nervioso. La abstinencia parcial siempre le pasaba factura a las horas más incómodas: justo cuando necesitaba precisión.

El edificio al que vigilaba estaba al otro lado de las vías, una antigua residencia concertada reconvertida en centro de "intervención intensiva". Nombre nuevo, funciones antiguas. Tres plantas, fachada remendada, cámaras recientes conectadas a una central privada. El tipo de sitio que sobrevivía a base de informes bien escritos y cadáveres invisibles.

El patrón había vuelto a repetirse.

Una baja médica urgente. Un sustituto que no figuraba en ningún registro público hasta dos días antes. Un informe firmado fuera de horario. Un traslado precipitado. El mismo bucle, ligeramente deformado para parecer distinto.

Sanz estaba oficialmente fuera de todo. Extraoficialmente, la estaban dejando correr. No por confianza. Por cálculo. Sabían que, si algo

salía mal, podrían colgarle el muerto —literal o figurado— sin demasiadas explicaciones.

Ana no estaba de acuerdo.

—Esto es una locura —le había dicho por teléfono, usando una línea que no figuraba en los registros—. Si te pasa algo, no hay cobertura. Ni jurídica ni médica.

—Nunca la hay —respondió Sanz—. Solo ahora lo reconocen.

Luis había sido más claro.

—Te están usando de cebo —dijo—. Y él lo sabe.

Sanz lo sabía también. Por eso estaba allí.

A las 02:06, una figura cruzó el patio interior. Mismo paso. Misma economía de movimientos. El asesino no improvisaba ni siquiera cuando parecía hacerlo.

Sanz salió del coche sin cerrar la puerta. Avanzó despacio, contando respiraciones, midiendo reflejos. Entró por el acceso secundario, forzó la cerradura con una facilidad que delataba abandono más que habilidad.

Dentro, el silencio no era total. Había vida contenida: respiraciones lejanas, el pitido intermitente de un monitor mal calibrado, una televisión encendida sin volumen en alguna habitación.

Subió las escaleras hasta la segunda planta.

Lo vio al fondo del pasillo, inclinado sobre una mesa de control. No llevaba prisa. Nunca la llevaba cuando estaba dentro. La prisa era

para después.

Sanz levantó el arma.

—Quieto.

Él se giró despacio. No levantó las manos de inmediato. La miró con una mezcla de reconocimiento y algo que se parecía demasiado a la lástima.

—No deberías estar aquí —dijo.

—Eso me lo dicen mucho últimamente.

—Esta vez es verdad.

Sanz avanzó un paso. El suelo crujió. Una puerta se abrió unos metros más allá. Alguien tosió.

—Hay gente aquí —dijo ella—. No te vas a ir como otras veces.

—Nunca me he ido igual —respondió—. Tú sí.

Sanz notó la tensión en el antebrazo. Tenía tiro limpio. Demasiado limpio otra vez. Y detrás, habitaciones ocupadas. Riesgo real. Daño colateral.

—Dime a quién has venido a buscar —ordenó.

Él negó con la cabeza.

—No hoy.

—Entonces esto acaba aquí.

—No —dijo—. Hoy decides tú si empieza algo peor.

Se oyó un ascensor. Voces. Personal de noche haciendo una ronda inesperada. La ventana de evacuación estaba a menos de diez metros, pero daba a un patio estrecho, mal iluminado.

—Si disparas —dijo él—, hieres a alguien más. Si me dejas ir, salvas a los que aún están vivos aquí.

Sanz apretó los dientes.

Era el mismo dilema. Siempre el mismo. Repetición pura.

Bajó el arma.

Él no perdió tiempo. Saltó por la ventana con un movimiento seco, desapareciendo en la oscuridad del patio.

Sanz corrió hasta el alféizar. Lo vio caer, rodar, levantarse cojeando apenas un segundo antes de perderse entre sombras.

No lo persiguió.

No porque no pudiera. Porque, por primera vez, entendió que perseguirlo en ese momento convertiría el lugar en otra escena con más de un cuerpo.

Cuando llegaron las patrullas —demasiado tarde, demasiado ruidosas—, encontraron a una mujer sedada en una habitación cerrada por fuera. Viva. Por ahora.

—Ha escalado otra vez —dijo Ana cuando llegó—. Y tú sigues siendo el margen de error.

Sanz no respondió.

Sabía que el siguiente movimiento ya no iba a ser quirúrgico.

Iba a ser político.

---

# CAPÍTULO 48

La cuenta atrás

El cadáver apareció en un lugar imposible de negar.

Un despacho con vistas a la Castellana, en un edificio institucional donde los accesos estaban controlados, las cámaras funcionaban y los nombres no se escondían. Un director general adjunto. No el más alto. El suficiente.

Mismo corte.

Pero esta vez había algo más.

Un dosier abierto sobre la mesa, con anotaciones a mano. Nombres. Fechas. Y, en la última página, una sola frase escrita con tinta azul:

"Esto también fue una decisión."

La presión institucional ya no era una amenaza. Era una realidad tangible. Reuniones de crisis, comunicados vacíos, un ministro cancelando agenda sin dar explicaciones.

Y una orden verbal transmitida sin rastro documental:
parar a Sanz.

David se lo dijo sin rodeos cuando consiguió verla.

—Han decidido que eres el problema que pueden controlar —dijo—. Él no.

—Todavía —respondió ella.

—No tienes margen —insistió—. Ni legal ni operativo.

—Nunca lo he tenido —repitió.

Las fricciones se volvieron abiertas. Ana fue apartada "temporalmente". Luis, enviado a un destino administrativo. Samaranch reapareció solo para firmar lo inevitable.

—Esto se acabó —le dijo a Sanz—. Para ti.

—Para vosotros —corrigió ella—. Para mí no.

La nueva pista llegó donde menos esperaban: una repetición fallida.

Uno de los códigos dejó de funcionar. No porque lo taparan. Porque alguien lo había usado mal. Un error humano, mínimo, en un sistema acostumbrado a la precisión.

Sanz siguió el rastro hasta una estación abandonada de cercanías, cerrada desde hacía años, usada a veces como refugio improvisado. El tipo de sitio donde nadie quería mirar demasiado tiempo.

Fue sola. Otra vez.

Sabía que era una trampa. Sabía que la estaban siguiendo, pero no oficialmente. Dos coches sin distintivos, mal coordinados, demasiado nerviosos. No era un dispositivo policial. Era otra cosa.

Lo encontró en el andén, de espaldas, mirando las vías muertas.

—No te gires —dijo Sanz—. Esta vez no hay habitaciones detrás. Ni testigos.

Él levantó las manos despacio.

—Han elegido a otro —dijo—. No al que debería.

—Siempre elegís a otro —respondió ella.

—No —corrigió—. Esta vez han elegido salvarse.

Sanz dio un paso. Tenía la línea clara. El tiro posible. El final al alcance.

—Dímelo —exigió—. ¿Quién es el siguiente?

Él tardó en responder.

—Si te lo digo, no llegas.

—Y si no —dijo ella—, muere igual.

Sonaron pasos arriba. Voces. Órdenes mal disimuladas.

—No son tuyos —dijo él—. Y tampoco míos.

Se acercó al borde del andén.

—Esto no termina conmigo —añadió—. Termina cuando alguien acepte que el patrón era la norma.

Saltó a las vías y corrió por el túnel lateral antes de que Sanz pudiera reaccionar. Ella disparó una vez, a la pared, solo para marcar territorio.

Cuando la rodearon, con armas en alto y órdenes contradictorias, Sanz levantó las manos despacio.

No había cadáver allí abajo.

Todavía.

Mientras la esposaban “por seguridad”, entendió que la cuenta atrás ya no dependía del asesino.

Dependía de cuánto tiempo tardaría el sistema
en decidir cuántos más podía permitirse perder
antes de cerrar la historia con una versión aceptable
para todos
menos para los que no saldrían vivos de ella.

# CAPÍTULO 49

El hombre posible

El nombre apareció a las 06:17.

No en un informe oficial. No en una base de datos compartida. Apareció en una tabla mal exportada, incrustada en un archivo de incidencias técnicas que nadie había revisado porque nadie pensó que hiciera falta. Un error de sincronización, una firma digital reutilizada, un patrón de acceso que no encajaba con el resto.

Sanz llevaba despierta desde las cuatro.

Había dormido en el sofá, con la chaqueta puesta y una botella a medio terminar sobre la mesa baja. No recordaba haberse servido el último vaso, pero tampoco le sorprendía. El alcohol ya no era una decisión consciente; era una corrección de sistema. Ajustaba el ruido de fondo, bajaba la ganancia del mundo lo justo para poder pensar.

Abrió el portátil sin encender la luz.

El nombre volvió a aparecer.

Informático. Cincuenta y ocho años. Natural de Sevilla. Domicilio en Madrid desde hacía más de dos décadas. Casado. Dos hijos ya mayores. Vida fiscal limpia. Sin antecedentes. Sin militancias. Sin ruido.

Un tío normal.

Demasiado normal.

El patrón empezó a encajar no por lo que hacía, sino por lo que no. No había excesos. No había picos. No había genialidad. Había constancia. Repetición. Horarios regulares. Accesos justificados. Correcciones mínimas que nadie cuestionaba porque siempre estaban bien hechas.

El sistema confiaba en él.

Eso era lo peligroso.

A las ocho, David llamó. No insistió. Una llamada corta, casi educada.

—Lo sé —dijo Sanz cuando descolgó—. Ya lo habéis visto.

—No oficialmente —respondió David—. Todavía no.

—Pero lo vais a hacer.

David guardó silencio un segundo de más.

—Esto cierra —dijo—. Limpio. Rápido. Demasiado rápido.

—Por eso no es limpio —respondió ella—. Es cómodo.

—No puedes meterte más —insistió—. Están deseando que seas el problema, no la solución.

Sanz colgó sin despedirse.

La vigilancia empezó esa misma tarde.

No hubo dispositivo formal. No hubo orden escrita. Solo una ausencia deliberada de obstáculos. Nadie la paró cuando pidió el vehículo. Nadie preguntó cuando no devolvió el arma reglamentaria que nunca había entregado del todo.

El informático vivía en un barrio tranquilo, sin nombre mediático. Bloques bajos, árboles cuidados, bares con menús del día que no cambiaban desde hacía años. Aparcó frente a su portal y esperó.

Durante horas, no pasó nada.

A las 20:14, él salió con una bolsa de basura. Bajó al contenedor, saludó a un vecino, volvió a entrar. Gestos automáticos. Vida intacta.

A las 22:03, salió de nuevo. Esta vez sin bolsa. Caminó dos manzanas hasta un bar discreto. Pidió una cerveza. Pagó en efectivo. Miró el móvil sin ansiedad.

Sanz lo observó desde el coche.

No había nada en él que gritara peligro. Y, sin embargo, todo encajaba.

A las 23:41, se levantó. No volvió a casa.

Caminó hasta el metro. Bajó al andén. Línea conocida. Horarios previsibles. Bajó dos estaciones antes de lo habitual y salió a la calle sin mirar atrás.

Sanz lo siguió.

Entraron en una zona industrial mal iluminada. Naves cerradas, persianas oxidadas, un silencio roto solo por algún camión lejano. El informático caminaba con paso constante, sin prisa, como alguien que sabe exactamente adónde va.

Entró en una nave pequeña, con un rótulo antiguo de empresa extinta.

Sanz esperó treinta segundos.

Entró.

Dentro olía a polvo viejo y a metal. No había luz general. Solo una lámpara encendida al fondo. Él estaba allí, de espaldas, revisando una caja metálica abierta.

—No te muevas —dijo Sanz.

Él se giró despacio.

No levantó las manos. No negó. No preguntó.

—Sabía que vendrías —dijo.

La frase no era una amenaza. Era una constatación.

—No esta noche —respondió Sanz—. Esta noche te quedas.

—No puedo —dijo él—. No así.

Sanz avanzó un paso. Tenía el pulso estable. El arma firme. Todo estaba alineado.

—Tienes mujer —dijo—. Hijos. Una vida.

—También ellos viven en el sistema —respondió—. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Un ruido metálico sonó al fondo. Un temporizador. Un pitido leve.

Sanz miró de reojo.

—¿Qué has hecho?

—Corregir una desviación —dijo—. Como siempre.

El pitido se detuvo.

—Si me detienes aquí —continuó—, mañana hay otro. No por mí. Por ellos.

—Eso es chantaje.

—No —respondió—. Es estadística.

Sanz dudó un segundo.

Solo uno.

Fue suficiente.

Las luces exteriores se encendieron de golpe. Voces. Órdenes. Un despliegue improvisado, mal coordinado. No era policía judicial. Era otra cosa.

—Ya están aquí —dijo él—. Para ti.

Corrió hacia una puerta lateral. Sanz disparó. Falló por centímetros. Él desapareció entre sombras, mientras el lugar se llenaba de ruido y

linternas.

Cuando la rodearon, nadie preguntó por él.

Solo por ella.

---

# CAPÍTULO 50

La solución aceptable

El cadáver apareció al amanecer.

Un técnico de mantenimiento de sistemas, subcontratado. Uno de esos nombres que figuran en los márgenes de los informes, nunca en la portada. Lo encontraron en un sótano de un edificio administrativo, colgado de una tubería antigua. La escena estaba limpia. Demasiado.

Su historial mostraba algo curioso: había intentado denunciar irregularidades años atrás. Sin éxito. Sin protección.

La conexión era clara.

Demasiado clara.

Sanz lo supo antes de que nadie se lo dijera. Antes incluso de que Ana, relegada y furiosa, lograra hacerle llegar una foto borrosa desde su móvil personal.

—Esto no es suyo —dijo Ana—. Esto es cierre.

Luis confirmó lo mismo desde la sombra administrativa a la que lo habían enviado.

—Han activado el protocolo —dijo—. El de verdad. El que no existe.

David no llamó.

Eso fue peor.

A media mañana, el informático fue detenido.

En su domicilio. Delante de su mujer. Con orden judicial impecable. Sin resistencia. Sin una sola palabra de más.

Las pruebas eran incontestables. Registros. Accesos. Coincidencias. Todo apuntaba a él.

El sistema respiró.

Sanz observó la rueda de prensa desde un bar de Villaverde. Pidió whisky a las once. Nadie le dijo nada.

El ministro habló de "eficacia institucional". De "caso resuelto". De "manzanas podridas".

El informático no apareció en cámara.

Mejor así.

Ana se sentó a su lado sin pedir permiso.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Sanz bebió.

—Ahora veremos si aguanta.

—¿Y tú?

Sanz miró el vaso. Vacío.

—Yo ya no soy parte de la solución aceptable.

Esa noche, recibió un mensaje desde un número que no conocía.

"No todos los patrones se rompen. Algunos solo cambian de forma."

Sanz apagó el móvil.

Sabía que el caso estaba cerrado.

Y sabía, también, que no estaba terminado.

# CAPÍTULO 51

La prueba que encaja demasiado bien

El silencio de la madrugada en Villaverde no era limpio. Tenía capas: motores lejanos, persianas que se bajaban tarde, una sirena aislada que nadie escuchaba del todo. Sanz caminaba sin prisa, las manos en los bolsillos del abrigo, contando pasos como si eso todavía significara algo.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la detención del informático sevillano. Cuarenta y ocho horas de portadas satisfechas, de comparecencias medidas, de felicitaciones internas que no se decían en voz alta pero se respiraban en cada pasillo. El sistema estaba contento consigo mismo. Eso siempre era mala señal.

Ella no había vuelto a comisaría.

No oficialmente.

Ana le había dejado las llaves de un despacho secundario, uno de esos espacios muertos que nadie reclamaba porque no daban prestigio. Allí había pasado la noche, rodeada de cajas de archivo y olor a papel viejo, con una botella pequeña escondida en el cajón inferior. No la había terminado. Todavía.

El nuevo dato llegó como llegan las cosas importantes: mal etiquetado.

Un informe de mantenimiento informático, fechado tres años atrás, firmado por el detenido. Un ajuste menor en un sistema de gestión de centros concertados. Nada relevante. Nada que llamara la atención. Excepto por un detalle: una línea de código comentada, no ejecutada, que no tenía sentido estar allí.

Sanz lo vio a las 03:12.

Lo entendió a las 03:14.

No era una puerta trasera. Era peor. Era una excepción permanente. Un permiso latente que no hacía nada hasta que alguien lo necesitaba. Un acceso que no dejaba rastro porque nunca se activaba del todo.

—Hijo de puta —murmuró, sin rabia, casi con respeto.

Eso explicaba por qué todas las pruebas apuntaban a él sin que nadie hubiera notado nada antes. Él no forzaba el sistema. El sistema lo reconocía como parte de sí mismo.

A las siete, David apareció en el despacho sin avisar.

—Te estás metiendo donde no toca —dijo, sin sentarse.

—Eso ya lo he hecho antes —respondió ella—. Siempre llegas tarde para impedirlo.

David dejó una carpeta sobre la mesa.

—Confesión parcial —dijo—. Admite los accesos, admite la planificación. Niega el último cadáver.

—Con razón.

—¿Vas a decirme que no es él?

Sanz abrió el portátil y giró la pantalla.

—Voy a decirte que es él —respondió—. Pero no solo.

David miró la línea de código. Frunció el ceño.

—Esto no lo entiende un juez.

—No —asintió ella—. Pero lo entiende alguien que quiera seguir usándolo.

David cerró la carpeta con más fuerza de la necesaria.

—No puedes presentar esto —dijo—. Rompe la narrativa.

—La narrativa es lo único que tenéis —replicó Sanz—. Yo tengo el patrón.

Ese mismo día apareció otro cadáver.

Un subdirector de área. No alto rango. No bajo. El escalón exacto que confirmaba una progresión. Lo encontraron en su coche oficial, en un aparcamiento disuasorio, con el motor encendido y una manguera conectada al escape. Suicidio limpio. Demasiado limpio.

En el bolsillo interior de la chaqueta, un pendrive.

Ana fue la que lo abrió.

—No es un testamento —dijo—. Es un volcado.

—¿De qué?

—De decisiones —respondió—. Firmadas. Aprobadas. Repetidas.

Sanz cerró los ojos un momento.

El patrón no estaba escalando por venganza. Estaba cerrando bucles.

Esa noche, Sanz volvió a vigilar sola.

No al informático detenido. A otro lugar. Una nave secundaria de un proveedor externo, conectada indirectamente a los mismos sistemas. Una pieza olvidada del engranaje.

Lo vio entrar a las 02:47.

No al sevillano. A otro hombre. Más joven. Mal trajeado. Nervioso.

Sanz se movió despacio, con el cuerpo cansado y la cabeza demasiado clara. Se colocó a diez metros. Línea visual limpia. Salida bloqueada.

—Policía —dijo—. Al suelo.

El hombre levantó las manos, temblando.

—No soy yo —balbuceó—. Solo sigo instrucciones.

—¿De quién?

Antes de que respondiera, un disparo seco rompió el aire. La bala impactó en una viga, a centímetros de Sanz.

Ella rodó detrás de una columna. Cuando volvió a asomarse, el hombre corría hacia la oscuridad, herido en una pierna. Al fondo,

una silueta desaparecía por una puerta lateral.

Sanz no disparó.

No por duda. Por geometría. Por riesgo. Por saber que, si lo hacía, el relato oficial tendría por fin su excusa perfecta.

Cuando llegaron las primeras luces azules, el lugar ya estaba vacío.

Solo quedaba una cosa clara:
el detenido era culpable,
pero no era el final.

---

# CAPÍTULO 52

Cerrar sin resolver

El juez dictó prisión provisional sin fianza a las diez de la mañana.

La sala estaba llena. Demasiado para un caso que, en teoría, ya estaba resuelto. La mujer del informático no lloró. Los hijos no miraron a nadie. Él mantuvo la vista fija en la mesa, como si todavía estuviera revisando líneas invisibles.

Sanz observó desde el fondo.

No llevaba acreditación. Nadie se la pidió.

Cuando el juez terminó, el informático levantó la cabeza por primera vez. Sus ojos se cruzaron con los de ella. No había desafío. Tampoco súplica.

Solo una pregunta muda.

Esa tarde, Samaranch la llamó a su despacho.

—Has ido demasiado lejos —dijo, sin rodeos—. Y no te has ido lo suficiente como para no molestar.

—Nunca he sabido hacer ninguna de las dos cosas —respondió Sanz.

—El caso está cerrado —insistió—. Todo lo demás es ruido.

—El ruido mata —dijo ella—. A veces despacio.

Samaranch suspiró.

—Te están ofreciendo una salida —añadió—. Baja médica. Discreta. Sin expediente.

—¿Y si no la acepto?

—Entonces te conviertes en el problema que siempre han querido que seas.

Sanz se levantó sin contestar.

Esa noche bebió más de la cuenta. No lo suficiente para perder el control. Lo justo para perder el freno.

Luis la llamó desde un número oculto.

—Hay algo más —dijo—. El pendrive del subdirector… alguien lo ha modificado después de la muerte.

—Imposible.

—No —respondió—. Solo improbable. Han añadido un archivo. Una sola fecha futura.

—¿Cuándo?

Luis dudó.

—Mañana.

El lugar señalado era un centro logístico automatizado, clave en la gestión de traslados. Una pieza neutra, técnica, sin rostro. Justo el tipo de sitio donde nadie mira a las personas.

Sanz fue sola.

Sabía que no debía. Sabía que, si algo salía mal, no habría cobertura, ni relato favorable, ni red.

Llegó antes del amanecer. Se coló por un acceso secundario, recorrió pasillos de sensores y cintas transportadoras apagadas. Todo estaba quieto. Demasiado.

Lo encontró en la sala de control.

No era el sevillano. Era el hombre que había huido la noche anterior. Pálido. Cojeando. Con una pistola apoyada sobre la mesa.

—No dispares —dijo él—. Ya está hecho.

—¿Qué? —preguntó Sanz.

—El ajuste final —respondió—. A partir de ahora, el sistema se audita solo. Nadie puede usarlo sin dejar rastro.

Sanz avanzó despacio.

—¿Quién te lo ordenó?

El hombre sonrió, triste.

—Nadie —dijo—. Eso es lo peor.

Un disparo sonó desde fuera. El hombre cayó hacia atrás, muerto antes de tocar el suelo.

Sanz se giró, arma en mano.

No vio a nadie.

Cuando llegaron las patrullas, el informe fue rápido. Limpio. Demasiado.

Tirador desconocido. Escena confusa. Sin relación directa con el caso principal.

David la encontró sentada en el suelo, apoyada contra la pared.

—Esto se acaba aquí —dijo él.

Sanz levantó la mirada.

—No —respondió—. Aquí solo se tapa mejor.

A la mañana siguiente, los sistemas fallaron durante siete minutos.

Siete minutos en los que nadie supo quién tenía la custodia de qué.

No hubo muertos.

Esa vez.

Sanz observó Madrid despertar desde un puente de Villaverde, con el cuerpo cansado y la cabeza llena de ruido.

El caso estaba oficialmente resuelto.

Pero el patrón seguía ahí,
esperando
a que alguien volviera a repetirlo.

# CAPÍTULO 53

Marea baja

La playa estaba casi vacía a esa hora.

No era una de esas playas de postal ni un lugar al que se fuera a curarse de nada. Era una franja de arena larga, algo sucia, con el paseo marítimo a medio despertar y los bares cerrados a cal y canto. El mar estaba en calma, pero no era una calma prometedora, sino esa quietud sin épica que precede a un día cualquiera.

Sanz caminaba descalza, con las zapatillas en la mano, dejando que el agua le mojara los tobillos sin prestar demasiada atención. No había madrugado por disciplina. Había madrugado porque el cuerpo seguía sin saber muy bien qué hacer cuando no había sirenas, ni informes, ni decisiones urgentes.

Llevaba tres días allí.

No había contado a nadie dónde exactamente. Costa cercana, fácil de llegar, fácil de abandonar. Un sitio que no pedía explicaciones.

Se sentó en la arena húmeda, apoyó los codos en las rodillas y miró el horizonte sin buscar nada concreto. El ruido del mar tenía algo de mecánico, de repetitivo. Le recordó, de forma incómoda, a muchas otras cosas.

El móvil vibró.

David.

No lo cogió al primer timbrazo. Tampoco al segundo. Al tercero, suspiró y respondió.

—Hola.

—Sabía que estabas despierta —dijo él—. Siempre lo estás.

Sanz esbozó una sonrisa mínima.

—Eso dicen.

Hubo un silencio breve, de esos que no incomodan porque ya se conocen de sobra.

—¿Dónde estás? —preguntó David.

—En la playa.

—¿La playa? —repitió, como si probara la palabra—. Suena a otra persona.

—No lo es —respondió ella—. Solo cambia el ruido.

David no insistió. Nunca había sido de los que empujan cuando algo se sostiene solo por equilibrio precario.

—Me han dicho que estás de baja —dijo al fin.

—Lo estoy.

—¿Médica?

—Administrativa —respondió—. De las que no se curan con pastillas.

David dejó escapar una risa breve, cansada.

—Eso es nuevo.

—No tanto.

Sanz pasó la mano por la arena, dejando un surco torcido que la siguiente ola borró sin esfuerzo. Le gustó ese detalle más de lo que esperaba.

—Aquí todo se borra rápido —dijo—. Es bastante educativo.

—No suenas mal —dijo David—. Cansada, sí. Pero no rota.

—No confundas descanso con reparación.

David guardó silencio unos segundos. Cuando volvió a hablar, la voz le salió más baja.

—Están reorganizando el grupo.

—Claro que lo están.

—No han dicho tu nombre —añadió—. Ni para bien ni para mal.

—Eso también dice cosas.

—Sí —admitió—. Dice que no saben qué hacer contigo.

Sanz se tumbó hacia atrás, apoyando los antebrazos en la arena. El cielo empezaba a clarear del todo.

—David —dijo—, no he venido aquí a pensar en eso.

—Lo sé —respondió—. Pero igual lo piensas.

—Claro que lo pienso.

Otra pausa. Más larga.

—¿Vas a volver? —preguntó él.

La pregunta no tenía trampa. Tampoco urgencia. Era una pregunta honesta, y por eso pesaba más.

Sanz miró el mar. Una gaviota pasó cerca, chillando por nada. El agua seguía entrando y saliendo con una constancia casi ofensiva.

—No lo sé —dijo.

David no reaccionó de inmediato.

—¿No lo sabes… o no quieres decirlo?

—No lo sé de verdad —respondió ella—. Y eso, ahora mismo, es lo único honesto que tengo.

David respiró hondo al otro lado de la línea.

—Si no vuelves —dijo—, el cuerpo seguirá igual.

—Lo sé.

—Y si vuelves…

—También.

Esa vez fue Sanz la que sonrió, aunque nadie pudiera verlo.

—Eso es lo que estoy intentando entender —dijo—. Qué cambia de verdad y qué solo se repite.

El mar subió un poco más, le mojó los pies otra vez. No se apartó.

—Cuídate —dijo David.

—Tú también.

—Llámame —añadió—. Aunque no sea por trabajo.

—Ya veremos.

Colgaron sin dramatismo, sin promesas. Como dos personas que han aprendido que cerrar bien una conversación a veces es dejarla abierta.

Sanz se quedó sentada un rato más, escuchando el agua, sintiendo el cansancio en los hombros, en las piernas, en un lugar más hondo que no tenía nombre.

No pensó en el caso.
No pensó en los muertos.
No pensó en el futuro inmediato.

Solo en que, por primera vez en mucho tiempo,
no había ninguna decisión urgente esperándola
al otro lado del día.

Y eso,
sin ser exactamente paz,

tampoco era derrota.

La marea siguió entrando y saliendo,
indiferente a todo.

Sanz cerró los ojos.

No sabía si volvería al cuerpo.
No sabía si quería saberlo todavía.

Y, por una vez,
dejarlo en el aire
le pareció suficiente.